
SERIE ARCONTES ESPECIAL
UNA NAVIDAD
BRASOV
A LO
KELLY DREAMS

UNA NAVIDAD
A LO BRAȘOV

Serie Arcontes Especial Navidad

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

UNA NAVIDAD A LO BRAŞOV
Serie Arcontes Especial Navidad
© edición diciembre 2024
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A mis lectoras,
Gracias por acompañarme en este largo viaje.
Espero que disfrutéis con esta historia navideña del mundo de los Arcontes.

ARGUMENTO

Son fechas especiales en el bastión Arconte y en las vidas de los *hijos de Braşov*. Con la aparición de las primeras nieves regresan también los recuerdos, el pasado resurge en los corazones de estos arcontes y con ellos el dolor y la pérdida que evoca.
¿Serán capaces de dejar atrás el pasado que les persigue, abrazar el presente junto a sus compañeras y prepararse para lo que quiera que les depare el futuro?
Descúbrelo en esta entrega especial de Navidad en la que conocerás un poco más sobre la *Nueva Guardia Arconte* y las mujeres poseedoras de sus corazones.

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO
ÍNDICE
GLOSARIO
PAREJA BRAŞOV 1
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
PAREJA BRAŞOV 2
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
PAREJA BRAŞOV 3
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
PAREJA BRAŞOV 4
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
UNA NAVIDAD A LO BRAŞOV
EPÍLOGO

GLOSARIO

Adăpostul: Hogar de acogida para huérfanos del pueblo arconte situado en la ciudad de *Braşov*. Sufrió un ataque terrorista orquestado por algunos miembros de la raza humana. El horrible suceso se conoce como «*La masacre de Braşov*».

Alianza de la Humanidad: Organismo que se constituye después de la firma del tratado para la recuperación y salvaguarda de la raza humana.

Almaleun: *La Maldita*, nombre por el que se conoce a Kyra en la *tribu Mirias*.

Alta Dama: Título que ostentan las hembras de la familia real de la corte Umbra.

Antigua Guardia: El término hace referencia a los miembros de los guerreros al servicio del rey Neculai, el padre de Razvan, algunos de los cuales todavía sirven hoy en la *Guardia Arconte*.

Anunna, jueces: Son un grupo de deidades sumerias y acadias encargadas de velar por el equilibrio del universo y juzgar los crímenes de aquellos que desestabilicen su balanza.

Anunnaki, logia: Sociedad secreta que actúa por y en favor de la humanidad. Es totalmente contraria a las razas sobrenaturales.

Argely, Casta: Una de las cuatro castas sobrenaturales, se caracteriza por su amplia extensión colonizada y por ser la más cercana a la humanidad. Su territorio abarca principalmente Canadá, América del Norte y parte de América del Sur, teniendo su sede en el *Monte Michell*, en las montañas Apalaches. El general Dasan es su máximo dirigente.

Bacchanalia: Sociedad Secreta cuyos miembros son practicantes de *Hechicería Oscura*.

Basárides: Mujeres elegidas por los miembros de la *Sociedad Bacchanalia* para formar parte de sus rituales.

Bastión Arconte: Sede principal de la *corte arconte*, formada por un complejo de edificios entre los que se encuentra el *Palacio de Sangre, el Bastión de los Pescadores y la Catedral de Sangre*.

Bellator: Una de las tres ramas de la tríada de los *argely*. Es la casta guerrera.

Biblioteca del Palacio de Sangre: Uno de los edificios que conforman el *Bastión Arconte*, guarda en su interior infinidad de libros y manuscritos que han sido recopilados a lo largo del tiempo por la raza arconte, entre otras. Su acceso es restringido, se requiere de invitación para traspasar sus puertas y hacer uso de sus instalaciones.

Bătrânul: Título por el que se conoce al dirigente del *Magas Kör*. Significa *lord Anciano o lord Antiguo.*

Braşov: Ciudad medieval de Rumanía, pertenece a la región de Transilvania y está envuelta por los Montes Cárpatos. Fue una de las urbes principales de los Arcontes hasta el inicio de la *Gran Guerra*. Era la ubicación del *Adăpostul*, el hogar de acogida para huérfanos del pueblo arconte que sufrió un ataque terrorista orquestado por algunos miembros de la raza humana.

Caelum: Corazón de la ciudadela *argely.* Es el edificio en el que reside el líder de la casta y que sirve de centro neurálgico.

Catedral de Piedra: Lugar sagrado en el que suelen desposarse los reyes de los *arcontes*.

Catedral de Sangre: Iglesia que se encuentra en el interior del *Bastión de los Pescadores*.

Casas de sangre: Familias humanas descendientes de la *Primera Hembra de Sangre.*

Castia: Uno de los dos gremios en los que se divide la raza *argely.* Sus alas están compuestas por varias filas de plumas.

Círculo Interior: Es la zona más privada del *Palacio de Sangre*. En su interior se encuentran las dependencias de la *Guardia Arconte* y de la *Primera Familia Arconte.*

Ciudadela Argely: Sede de la raza *argely*, se encuentra en el *Monte Michell*, en las *Montañas Apalaches.*

Colonias Humanas: Tras la *Gran Guerra*, los supervivientes de la raza humana se establecieron en Colonias, las cuales están regidas por gobernadores elegidos por votación popular.

Conac: Mansión que ejerce como sede central del *Magas Kör.* Es como un *Club de Damas y Caballeros del S.XVIII.*

Consejo de Venerables: Son el órgano dirigente de la *Alianza* de la Humanidad, los que imponen las leyes y ven que estas se cumplan. Responden únicamente ante el rey de los arcontes.

Contrato de Sangre: Acuerdo por el que libremente, un humano acepta entregar su vida a un arconte.

Corona de Sangre: Tiara de azabache y rubíes destinada a la reina de los Arcontes.

Corte de Sangre: También conocida como *«corte Oscura»*, es otra forma de llamar a la *corte Arconte*.

Corte Nocturna: También conocida como *«corte Umbra»* o *«corte de las Sombras»*.

Crisol Rojo: Antigua hermandad arconte que representa la supremacía de su raza frente a otras. Para sus miembros, la humanidad no es otra cosa que siervos y ganado.

Cuerpo de Guardia: Son los soldados y guerreros que custodian el *Bastión Arconte*, están bajo el mando del general Gladius.

Cuorum: Templo que nació a raíz de la *Gran Guerra* para velar a los caídos.

Diessar: También conocido como «*El juicio de los Anunna*», es la brújula interna que tienen los jueces *Annuna* y que los guía a través del juicio. Puede presentarse en forma de premoniciones, presentimientos, voces en la mente, etc. Cada juez tiene su propia forma de interpretarlo y obtener sus respuestas.

División de Castas: División especial dentro de la policía humana que se encarga de los casos en las que las víctimas pertenecen a alguna de las *Razas Sobrenaturales*.

Derecho de sangre: Derecho establecido durante la redacción del *Contrato de Sangre* por el que un humano tiene libertad de elección para ceder o no su «sangre» a un arconte.

Diplomático de la corte: Persona asignada por su gobierno para servir de enlace diplomático con el resto de las castas. Suele encargarse de los aspectos políticos y de las relaciones internacionales de su corte.

Druiwides: Antiguo pueblo de la humanidad ya extinto que se creía poseían una fuerte comunión con la naturaleza. Su línea femenina podía extraer poder y energía de la tierra, así como conectarse con sus raíces. Se cree que podrían descender de una antigua tribu mesopotámica emplazada a orillas del *Tigris.* También se las conoce como «hijas de la luz».

Egydonor: También conocidos como *Donantes de Vida*. Son humanos que ofrecen su sangre a cualquier arconte en necesidad sin la exclusividad de un *Contrato de Sangre*.

Embajador/a de la Alianza: Cuerpo diplomático de la *Alianza de la Humanidad* que se encarga de los aspectos políticos y de las relaciones internacionales.

Elección de Sangre Real: Derecho por el cual el rey puede elegir una consorte de manera directa e inmediata, sin la necesidad de que dicha elección sea sometida a valoración o votación por otros miembros de la corte. Una vez realizada la elección, esta se mantendrá hasta la muerte de la consorte.

El Heim: Hogar de la familia real Umbra, se encuentra en el corazón del *Palacio de Sombras*.

El Tratado: Acuerdo firmado por los representantes de las castas sobrenaturales y el de la raza humana, tras el fin de la *Gran Guerra*, para la protección y continuidad de la raza humana. En él se recogen una serie de normas y leyes comunes que deben ser acatadas por cada una de las castas firmantes.

Esclavo de Sangre: Humano al que se le obliga a contraer un contrato de sangre sin dar su consentimiento, quedando vinculado a su *«maestro de sangre»* hasta el final de su servicio o la muerte de su señor. Este es un crimen penado por la ley *arconte.*

Falconia, Casta: Una de las tribus primigenias. Se cree que podría ser la *Tribu Madre* de la cual desciende toda la raza *miriaton*.

Flamelia: Nombre de la espada que porta el *Maestro Flameris*.

Fødselsattest: *Escrito de Nacimiento* que redacta *La Odinia* con cada nacimiento de la *Familia*

Real Umbra en la que queda registrado el camino de la vida de su propietario.

Fuente del Penitente: Piscinas termales ocultas en el corazón de Rumanía. Su emplazamiento solo es conocido por el rey arconte y su guardia.

Fuente Primaria: Es la base primordial de la que surgen todo tipo de poderes o energías.

Gardianul: Guardián arconte designado a la protección y custodia de un hijo de la familia real.

Gremios Miriaton: Cada una de las castas de cambiantes que componen las *Tribus de Miriaton*. Estas se dividen en: *Lobos, halcones, felinos, osos, chacales, draconios y vespertilios.*

Gremio de Sangre: Sociedad humana pro-arcontes que promueve la tolerancia y hermandad entre ambas razas. Sus integrantes suelen ser voluntarios que ceden el *«contrato de sangre»* a los arcontes con los que establecen algún vínculo.

Gobernadores: Dirigente al frente de una colonia humana.

Guardia Arconte: Cuerpo de élite de la raza arconte y guardia personal de la familia real, entre ellos se encuentran también los consejeros privados del rey.
Hijas de la luz: Mujeres que descienden del dios sumerio primigenio de la luz, Ninmada, y su esposa humana.

Inimà Munte: Se cree que es el lugar de origen de la raza arconte.

Irkalla: Se conoce así al *Inframundo* sumerio, el lugar de descanso final de las almas.

Jardín de Piedra: Jardín privado excavado en lo más profundo del *Círculo Interior* del *Palacio de Sangre* y que forma parte de las dependencias privadas de los monarcas de la *corte arconte*.

Kafti: Nombre por el que se conocía en la antigüedad a los habitantes de la isla de Creta. Su significado sería *«hombre de las islas»*.

La Fortaleza Umbra: Sede principal de la *corte Umbra*, formada por un complejo de edificios entre los que se encuentra el *Palacio de Sombras*.

Lainen: Término masculino para referirse a los *«compañeros»* vinculados de cualquier miembro de la familia real *Umbra*, que no ostentan el cargo de *«consorte»*.

Lainen Primus: *Lainen* vinculado de manera oficial como *«compañero»* de uno o los dos miembros que componen un *Sirkel* en la familia real Umbra.

La Gran Guerra: Contienda bélica propiciada por la humanidad contra los arcontes, en la que se vieron inmersas también otras castas sobrenaturales y que casi lleva a la extinción mundial de la raza humana.

La Odinia: Guía espiritual de la *casta Umbra*, es también la encargada de redactar los *Escritos de Nacimiento* de la familia real.

Lineage: Clase social que nace después de la *Gran Guerra* y que engloba a las familias más

poderosas e influyentes de la raza humana.

Luminae, orden: Sociedad secreta dedicada a mantener el equilibrio existente entre todas las razas existentes. Tienen vínculos con otras organizaciones y hermandades.

Luparia: Cambiante lupino de las castas de *miriaton*. Su tótem es el lobo.

Maestro de Sangre: Arconte que posee un *Esclavo de Sangre*.

Maestro de Sombras: Miembro de la *Guardia Arconte*. El diplomático de la corte, Sorin Dragolea, tiene la habilidad de mimetizarse y utilizar las sombras a su antojo, proveyéndole de una eficaz cobertura de camuflaje, así como de medio de transporte.

Maestro de Tormentas: Miembro de la *Guardia Arconte*, el general de la corte, Dalca Kouros, tiene el dominio absoluto sobre los efectos meteorológicos, pudiendo controlar ciertas partes del clima a su antojo.

Maestro Flameris: Miembro de la *Guardia Arconte*, el capitán Cadegan Iliescu, tiene el dominio sobre el elemento fuego.

Magas Kör: Es la alta clase social de la *corte arconte*, engloba a las familias más antiguas de sangre pura.

Miriaton, casta: Es una de las cuatro *castas sobrenaturales*. El grueso de su población está compuesto por refugiados de otras Castas, lo que los convierte en una etnia multirracial. Poseen un vasto territorio que se extiende a través de Asia, con mayor presencia en Asia Occidental y es regido desde su sede en los antiguos *Emiratos Árabes Unidos*, ahora rebautizados como *Tribus de Miriaton*. El territorio está dividido entre las siete tribus que componen la casta: Mirias, Al-Hasi, Kishu, Tuwariq, Sahel, Imane y la tribu Negra.

Noche de las Basárides: Celebración de carácter mensual de la *Sociedad Bacchanalia* en la que son presentadas las nuevas candidatas a *Basárides* y en la que se realizan los grandes rituales.

Nuntia: Una de las tres ramas de la tríada *argely*. Es el cuerpo diplomático, entre los que se encuentran los eruditos y los mensajeros.

Ordinul Dragonului: La *Orden del Dragón* fue una orden militar de caballeros, por lo general integrada por nobles y príncipes, de la que empieza a oírse hacia finales de la *Edad Media.* Sus miembros, *los Draconianos*, son reconocidos por portar el signo o la efigie del dragón inscrita dentro de un círculo, con la cola enroscada al cuello y dividiendo el centro de la espalda a lo largo de todo su cuerpo, una cruz de sangre.

Ordinis Crucis: Extinta orden de la humanidad. Su misión en la vida era exterminar a los *arcontes*, a quienes consideraban siervos del diablo.

Pacifis: Uno de los tres gremios que forman la tríada de los *argely*. Componen el cuerpo de sanadores de la casta.

Pactado/a: Cada uno de los miembros que intervienen en un *«Contrato de Sangre»*.

Palacio de Sangre: Sede política y vivienda principal del rey de los arcontes, está situado en *Budapest*, Hungría.

Palacio de Sombras: Sede política y vivienda principal de la corte Umbra, está situado en *Praga*, República Checa.

Pasados: Humanos que se vuelven dependientes de los arcontes y acaban perdiendo su humanidad hasta secar su alma.

Primera Colonia Argely: Conocida como *«Misherly»*, es la primera de las dos colonias de la casta *argely* y sede del gremio de *Pacifis* de la casta alada.

Primera Hembra de Sangre: Según los escritos recogidos en la *Gran Biblioteca de Sangre,* sería la primera mujer humana que alimentó con su sangre a la oscuridad y dio origen a la raza arconte.

Primera Familia: Dentro de cada una de las castas sobrenaturales reconocidas, líder o líderes que ostentan el poder absoluto, ya sea mediante monarquía, sucesión o elección.

Primera Tribu: Comunidad creada por el primer rey de los arcontes para dar respuesta a las necesidades de su pueblo. Con el templo se convertiría en el corazón de los arcontes y el seno de su realeza. La Primera Tribu daría paso a la Corte Arconte.

Primus: Nombre que se le da al alto cargo del *Lineage de la Alianza de la Humanidad.*

Príncipe de las Sombras: Otro de los nombres por el que se conoce al *«Prinsen»* de la *corte Umbra*.

Prinsen: Título real por el que se reconoce al príncipe heredero de la *corte Umbra*.

Protectorado: Locales humanos en los que se da la confraternización entre razas.

Puerta del Tributo: Puerta que debe atravesar todo aquel que desea someterse al juicio de los penitentes y que lleva a las piscinas de aguas termales.

Qaleat Mirias: Sede principal de la *tribu Mirias*. Una vieja fortaleza arábica en medio de la tribu que sirve de lugar de acogida para algunos refugiados y es la residencia de Vyktor Kynan.

Skyder, División: Conocidos como los *«Jinetes de los cielos»*, es el grupo de soldados de élite del gremio *Bellator* de la casta argely.

Sede de la Alianza de la Humanidad: Centro político y de mando de la raza humana ubicado en Londres desde el que se dirigen y coordinan las distintas *colonias humanas* existentes en el mundo. También hospeda el *Consejo*.

Sed de Vida: Se denomina así a la necesidad de los Arcontes de ingerir sangre humana para sobrevivir.

Segunda Colonia Argely: Conocida como *«Fortress»*, es la segunda de las dos colonias de la casta *argely* y sede del gremio de *Nuntia* de la casta alada.

Señora de las Sombras: Título por el que se conoce a la *reina de los Umbra.*

Seura: Término femenino para referirse a las «compañeras» vinculadas de cualquier miembro de la familia real Umbra, que no ostentan el cargo de *«consorte»*.

Seura Prima: *Seura* vinculada de manera oficial como *«compañera»* de uno o los dos miembros que componen un *Sirkel* en la familia real Umbra.

Sibila: Oráculo que consultaba en la antigüedad la tríada de los *argely*. Los ancianos se basaban en sus predicciones para gobernar a la casta.

Sirkel: *«Círculo»* formado por los miembros vinculados de una *unidad familiar* Umbra.

Străpunge Vălul: Es un don asociado a la raza umbra por el cual son capaces de traspasar el velo de los sueños y ver el subconsciente del durmiente, así como los recuerdos arraigados a ellos.

Strigoi: Asesinos fantasma que son convocados mediante la *Hechicería Oscura*, por normal general, suelen pertenecer a la casta *Umbra*.

Tabulos: Uno de los dos gremios en los que se divide la raza *argely.* Sus alas están formadas por resistentes membranas oscuras culminadas por un espolón. Son similares a las de los murciélagos.

Ţesător: Es como se conoce a los Umbra que dominan el *Străpunge Vălul*.

Tótem: Es el animal base que tiene cada *miriaton.*

Tríada Argely: En la antigüedad se les daba este nombre a los tres ancianos que ostentaban el poder y promulgaban las leyes para el gobierno de la raza. Después de la limpieza étnica que se llevó a cabo en su nombre, este sistema de gobierno quedó abolido por completo. En la actualidad, la definición representa los tres poderes en los que se divide la casta alada: *Pacifis, Bellator y Nuntia.*

Tribu Madre: El clan primigenio del que se cree descienden todas las tribus *miriaton*. Se considera la cuna de vida de la raza *miriaton.*

Umbra, Casta: Una de las cuatro castas sobrenaturales existentes.

Umbra, Raza: Raza sobrenatural nocturna, con una especial afinidad a la oscuridad y a las sombras, las cuales puede comandar o desplegar a su antojo.

Venerables: Título honorífico otorgado a los miembros del *Consejo de Venerables.*

Vergyilkos: Asesino de sangre.

Vida de sangre: Se refiere a la sangre donada por un humano.

Virgen de sangre: Hombre o mujer de raza humana que nunca ha alimentado a un *arconte*.

Vrăjitor: Término que se le da a los practicantes de la *Magia Negra*, también conocidos como *Hechiceros Oscuros*.

PAREJA BRAŞOV 1



RADU & MIRUNA

CAPÍTULO 1

«Nunca pensé que podría volver a caminar por estas calles como lo hacía cuando era niña».

Radu la miró y asintió. Su compañero no dijo una palabra, pero tampoco era necesario. Miruna sabía, mejor que nadie, lo que significaba para él y sus hermanos regresar a este rincón del mundo y contemplar un pueblo que una vez también había sido el propio. Rumanía era la patria de los arcontes, el lugar de nacimiento de la *Primera Tribu* y Braşov, al igual que otros pueblos de la región de los Cárpatos, el hogar de muchos de ellos antes de que la *Gran Guerra* acabase trasladando la corte arconte a Hungría.

Hasta dónde sabía, esta era una de las primeras comunidades en las que ambas razas coexistieron en paz. A los arcontes y los humanos de la población los unían unas profundas raíces y también la mayor de las tragedias, una que los había azotado a todos independientemente de su raza.

El mundo cambió por completo aquel día, el conflicto que derivó de aquella masacre arrasó con todo, excepto con esta antigua villa medieval que permaneció intocable, como si la cicatriz dejada en su corazón la protegiese de la ira desatada por los arcontes.

Habían pasado los años, la sociedad era distinta, pero de algún modo estas calles parecían seguir ancladas en otra época, como si custodiaran los secretos de otro tiempo y el recuerdo de los que ya no se encontraban entre los vivos.

Miruna se arrebujó en su abrigo y agradeció calzar las botas de invierno que le permitían caminar por las empedradas calles. Había caído una buena nevada durante la noche, pero eso no era lo que resultaba más llamativo. La decoración navideña parecía ocupar cada rincón y solo estaban a principios de noviembre. Los adornos colgaban de las ventanas o de las puertas y la alfombra de luces sobre sus cabezas recorría de punta a punta la calle iluminada incluso a unas horas tan tempranas. El enorme abeto que presidía la *Piaţa Sfatului* en el centro del pueblo era como un faro, podía verse casi desde cualquier punto, al igual que la gran basílica contra la que se recortaba.

Sus recuerdos de niñez eran vagos, pero cuando visitaba estas callejuelas, algo a lo que se había resistido durante mucho tiempo, era como volver a esos momentos de juventud en los que las piedras parecían susurrarle su propio pasado.

Le costó mucho volver a pisar el pueblo en el que había nacido y vivido los primeros años de su vida, el mismo que se convirtió en la tumba de su familia y casi en la suya propia. Ella era una *«niña de Braşov»*, una de las pocas supervivientes del atentado perpetrado treinta y cuatro años atrás por unos miserables. Había tenido la fortuna de sobrevivir, de que la acogiese la corte arconte y le proporcionase un techo, comida y educación. Ese era el único mundo que conocía, uno que la trató como un miembro más de la comunidad arconte y en él encontró al hombre que hoy era su compañero y marido.

Fue él, quien, con paciencia y bastante insistencia por su parte, había conseguido arrancarla del bastión y traerla a Braşov después de mucho tiempo. Era difícil desprenderse del miedo y el dolor que llegó a vivir allí, de los traumáticos recuerdos que cambiaron su vida para siempre, pero a medida que crecía y se convertía en adulta, fue consciente de que, para poder abrazar el

futuro, tendría que hacer las paces con su pasado.

Pero no había sobrevivido al fuego para vivir toda su vida asustada de los fantasmas del pasado. Lo que comenzó como una simple visita se convirtió en un viaje anual en el que poder curar el alma.

«El tiempo parece haberse detenido en este lugar. Lo visitamos año tras año y tengo la sensación de que nada ha cambiado. Es como si aquella noche nunca hubiese ocurrido para ellos».

—La gente de Braşov posee una fuerza interior extraordinaria. Puedes golpearles, arrancarles el corazón, pero se levantarán de nuevo y lo harán con más ímpetu que antes. No se rinden y continúan adelante. Se rigen por el lema *«La vida sigue y nosotros con ella»*.

«Lo sé». *Admitió mirando en su dirección y añadió a través del íntimo vínculo que le permitía comunicarse mentalmente con él. «Tengo la prueba de ello justo frente a mí»*.

Era todo un regalo poder conectar así con él y utilizar su propia voz, aun si era de esta manera. Lo que el fuego le robó, se lo devolvió el vínculo que tenía con su arconte.

Los ojos marrones de su marido se posaron sobre ella y vio el reconocimiento a sus palabras. Él la entendía mejor que nadie. Ambos tenían motivos más que suficientes para no desear poner un solo pie en este lugar durante el resto de su existencia, pero darle la espalda al pasado era olvidar quienes eran y a las personas que habían tenido en sus vidas.

—Ambos seríamos un buen ejemplo, sin duda —admitió en voz alta.

Reanudaron el paseo en dirección a la *Piaţa Sfatului*, donde confluían la casa del concejo y la *Iglesia Negra*. Las casetas de madera de los puestos del mercado navideño esperaban cerradas el momento de dar comienzo a su jornada diaria. El damero de adoquines negros y blancos que llenaban el suelo de la enorme plaza ahora permanecían ocultos bajo una fina capa blanca. La nieve había cubierto ya los tejados de las casas, así como las cúpulas de la gran basílica que se alzaba tras el imponente árbol de Navidad.

«Cuando venía aquí con mi madre me sentía diminuta ante lo grande que me parecía este árbol». Comunicó a su compañero. *«Pensé que era mi imaginación, que lo magnificaba todo, pero…»*. Se pasó a la lengua de signos para enfatizar sus siguientes palabras. *«¡ES ENORME!»*.

Radu se quedó atrás, pero no porque caminase con más lentitud, fue ella, quien, como una niña pequeña, se acercó corriendo al imponente abeto. Levantó la cabeza y estiró la mano para tocar una de las ramas cubiertas de nieve. Su mente se trasladó a un pasado lejano, a un recuerdo desdibujado. Vio la figura de su madre, la única familia que tenía en el mundo, levantándola en brazos para que pudiese colgar uno de los adornos que habían hecho en casa.

Eran otros tiempos, otra vida, una truncada en un momento por unos asesinos.

Sí, los responsables de aquello pagaron por sus crímenes. Su nueva familia fue la encargada de vengar sus muertos y proporcionarles así el descanso a sus almas y también a sí mismos.

Se giró a su compañero y lo vio deslizando la mirada sobre el árbol. Los ojos verdes de Radu brillaban de esa manera sobrenatural tan suya y supo que no estaba contemplando el presente, sino que se encontraba sumergido en algún recuerdo, tal y como había evocado este lugar en ella.

Miruna volvió sobre sus pasos y deslizó la mano enguantada en la suya. El contacto hizo que los ojos de su compañero volviesen de nuevo sobre ella.

«¿Estás bien?».

—El pasado es como un fantasma que espera agazapado —asintió devolviéndole el apretón —. No sabes qué momento o qué lugar elegirá para volver a la vida.

«Estoy aquí, no dejes que ese pasado te aleje de mí».

Él sonrió y le acarició la mejilla con los dedos.

—Tú eres mi presente y mi futuro, Miru —aseguró cubriéndole las cicatrices que marcaban su piel—. Sería un necio si permitiese que el pasado me apartase de ti.

Se derritió con su voz y esa tierna caricia. Ese hombre había sido capaz de meterse bajo su piel e instalarse en su corazón, convirtiéndose en la persona más importante de su vida.

«Siempre estaré aquí para ti».

Su compañero asintió y volvió a mirar el árbol.

«¿Lo colocas tú?». En esta ocasión la voz de Radu fue como una caricia en su mente, una conexión tan íntima que parecía tocarle el alma. Lo vio llevarse la mano al bolsillo interior de su abrigo y sacó una cajita de regalo.

Miró la caja y luego lo señaló con una divertida sonrisa.

«Aquí, el que mide metro noventa eres tú, no yo». Le recordó indicando el árbol. *«Si lo pongo yo acabará a ras del suelo»*.

—Si ese es todo el problema que tenemos…

Miruna dejó escapar un jadeo cuando él la levantó sin esfuerzo y la sostuvo como si fuese una niña pequeña y no una mujer adulta.

—Radu… —pronunció su nombre, forzándolo a salir de su atrofiada garganta.

—Vamos, ya puedes colocarlo dónde quieras.

Se las ingenió para sacar de la cajita un adorno de madera que él mismo había tallado y que ella pintó después. Era un caballito en un balancín, un adorno que solían colgar cada año en el árbol del pueblo.

«Esta vez te toca a ti». Le recordó él.

«Eres…». Sacudió la cabeza, chasqueó la lengua y le advirtió. *«Ni se te ocurra dejarme caer»*.

«No te soltaría ni aunque mi vida dependiese de ello, amor».

«Eso me vale». Asintió y maniobró colgando el adorno en una de las ramas más altas a las que llegaba. *«Para todos los que ya no estáis, de quienes permanecemos todavía aquí»*. Susurró al cielo, compartiendo aquella oración con su compañero arconte a través de su vínculo de pareja. *«No os olvidamos»*.

Comprobó una vez más que el adorno estaba bien sujeto, y no caería, aunque lo sacudiese el viento o la nieve que perlaba el árbol, y le dio un toquecito en el hombro.

«Ya puedes bajarme».

La hizo resbalar sobre él, pero no le permitió tocar el suelo. La sujetó, pegándola a su cuerpo mientras buscaba sus labios para obsequiarle con un cálido beso. Respiró en su boca, se bebió su aliento y disfrutó de la ternura que había en ese gesto. Sus labios solo se separaron cuando aflojó su agarre, permitiéndole poner los pies en el suelo.

—Lo necesitaba —se justificó él.

«YO TAMBIÉN». Gesticuló ella en la lengua de signos.

Radu asintió y la cogió de la mano, un gesto al que se había acostumbrado y que solía significar que necesitaba de su soporte. Lo vio levantar la mirada para observar el adorno y supo a quién tenía en mente en esos momentos.

—Les… gusta… rá. —Se esforzó en dejar salir las palabras, algo que no resultaba nada fácil para su garganta destrozada por el humo y el fuego.

El arconte se limitó a asentir con la cabeza, no era necesario que dijese nada más. Entonces se volvió a ella.

—¿Quieres tomar algo caliente? —sugirió mirando ahora en torno a la plaza.

Sacudió la cabeza y señaló la iglesia, el viejo edificio que llevaba viendo pasar el tiempo desde el siglo XIV.

«Me gustaría entrar, si no te importa». Señaló. *«Solía ir con mi madre cuando era niña. Ella entraba, prendía una vela y supongo que recitaba alguna plegaria antes de volver a salir. Quiero encender una por ella».*

Siguió su mirada hacia el edificio.

—Te esperaré fuera.

Miruna asintió y se puso de puntillas para besarlo en el mentón.

Dejó ir su mano y caminó con cuidado sobre la nieve. No le había pedido que la acompañase, pues era consciente de que el arconte necesitaba también un momento a solas y prepararse para la última parte de su visita anual.

Echó un vistazo a su alrededor mientras caminaba, recordando, o intentando recordar, esa otra vida. Ella pertenecía a Braşov, había nacido aquí, aunque su residencia estuviese ahora en Budapest. Su pasado yacía aquí, entre cenizas, pero era algo que sabía que no quería olvidar.

Empujó la puerta. La iglesia siempre estaba abierta. Le impresionó reconocer el lugar, saber a dónde tenía que dirigirse…

«No los olvidamos. Es la forma que tenemos de decir que siempre estarán en nuestros corazones».

Las palabras de su madre eran lejanas en su mente, pero podía verla pronunciando aquello mientras cogía una velita, la encendía y la colocaba en el candelero comunal.

Repitió sus pasos y se quedó mirando la llama.

«No os olvidaremos, Vasile, Mirela. Vuestro padre y yo siempre os tendremos presentes en nuestros corazones». Pronunció los nombres de los hijos de Radu, que habían muerto aquella noche. *«Mamá, he vuelto otro año más. Nunca olvidaré quién soy ni lo que hiciste por mí. Te quiero».*

La llama titiló y ella sonrió en respuesta.

Satisfecha, echó un último vistazo en torno a la iglesia y acto seguido la abandonó para reunirse fuera con su arconte y emprender juntos el camino que los llevaría al lugar en el que todo empezó.

CAPÍTULO 2

Mientras el mundo seguía avanzando, este pequeño rincón de Rumanía parecía haberse quedado estancado en el tiempo. Hoy la nieve lo cubría todo de un manto blanco y era difícil creer que una imagen tan pacífica y prístina ocultara un pasado convulso y una tierra que una vez se había cubierto de sangre. Regresar allí siempre resultaba difícil. Se resistió a hacerlo durante mucho tiempo, pero negar lo ocurrido era darle la espalda a su propio pasado y a la gente que había existido en él. Obligarse a volver a poner los pies en ese lugar era abrirse de nuevo al dolor y al horror de aquella noche, pero también a recuerdos mucho más antiguos y cálidos, los que lo sostuvieron mientras todo se hacía pedazos a su alrededor.

No era fácil sanar las heridas, estas eran demasiado profundas, pero al menos sus cicatrices eran invisibles mientras que las de su mujer estaban grabadas a fuego sobre su piel.

Miruna era una figura silenciosa en medio de toda aquella nevada blancura. Ella era una superviviente de aquella tragedia, una guerrera que había sobrevivido al mismísimo infierno para acabar convirtiéndose en la mujer más fuerte que conocía.

No, para ella estas visitas tampoco habían sido fáciles al principio, pero, al igual que él, enfrentarse con su propio pasado y al dolor de sus recuerdos le permitió empezar a cerrar heridas que todavía seguían abiertas.

Estas visitas eran su propia catarsis, una manera de purgarse y aferrarse al futuro, uno que habían empezado a construir juntos.

«Todavía puedo oírlo». Su voz fue como un susurro en su mente, un eco lejano del matiz que una vez tuvo y que perdió a raíz del atentado. «*Aun cuando ya no está aquí y no existe el refugio, todavía puedo escuchar las voces, verme recorriendo sus pasillos de la mano de mi madre»*. Sus palabras lo estremecieron y la miró. Su expresión era la de alguien perdido en el pasado y en sus recuerdos. *«Huelo el humo, puedo sentir el fuego…»*.

«Miruna». No dudó en ir a ella, pero cuando iba a posar las manos sobre sus hombros, la chica sacudió la cabeza y lo miró gesticulando «estoy bien» en la lengua de signos.

«Da igual las veces que vuelva aquí, el pasado es lo bastante fuerte para traspasar el velo de este jardín y hacerme recordar». Añadió en su mente. Era la unión más íntima que poseían, la única forma en la que ella podía proyectar la voz robada por el fuego.

Lo entendía, posiblemente mejor que nadie, era una sensación que tanto él como sus compañeros habían tenido cada vez que pisaban este lugar. Pero ellos eran hombres adultos, guerreros experimentados, mientras que su mujer era humana y había sido tan solo una niña cuando ocurrió todo.

«Es como una imagen que está ahí y no se va. Y duele igual que entonces».

La vio respirar hondo y abandonar la tensión que la atenazaba, cuando volvió a hablar parecía más ligera.

«Recuerdo bien el frío y la nieve, cómo soplaba a veces el viento haciendo danzar a los copos. Me gustaba bailar con ellos». Añadió girándose hacia él. *«Ten en cuenta que solo era una niña. Pero recuerdo hacerlo. Meter las manos desnudas en la nieve y a mi madre riñéndome por ello. La recuerdo a ella, tejiendo y haciendo pequeños muñecos de madera que después me*

dejaba pintar». Se lamió los labios y los movió, obligándose a pronunciar las palabras con voz rota, a pesar del esfuerzo y las molestias que eso le ocasionaba.

—No… quier… o olvidar… es..o.

Se mordió el labio inferior y se pasó ahora a la lengua de signos.

«YO NACÍ EN BRAȘOV. ERA MUY PEQUEÑA, PERO TENGO RECUERDOS DE MI MADRE QUE SOLO AFLORAN EN MI MEMORIA CUANDO ESTOY AQUÍ. PUEDE QUE SEA DIFÍCIL Y DOLOROSO VOLVER CADA AÑO, PERO ME ALEGRO DE HACERLO PORQUE PUEDO RECORDAR QUIÉN ERA ENTONCES Y VER EN QUIÉN ME HE CONVERTIDO».

No pudo más que asentir ante sus palabras.

—Te has convertido en una mujer asombrosa —le aseguró—. Una hembra fuerte y valiente, capaz de enfrentarse al arconte que tienes delante.

Las mejillas de su compañera se colorearon y vio la vergüenza en su mirada. Le encantaba esa natural timidez, la hacía incluso más hermosa a sus ojos.

«Hago lo que puedo, Radu, hago lo que puedo». —Le comunicó mentalmente.

Sonrió, algo que no pensó que llegaría a hacer de nuevo y mucho menos en este lugar.

—Sigue así, cariño, solo sigue así.

Asintió y dejó que su mirada se deslizase sobre el jardín amurallado que tenían ante sí. Notó como introducía la mano en la de él y se aferraba a sus dedos.

—¿Estás lista?

—Nunca… lo estoy… para esto, pero… no podemos… irnos sin… hacerlo.

Nadie sabía tan bien como él lo difícil que le resultaba hablar, el esfuerzo y el dolor que se autoinfligía al forzar las dañadas cuerdas vocales de esa manera.

—Estoy a tu lado.

Ella asintió y lo miró con esa gratitud y amor nacidos entre ellos en los últimos seis años. No había sido un camino sencillo para ninguno. Las heridas no eran solo superficiales, en el caso de la mujer que le acompañaba también eran permanentes. Encontrar el equilibrio, respetar sus tiempos y amoldarse el uno al otro requirió de esfuerzo y sacrificios, pero eran dos personas forjadas en los fuegos del infierno y habían aprendido a afrontar y superar los problemas hasta cimentar las bases de su relación.

Radu la amaba más que a su propia vida y la respetaba por la increíble mujer que era. Miruna era un ejemplo de supervivencia y resiliencia. Poseía un corazón compasivo y tierno, pero también una fortaleza asombrosa que la hacía luchar contra todo y todos por salir adelante.

Y él había encontrado su otra mitad en ella.

Resbaló los dedos sobre su rostro, acariciándole la piel llena de cicatrices, la cual ahora estaba decorada por un bonito tatuaje que imitaba una enredadera con flores. Era un trabajo exquisito y delicado, un diseño que restaba brutalidad a sus cicatrices y le aportaba confianza, además de dotarla a sus ojos de una belleza única.

Antaño la joven se había ocultado detrás de su pelo y capas y capas de ropa, pero poco a poco, esas inseguridades habían ido quedando atrás y terminó viendo, al igual que lo hacía él, que esas cicatrices no eran, sino orgullosas marcas de guerra; una señal de que seguía viva.

Todavía recordaba el día en que la había visto con esas flores en el rostro por primera vez. Era tan solo maquillaje, unos dibujos pintados sobre la piel por Eleanor, la esposa de Calix, pero la expresión de su compañera mostraba una inesperada confianza, como si aquel diseño le estuviese mostrando la belleza que él mismo encontraba en ella.

Para Miruna fue un momento de inflexión. Uno que derivó en una inusual petición; la de

convertir ese diseño en algo permanente en cada una de las cicatrices creadas por el fuego en su cuerpo.

Tras un par de consultas y la rotunda seguridad por parte de la interesada, terminó siendo él mismo el encargado de realizar la intrincada labor artística sobre su rostro y el resto de su cuerpo. Fue un proceso muy íntimo y también delicado. Consiguió darle lo que deseaba y ahora las brutales cicatrices que le recorrían algunas zonas del cuerpo poseían un diseño único y especial.

—Siempre —añadió con ternura.

Su sonrisa fue todo lo que necesitó para alejar sus propios fantasmas y centrarse en el aquí y el ahora.

Caminaron de la mano y en silencio. Sus pies se hundían en la nieve virgen que todavía nadie había profanado a esas horas de la mañana. Cruzaron el arco que daba entrada al silencioso jardín y se detuvieron ante la enorme cruz de piedra que presidía el centro del lugar. Los nombres de todos los que habían perdido la vida aquella noche de septiembre estaban grabados a golpe de cincel sobre la roca, un trabajo artesanal hecho por la propia gente de Braşov.

Humanos y arcontes unidos bajo una misma desgracia.

Miruna se inclinó sobre la piedra y pasó un buen rato deslizando los dedos sobre los nombres hasta detenerse sobre uno en concreto.

—Mamá… —graznó acariciando el de la mujer que le salvó la vida al protegerla con su propio cuerpo.

Sus ojos fueron directos a las dos líneas que portaban los nombres de sus hijos; *Mirela y Vasile Bogdan.* Al menos ahora podía pensar en ellos sin sentir que se moría por dentro y que les había fallado a ambos. Y todo eso se lo debía a la mujer que estaba de pie a su lado.

—Mis… niños… —Los enguantados dedos femeninos cayeron sobre esas mismas líneas y se le encogió el corazón al escucharla hablar de esa manera. Su compañera los recordaba del refugio. Tan solo era una niña en aquella época, una en la que arcontes y humanos no hacían distinciones entre unos y otros. Solo eran niños, no sabían nada de odio, ni de guerras… No. Eso llegaría después, destruyendo todo a su paso y manchando sus propias manos de sangre durante mucho tiempo.

Gracias a esta dulce y joven humana, fue capaz de conocer los últimos momentos de sus pequeños, saber de su felicidad, de sus risas, de que nunca estuvieron solos ni se sintieron abandonados. Miruna los había traído de nuevo a la luz al obligarle a hablar de ellos, a recordarlos y a tenerlos presentes de una manera natural, aun cuando ya no estaban en este mundo.

Eran tus hijos, pero ahora también serán los míos. Le había dicho en una ocasión. *Si son parte de tu corazón, también lo serán del mío.*

No dejaba de sorprenderle que una joven humana como ella fuese tan fuerte, que viviese la vida sin arrepentimientos u odio por quienes le habían arrancado todo.

No he sobrevivido a las llamas del infierno para malgastar mi vida odiando a quienes me hicieron esto. Les debo a los que ya no están, a quienes me concedieron una oportunidad, el seguir adelante y no malgastar un solo minuto de mi existencia pensando en cómo habrían sido las cosas si hubiesen ocurrido de otra manera. Esta es la vida que me ha tocado vivir, una que ahora decido vivir junto a ti.

Posó la mano sobre la de ella, pegándola a la fría piedra y envió su propio saludo al cielo o allí dónde estuviesen las almas de sus hijos.

—Mi corazón siempre estará con vosotros, *copiii mei.*

«Y el mío». Añadió su compañera en su mente.

Radu dio un paso atrás y atrajo el cuerpo más pequeño contra el suyo, envolviéndolo con los brazos de modo que pudiese tenerla muy cerca de él. Ninguno habló. Se limitaron a quedarse allí, compartiendo ese íntimo momento en un cómodo silencio y recordando a las personas que ya no estaban en sus vidas, pero habitarían para siempre en sus corazones.

CAPÍTULO 3

—Vámonos.

Miruna asintió en silencio, echó un último vistazo a la cruz de piedra y acompañó a su pareja fuera del jardín. Las cicatrices que ambos llevaban consigo permanecerían para siempre, pero al menos ahora podrían aferrarse a recuerdos felices y dejar atrás la pérdida. La vida seguía y les debían a los que no estaban vivirlas en plenitud.

Deambularon por las calles de un pueblo que empezaba a despertar, cruzaron saludos vespertinos con los más madrugadores y volvieron a la plaza principal que estaba cobrando vida.

—¿Desayunamos? —preguntó su compañero señalando con un gesto las galerías de una zona de la plaza en la que ya se levantaban las persianas.

«Te lo ha chivado mi estómago, ¿no?».

Él sonrió lo justo para que asomaran las puntas de sus colmillos.

—Tu estómago habla por sí mismo la mayoría de las veces, Miru —aseguró burlón y ella no dudó en darle con la mano—. He supuesto que querrías tomarte tu tiempo y esperar a que abriese el mercado para poder echar un vistazo.

«¿Soy tan transparente?».

—Eres mi compañera —declaró y se encogió de hombros—. He aprendido a ver más allá de lo que les dejas ver a los demás. Privilegio de ser tu marido y haber compartido juntos ya casi seis años de nuestras vidas. Adelantarme a tus deseos es algo que empieza a dárseme muy bien.

«Y pensar que me encontraste gateando por el suelo de la terraza para que no me vieses».

—Un momento inolvidable —aseguró guiñándole el ojo—. Despertaste mi curiosidad y ya no pude dejar de pensar en ti.

«Ni yo en ti». Admitió sincera.

—Bien, mi señora, ¿cuál es vuestra respuesta?

«DESAYUNEMOS AHORA. SI TENGO QUE SEGUIR OLIENDO ESE AROMA DULCE SIN PODER HINCARLE EL DIENTE, MI ESTÓMAGO NO DEJARÁ DE PROTESTAR». Esta vez recurrió a la lengua de signos para decir aquello.

—De acuerdo. —Le rodeó la cintura con el brazo y la guio a través de la nevada plaza—. Algunos de los locales ya han abierto, así que veamos con qué podemos apaciguar tu estómago.

Miruna se limitó a poner los ojos en blanco ante su tono burlón antes de prestarle atención a la decoración de los soportales.

«Todo parece adquirir otro color durante estas fechas». Mencionó una vez más a través de su vínculo, fijándose en las guirnaldas que adornaban las fachadas y las luces que todavía permanecían encendidas. *«Es como si la esperanza cobrase vida en este lugar y momento del año y caminase entre la gente»*.

—Puede que ese sea el secreto que hace de Brașov un pueblo lleno de esperanza y capaz de sobreponerse a las tragedias que lo han asolado a lo largo del tiempo —mencionó Radu mirando en torno a ellos—. Aunque la idea de que algo como la esperanza tenga una encarnación física… Me da repelús.

Sonrió. Entendía muy bien por qué lo decía.

«Bueno. Nosotros tenemos al Padre Arconte, alguien que para mí solo formaba parte del folclore de vuestra raza y que ha resultado ser un hombre de carne y hueso, así que, ¿quién dice que la esperanza no tenga también otro nombre, se haga pasar por una persona corriente y haya decidido instalarse en este lugar?».

—Amor, bastante tenemos ya con un *tátara abuelo* que fue en su día un dios sumerio y una cuñada que ha ocupado su puesto como *jueza de los Annuna*. —Radu sacudió la cabeza y se estremeció con un visible escalofrío—. No necesitamos más *raritos* en la familia, ¿vale?

Se rio sin poder evitarlo y le contestó en la lengua de signos.

«PUEDE QUE NUESTRA FAMILIA SEA EXTRAÑA, PERO YO NO LA CAMBIARÍA POR NADA EN EL MUNDO».

Gracias a Radu ahora tenía hermanos y hermanas, personas dispuestas a asustar hasta la muerte a cualquiera que siquiera la mirase mal y que contaban con ella para cosas tan insignificantes como ayudar a elegir el color de la pintura de alguna habitación.

El edificio de la *Nueva Guardia*, el *Purgatórium*, bautizado así por los *hijos de Brașov*, se había convertido en una pequeña comunidad dentro del bastión arconte en la que todos eran una gran familia. Allí daba igual que fueses humana, arconte, *argely* o una cabra loca, eras *familia*.

Nunca se había imaginado que acabaría siendo tan cercana a una *argely* como lo era con Meroa, ni que se convertiría en la hermana de un puñado de guerreros o que disfrutaría de una noche semanal de chicas con las parejas de sus nuevos hermanos. Ellos eran ahora su familia, una que la recibió con los brazos abiertos desde el segundo en el que supieron que estaba con Radu.

Su vida entera había cambiado en el instante en que ese arconte se cruzó en su camino, un momento que recordaría para siempre.

—Ni yo tampoco —respondió él y añadió en voz baja—. Pero no es necesario que lo sepan.

Sonrió y sacudió la cabeza, señalando ahora las casetas del mercado que todavía no había abierto.

«Te guardaré el secreto si luego me llevas de compras».

—Solo si esta vez no te pierdes.

«¡NO ME PERDÍ!». Se pasó de nuevo a la lengua de signos para enfatizar sus palabras. *«SABÍA PERFECTAMENTE DÓNDE ESTABA. DELANTE DE LA CASETA DE COLOR VERDE CON MARIONETAS»*.

Radu señaló las casetas ante ellos a modo de resumen.

—Cariño, *todas* las casetas eran verdes.

«PERO SOLO HABÍA UNA CON MARIONETAS».

—Lo de las marionetas no me lo dijiste hasta veinte minutos después.

«¿TE RECUERDO YO A TI, QUE TRAS VOLVERME LOCA CON INDICACIONES DE HACIA DONDE IR, HICISTE PUFF Y APARECISTE DETRÁS DE MÍ?».

—Y menos mal que lo hice, amor, o seguirías caminando en sentido contrario.

El maldito nunca la había perdido de vista en realidad, podía rastrearla con facilidad a través de su vínculo, pero dejó que se las arreglase sola con su frustración durante un buen rato a fin de demostrar que tenía razón; era de las que se despistaba con el vuelo de una mosca.

No pudo evitar sonrojarse hasta la punta del pelo al recordar el momento y la sonrisa socarrona que tenía su arconte en los labios cuando le encontró.

«PENSÉ QUE ESTABA SIGUIENDO LAS LUCES DE LA PLAZA, LAS DEL ÁRBOL DE NAVIDAD».

Radu soltó un resoplido de risa, pero tuvo el sentido común de dejarlo solo en eso.

—El árbol quedaba a tu espalda, amor mío.

«HABÍA MUCHA GENTE».

—En eso tengo que darte la razón.

«TE LO ESTÁS PASANDO MUY BIEN A MI COSTA, MARIDITO MÍO, Y NO ES…».

No terminó la frase, pues algo la empujó desde atrás, haciéndola trastabillar. De hecho, habría acabado en el suelo de no ser por los rápidos reflejos de Radu.

«¿Qué ha sido eso?».

—Alguien con mucha prisa —respondió su compañero con la mirada clavada en el borrón que desaparecía a toda velocidad entre las casetas del mercado—. ¿Estás bien?

Asintió con la cabeza mientras se equilibraba y se daba cuenta del cambio de peso en su abrigo. Deslizó la mano sobre el bolsillo de manera automática y comprendió qué era lo que había pasado.

«Radu». Levantó la cabeza para encontrarse con la mirada del arconte. *«Creo que acaban de robarme el monedero»*.

—Eso me había parecido —La admisión la llevó a volverse en su dirección, más él seguía con la vista puesta en algún punto de la plaza—. No te muevas de aquí.

Con esas palabras como única advertencia, dio un paso adelante y al siguiente ya se había esfumado delante de sus propias narices. A estas alturas estaba más que acostumbrada a ver a los arcontes desafiar las leyes de la física, no obstante, seguía resultándole fascinante semejante habilidad.

No había terminado de formular dicho pensamiento cuando escuchó un par de chillidos procedentes de una de las calles perpendiculares a la plaza. A juzgar por el tono, no se trataba de una persona adulta, lo que encajaba con el tamaño del borrón que casi la había arrollado.

No te muevas de aquí, mis muelas, se dijo antes de salir en post del arconte, dirigiéndose hacia la zona de la que procedía el griterío.

CAPÍTULO 4

Los dueños de los comercios y los locales que habían dado inicio ya a su jornada también salieron a la calle, pero fueron los de los negocios más próximos los que la precedieron al entrar en uno de los callejones.

—¡Suéltala! ¡Es mi hermana!

Miruna resbaló un par de veces sobre los nevados adoquines. Fue un verdadero milagro que no acabase dándose el porrazo de su vida, pero consiguió llegar a tiempo de ver la particular escena que se estaba desarrollando a pocos metros. Radu se encontraba de espaldas a ella, sostenía un sospechoso bulto que se revolvía bajo el brazo y se las ingeniaba para sujetar por la capucha a una niña pequeña que no dejaba de chillar y lanzar patadas como una bestezuela.

—¡Suéltala! —La mocosa se debatía con fiereza, intentando liberarse de la sujeción del arconte.

—Si es que tenían que ser los niños del *Adăpost* —chasqueó uno de los comerciantes que había salido de alguno de los comercios—. ¿Qué habéis hecho esta vez?

Las palabras del hombre dejaban claro que esa escena no era nueva para ellos, lo cual resultaba sorprendente.

—Habrán robado, ¿qué si no? —resopló una mujer joven a la que vio salir de la puerta de uno de los locales más cercanos al callejón—. Que alguien avise a Yura. Estas dos se le habrán escapado de nuevo sin que se diese siquiera cuenta de ello.

—¡Suéltala! ¡Suelta ahora mismo a mi hermana! —continuó chillando la niña.

A juzgar por su apariencia, la mocosa no podía tener más de diez años y el bulto que seguía debatiéndose bajo el brazo de Radu era incluso más joven.

¿Qué demonios hacían dos niñas de tan corta edad por la calle a esas horas? ¿Y cómo era posible que una de ellas le hubiese quitado el monedero de esa manera? Solo fue consciente de ello porque había notado el cambio en el peso del abrigo. Estaba tan acostumbrada a andar con mil cosas encima, que cuando le faltaba algo lo sabía enseguida.

—¿Las conocéis? —preguntó Radu al hombre que se había acercado a ellos.

—Son huérfanas del *Adăpost* —respondió este dando nombre al hospicio del pueblo—. No han dejado de causar problemas desde que vinieron, de eso hará ya dos meses. Todo el mundo las ha visto alguna vez haciendo alguna trastada.

—Suéltame… —siguió pateando la niña, intentando librarse de la sujeción de su capucha. Se contorsionó de tal manera que todos se quedaron mirándola cuando consiguió zafarse de su propio abrigo y se lanzó a darle una patada en la espinilla a su captor—. ¡Suelta a mi hermana! ¡Déjala ir! ¡Ella no ha hecho nada!

Radu siseó dando un paso atrás. El gesto hizo que asomasen sus colmillos, lo que pareció dejar a la niña que tenía en frente en shock. Su carita, rosa por el esfuerzo, empezó a perder color mientras miraba fijamente a su arconte y empezaba a chillar:

—¡No te la comas! ¡Suéltala! ¡Es muy pequeña! ¡No te la puedes comer!

—¿Comérmela? —Radu bufó, bajó al suelo a la niñita cuya capucha se había caído y

mostraba una cabecita llena de tirabuzones castaños, pero no la dejó ir—. No me llegaría ni para un aperitivo.

—*Radu.*… —Lo censuró tanto por su canal privado como en voz alta, haciéndose daño ante el ímpetu con el que pronunció su nombre.

—Déjele, señora. Estas dos necesitan un buen escarmiento —le dijo el hombre, quien se giró con una traviesa sonrisa que decía que sabía que su marido no hablaba en serio.

La mayor de las dos chiquillas se volvió hacia el tipo con una mirada asesina, pero seguía demasiado ocupada para librar a su hermanita de las garras del presunto *monstruo devora niños.*

—Suéltala. —Intentó abrir los dedos de su arconte, los cuales seguían firmes en su agarre de la menor—. Ella no ha hecho nada. Y no sabe bien, es muy pequeña.

«¿En serio?». Escuchó su indignación a través del vínculo que compartían. *«¿De dónde demonios han sacado cosas tan bizarras hoy en día?»*.

Entendía su enfado, pero solo se le ocurría que aquello se lo hubiesen escuchado a alguna otra persona.

«Es probable que alguien haya querido asustarlas utilizándoos a los arcontes como el monstruo del saco».

Él bufó en su mente y se dirigió ahora a la niña en voz alta.

—La soltaré cuando tú le devuelvas a mi esposa lo que le has quitado —declaró con voz suave. Miruna era perfectamente consciente de que Radu no quería asustar a las niñas y también de que no había nadie mejor que él para hacerse cargo de este asunto. Su compañero estaba acostumbrado a lidiar con los niños. Cuando no se encontraba cumpliendo con sus obligaciones con la corte arconte, trabajaba mano a mano con Grigore en buscar y rescatar a menores que estaban en la calle, ya bien porque los habían puesto allí las mafias que los utilizaban para robar o carecían de recursos. Su arconte colaboraba con los centros de acogida de los que la corte había asumido su tutela en Hungría. Esa era, según le explicó en alguna ocasión, la promesa que se hizo a sí mismo la noche en que sus hijos fueron asesinados; no dejar jamás que ningún niño quedase a merced de quienes pudiesen explotarles o coartar sus libertades.

La niña apretó los labios, pero no dudó en recuperar su abrigo y sacar del bolsillo de este el monedero que le había quitado. Dio un paso adelante y lo tiró con fuerza a sus pies mientras sus ojos verdes se llenaban de lágrimas.

—Ya está. Suelta a mi hermanita.

La pequeña, a la que todavía sujetaba Radu, dejó escapar un chillido y se revolvió al mismo tiempo como un ratón. En cuanto sus pies tocaron el suelo, echó a correr en su dirección. Ni siquiera la miró. Sus ojos estaban clavados en el monedero a sus pies, el cual cogió y apretó contra el pecho.

—Casa, Ile —balbuceó la pequeña volviéndose hacia su hermana—. ¡Casa!

—Romi no toques eso. —La mayor de las hermanas corrió como una bala en su dirección, arrancándole el objeto de las manos y lanzándolo de nuevo al suelo, lejos de ellas. La vio esforzarse en sujetar a la niña pequeña, quien volvió a chillar y se debatió con fiereza para recuperar lo que le había quitado. Miruna la vio sacudir la cabecita, sus rizos volando de un lado a otro, antes de volverse a su hermana y empezar a crear señas con las manos.

—*Casa*, Ile. *¡Casa!*

—Eso es… —susurró su compañero tan sorprendido como ella misma ante esa inesperada situación.

Le miró y asintió. La niña estaba utilizando la lengua de signos. Sin pararse a pensar, llamó su atención con un gesto y creó la misma palabra.

«¿CASA?».

La pequeña se quedó mirando sus manos y cuando levantó la cabeza pudo ver que esos enormes ojos verdes se habían hecho incluso más grandes.

—¿Conoces la lengua de signos? —La pregunta vino ahora de la niña mayor, la cual parecía igual de asombrada.

Miruna asintió con la cabeza mientras Radu lo confirmaba en voz alta.

—Mi esposa no puede hablar, es la forma en la que suele comunicarse.

«ES MI GARGANTA. NO PUEDO HABLAR». Explicó a través de los signos y tuvo una respuesta inmediata de esas manitas.

—Romina no oye —musitó la mayor.

Levantó la cabeza y se encontró ahora con la mirada de la otra niña. Eran como dos gotas de agua. Solo las diferenciaba la edad que había entre ellas. Los ojos de esta también se abrieron más de la cuenta y comprendió el motivo en cuanto notó que el pelo ya no le cubría las cicatrices del rostro.

Romi, la niña sorda, la señaló con un dedito y movió las manos formando una sola palabra.

«¿DUELE?».

Sacudió la cabeza en una negativa y respondió de la misma manera.

«YA NO».

—¿Qué te pasó en la cara? —inquirió la mayor en un hilo de voz, su mirada todavía fija en ella con extraña fascinación—. ¿Por qué tienes la piel arrugada?

La inocencia de los niños siempre se rodeaba de pura sinceridad. Ellos carecían del artificio de los adultos, se dejaban llevar por la curiosidad y buscaban respuestas, aun cuando sus preguntas podían resultar incómodas u ofensivas. Miruna no se replegó sobre sí misma como había hecho tantas veces en el pasado, no se cubrió el rostro, sino que mantuvo el pelo tras la oreja, lo que dejó también a la vista la piel maltratada de su cuello y el delicado tatuaje floral que ahora la adornaba.

«ME QUEMÉ CUANDO ERA PEQUEÑA».

—Son las marcas de una guerrera —mencionó Radu al mismo tiempo que ella respondía con la lengua de signos—. Fue tan valiente, que las hadas decidieron ponerle su marca sobre la piel para que la gente que la viese supiera que ahora era una de ellas.

«¿Un hada?». Inquirió Miruna mirándole de soslayo y dio forma a la palabra hada mientras se señalaba con un dedo.

«Es más fácil que entiendan eso a que has sobrevivido a tu paseo por el jodido infierno, amor mío». Aseguró él, comunicándose de manera privada.

La menor de las niñas, Romi, jadeó y gesticuló con rapidez mirando a su hermana:

«¿UN HADA?». Preguntó para luego volverse de nuevo hacia ella y acercarse un poco, como si quisiera comprobarlo por sí misma. *«¿UN HADA DE VERDAD?»*.

—De verdad eres un hada… —Había una mezcla de recelo y fascinación en la mayor de las hermanas. Era como si en un momento pareciese más adulta de lo que en realidad era, para luego comportarse igual que una mocosa de su edad.

La más pequeña seguía con la mirada fija en ella, inconsciente de lo que decían a su alrededor. Su sordera debía ser completa, se dio cuenta, pues no parecía obedecer a ningún otro estímulo que el visual.

«ME GUSTAN LAS FLORES». —Romi volvió a mover las manos. Las palabras fueron compuestas por gestos básicos, pero eran fácilmente entendibles.

Miruna sonrió y asintió, señalándose a sí misma.

«A MÍ TAMBIÉN».

La niña se la quedó mirando unos segundos en silencio antes de liberarse por completo de su hermana y dirigirse de nuevo a por el monedero que seguía tirado en el suelo. Lo cogió y tras mirarlo bien, levantó la cabeza y se lo tendió.

—Toma —pronunció de esa manera peculiar en la que la había escuchado decir un par de palabras—. ¿Casa? Ile y yo. —Señaló a esta y a sí misma—. ¿Vamos?

—No nos van a llevar a casa, Romi —resopló su hermana cogiéndola de la mano y tirando de ella para mantenerla cerca, pero la pequeñaja se resistía clavando los pies en el suelo e indicando en su dirección.

—Casa… —insistía mientras la señalaba—. El hada nos lleva. Vamos, Ile. Vamos.

Esta sacudió la cabeza y movió las manos para comunicarse.

—No vamos a ir a casa, Romi —habló al tiempo que daba forma a las palabras—. Mamá se fue al cielo y no va a volver.

Escucharle decir aquello fue como una punzada en el corazón y también empezó a dar sentido a las palabras sueltas que formulaba la niña.

—¡Casa! —chilló, se soltó de su agarre y se lanzó hacia ella, aferrándose a su abrigo—. *Hada*. Casa.

La mayor bufó, dio un paso adelante para tirar de nuevo de la chiquitina, pero esta vez Radu la detuvo.

—Déjala estar. No le hará daño.

Se giró con tanta rapidez que fue un milagro que no terminase cayéndose al suelo. El rostro de la niña estaba sonrojado, los ojos le brillaban por las lágrimas, pero su expresión era de pura terquedad. No fue una sorpresa verla abrir los brazos a ambos lados, dejando claro que no permitiría que su compañero diese un paso más allá de dónde estaba.

—No dejaré que te la comas —declaró y dio un pisotón como si siquiera enfatizar sus palabras—. No puedes comerte a mi hermana.

El arconte se agachó lentamente hasta quedar a la altura de la niña.

—¿Has visto alguna vez a un *arconte* comerse a un niño? —le preguntó con suavidad, consciente de que hablaba con una criatura que se veía diminuta en comparación a él—. Dime, Ile, ¿lo has visto?

No dudó en sacudir la cabeza, haciendo que el pelo castaño que llevaba recogido en una cola se agitase con el movimiento.

—No. Pero Yura dijo que los arcontes comían niños, que les gustaban especialmente las niñas pequeñas —respondió la chiquilla con voz queda—. Y que nos daría de comer a los cerdos de la granja de Bilbo, aunque yo sé que los cerdos no comen personas. Entonces nos dijo que los arcontes sí se las comían y que le gustaban las niñas pequeñas.

«¿Quién demonios inventaría una cosa tan absurda?».

«Alguien que busca la manera de asustar a dos niñas pequeñas capaces de meterse en todo tipo de problemas». La respuesta de su compañero vino acompañada de una pregunta en voz alta para su joven interlocutora.

—Y Yura es… —inquirió con suavidad.

—Una inútil —replicó la mocosa con un ligero encogimiento de hombros.

—Yura Popescu es la mujer que está a cargo del centro de acogida de Braşov —les informó la señora de la tienda, la cual no se había movido de allí—. Esa buena para nada… La mayor parte del tiempo los mocosos de la institución andan por la calle, cometiendo todo tipo de tropelías y ella ni se inmuta.

Radu se volvió hacia la mujer, quien dio un inmediato paso atrás. A continuación regresó a su conversación con la chiquilla.

—Los arcontes no nos comemos a los niños ni a ninguna persona —le dijo con ese tono suave y calmado que invitaba a acercarse a escucharlo—. De hecho, mi comida favorita son las hamburguesas.

Sí, eso era cierto, pensó Miruna.

—Pero bebes… *sangre*. —La mueca de asco que puso la niña al decir aquello casi la hace reír—. Eso no puede saber bien.

«A ver como sales de esta».

La sorpresa, al igual que la diversión, bailaron en los ojos de su esposo.

—Bueno, *mi hada* sabe bien —le dijo bajando el tono de voz y susurrándoselo como si le estuviese contando un secreto—. Pero es la única de la que me gusta… beber. Todo lo demás… *puaj*. Tienes razón, sabe fatal.

La niña arrugó la nariz y apretó los labios como si estuviese mordiendo un limón amargo, entonces los miró a uno y a otro varias veces. Finalmente se inclinó hacia delante y susurró también:

—¿No te da asco? —inquirió y se veía en su rostro que la sola idea le producía desagrado.

Su arconte negó con la cabeza y fue sincero al decir.

—Es parte de lo que soy —le aseguró al tiempo que la señalaba con el dedo, sin llegar a tocarla—. Tú bebes leche cuando tienes sed, ¿verdad?

La pequeña asintió sin dudar.

—Pues yo, cuando tengo sed, necesito la *vida carmesí* —admitió con toda naturalidad—. Y Miru es la que me ha hecho ese regalo. Solo bebo de ella.

La chica confirmó esas palabras con un asentimiento de cabeza y gesticulando con las manos.

«ASÍ ES».

—Entonces, ¿no comes niños?

—*Nop*.

—¿Y solo bebes de ella?

—Solo de ella.

Podía ver en esos inocentes ojos como intentaba discernir si le estaba diciendo la verdad o le mentía.

Demasiadas leyendas negras habían existido a lo largo del tiempo sobre la raza arconte y su supervivencia, verdades alteradas, mentiras insostenibles, pero que consiguieron sembrar dudas entre la población humana.

Tanto Beatrix, que estaba a cargo de la gestión de los *Protectorados*, como Sora e Índigo, las cuales se repartían las labores de concienciación y cooperación entre las distintas organizaciones que formaban parte de la *Nueva Alianza de la Humanidad*, llevaban años esforzándose en concienciar a la población de la capacidad de coexistir ambas razas. Su labor era desterrar mitos y acercar la realidad de una comunión que se llevaba produciendo desde el principio de los tiempos entre las dos castas.

Hoy en día había muchísimos más contratos entre pactados, las relaciones interraciales eran algo de lo más natural y poco a poco el mundo parecía encaminarse hacia un futuro en el que los días de luchas y contiendas serían tan solo un borrón en el tiempo.

La chiquilla se quedó mirando fijamente a su arconte durante unos segundos, entonces asintió con la cabeza y soltó un *«vale»* a modo de *«te creo»*. Un latido después ya se había vuelto

de nuevo hacia su hermana y le indicaba con gestos que debían irse de allí.

Romi no aflojó los dedos que había prendido en su abrigo y pronunció de nuevo aquella única palabra:

«*¿CASA?*».

Su hermana sacudió la cabeza en una negativa y eso hizo que la niña hiciese un puchero y unos enormes lagrimones empezasen a amontonarse en sus ojos.

—Mamá y papá ya no están en casa —musitó Ile con voz queda—. Están en el cielo.

A pesar de que era algo que habían esperado, sobre todo teniendo en cuenta sus anteriores comentarios y el hecho de que viviesen en el centro de acogida, oírlo de boca de una niña tan pequeña la sacudió por completo.

Los rizos castaños de la menor volaron de nuevo en todas direcciones ante su profunda negativa e insistió en articular la misma palabra con vehemencia.

—Casa. Ahora. Vámonos, Ile. Vamos a casa.

—¡No podemos ir a casa! —acabó gritando y, si bien su hermanita no era capaz de escucharla, estaba claro que algo en su rostro o en su lenguaje corporal la alertó. Las lágrimas que habían asomado en sus ojos se deslizaron por sus regordetas mejillas y acabó echándose a llorar.

—Casa. Quiero ir a casa.

—Sería buena cosa que alguien las llevase de vuelta al hogar de acogida —mencionó el comerciante que había permanecido en un segundo plano—. No estaría de más si la corte arconte echase un vistazo al lugar, *capitán.*

Estaba claro que el hombre sabía que su compañero no era solo un arconte, sino que formaba parte de la nueva guardia. Radu cruzó la mirada con el comerciante y asintió en silenciosa respuesta.

—Sí, deberían meter mano a ver si así dejan de suceder este tipo de cosas… —añadió la mujer, la cual se llevó una nueva mirada fulminante, pero esta vez de su parte.

«Me pondré en contacto con Grigore». La voz de Radu era engañosamente suave, un claro indicativo de que quien quiera que estuviese a cargo de la institución iba a llevarse una buena bronca. *«Si las cosas son tal y como han insinuado, la corte arconte se encargará a partir de ahora de gestionar el centro de acogida de Braşov»*.

Asintió mentalmente y esperó mientras su compañero se dirigía ahora a las niñas.

—Bien, señoritas, conozcamos a esa tal Yura —declaró él.

La mayor de las hermanas hizo una mueca.

—¿Le vais a decir lo que hice? —preguntó bastante preocupada.

Radu clavó la mirada sobre ella y vio la inmediata respuesta de la niña, quién se encogió como si esperase una reprimenda o algo peor.

—¿Prometes no volver a hacerlo?

A juzgar por la expresión de sorpresa de la pequeña, no esperaba esa respuesta por parte del arconte. Asintió con la cabeza con tanta efusividad que le sorprendió que no se hiciese daño.

—Lo prometo.

—Miruna, ¿qué dices tú?

Los ojos verdes de la pequeña se volvieron con rapidez sobre la chiquilla, la cual, antes de que pudiese decir nada, se retorció las manos y se disculpó.

—Perdón por haberte robado el monedero. —Su voz infantil sonaba del todo compungida.

Sonrió y se inclinó hacia delante, le apartó el pelo del rostro y se lo remetió detrás de la oreja con dulzura y a continuación dibujó con las manos la frase *«ESTÁS PERDONADA»*.

—Bueno, supongo que lo que ha ocurrido quedará entre nosotros… —resolvió su marido mirando a la niña—. Pero que no se repita.

A juzgar por la expresión de esta, no parecía tener la menor intención de volver a hacerlo, al menos si estaba Radu cerca para poder reprenderla.

CAPÍTULO 5

«¿Quieres que se haga popó encima?».

Radu no contestó. No quería soltar un exabrupto y asustar a las niñas sentadas con aspecto culpable en el viejo sofá que presidía la sala de estar a la que los habían hecho pasar. Esas pequeñas eran las únicas inocentes aquí, así como las víctimas de un sistema obsoleto y que nadie se había molestado en actualizar.

La responsable de su cuidado, la misma que ni siquiera fue consciente de su huida hasta que las vio regresar junto a ellos, seguía plantada ante ellas con las manos en las caderas. Había gritado a esas dos mocosas como si fuesen criminales en miniatura en vez de un par de crías que solo buscaban la manera de volver a casa.

Romina e Ileana, de cuatro y ocho años respectivamente, permanecían cabizbajas, aunque no por ello más calladas. La mayor de las dos hermanas replicaba en cada posible ocasión, mientras que la pequeña buscaba con la mirada a Miruna, como si la presencia del *hada* fuese en ese momento incluso más importante que la de su propia hermana.

La niña era tan solo un bebé y su hermana no era mucho mayor. Hasta dónde llegaba su conocimiento, ambas habían perdido a su madre de forma inesperada. Al parecer, la mujer salió de casa como cada mañana para ir al trabajo, pero ni siquiera llegó a este. Un fulminante ataque al corazón se lo impidió.

Ese era el resultado arrojado por la autopsia que se le practicó al cuerpo encontrado en el coche. El vehículo se había salido de la carreta en las inmediaciones del pueblo de Budila.

Las autoridades, incapaces de contactar con algún familiar o persona de contacto por vía telefónica, optaron por acercarse por su domicilio. La casa estaba en una zona rural con pocos vecinos. El más próximo era una mujer viuda que, nada más ver un coche de la Policía por aquellos lares, salió a interesarse por su presencia. Fue entonces cuando los agentes se dieron cuenta de que la víctima del accidente por el que estaban allí tenía dos hijas pequeñas, las cuales habrían permanecido solas en el domicilio durante casi setenta y dos horas.

Por la información aportada por la mujer a cargo de la casa de acogida, el padre de las niñas había fallecido años atrás de alguna enfermedad y estaba enterrado en el cementerio del pueblo, el mismo lugar en el que ahora yacía el cuerpo de la madre.

No constaba que estuviesen escolarizadas, pero la mayor sabía leer y escribir. Las dos conocían la lengua de signos y la utilizaban con naturalidad, lo que sugería que la madre las habría estado educando en casa. Si bien era algo común en comunidades rurales y en pueblos aislados, sobre todo tras la devastación que trajo consigo la *Gran Guerra*, la corte arconte se había asegurado de colaborar con la gente de Braşov para crear un centro escolar en la ciudad rumana y así escolarizar a los niños de toda la región.

Ante la aparente ausencia de familiares que pudiesen hacerse cargo de ellas, la tutela de las pequeñas pasó a los servicios sociales, quienes las ubicaron en el centro de acogida más cercano a su población.

No hay nadie en casa, Romi. Mamá se fue al cielo y no va a volver.

Las palabras de Ileana seguían clavándose en él como un cuchillo. Ningún niño debería experimentar algo semejante y menos a esa edad. La menor ni siquiera entendía el significado de esas palabras. Solo quería volver a casa, con su madre. Un sentimiento que sabía también compartía la mayor.

Dos meses. Ese era el tiempo que llevaban a cargo de la institución y no habían dejado de intentar escaparse para regresar al único hogar que conocían.

«Radu».

Notó la advertencia en la voz de su compañera, así como esa caricia mental que transmitía calma.

«Preferiría retorcerle el cuello, pero temo que sería contraproducente».

—Tiene que entender que estamos hablando de una residencia en la que viven actualmente veinte niños, siete de ellos por debajo de los doce años, señor Bogdan… —se justificaba la mujer —. No podemos andar vigilándolos a todos las veinticuatro horas del día…

«Vale. Tú no te manches las manos, que ya lo hago yo». Escuchó sisear en su mente. A su esposa le había crispado tanto como a él esa respuesta.

—Como directora de este centro, es la principal responsable de todo lo que les ocurra a los menores que estén alojados en este lugar —atajó aquel absurdo discurso y lo hizo con voz firme, como la que utilizaría al dirigirse a los cadetes del centro de entrenamiento. Algunas veces era la única forma de hacer que alguien escuchase—. Y eso incluye lo que puedan hacer o pueda pasarles a los chicos que abandonan este edificio sin autorización.

—Soy consciente de cuáles son mis deberes, señor Bogdan —replicó la mujer con gesto hastiado—. Y déjeme decirle que, si bien comprendo su descontento ante las molestias que mis niñas han podido ocasionarles a usted y a su esposa, esta institución no está bajo la jurisdicción de la corte arconte, así que le agradeceré que no opine de lo que no conoce.

Miruna bufó y no tuvo ni que mirarla para saber que estaba fulminando a la mujer.

—Señoritas. Iros cada una a vuestro salón. Hablaremos de esto después de las clases.

La pequeña Romina volvió la cabeza en dirección a su hermana, sin duda esperando a que ella le dijese por medio de los signos qué estaba pasando, pero esta se limitó a mantener la mirada sobre la mujer mientras se levantaba y le tendía la mano.

—Vámonos, Romi —murmuró y solo entonces se giró hacia la niña y le hizo un gesto para instarla a marcharse con ella.

Esos rizos castaños volaron de un lado a otro mientras negaba con la cabeza y, sin mediar palabra, dejaba el sofá y corría a refugiarse con su esposa. Le cogió el abrigo con una mano y tiró para llamar su atención. Un segundo después hacía esa señal *«casa»*.

—Casa, *hada* —insistió pronunciándolo ahora en voz alta—. Mamá. Casa.

—Romi, no los molestes o la señorita Yura nos echará a los cerdos —replicó la niña cogiendo a su hermanita de la mano para llevársela. Una vez más, la cría se soltó y volvió a tirar cada vez con más ímpetu del abrigo de Miruna.

—¡Casa! —chilló—. ¡Vamos a casa! ¡Vamos a mamá!

El rostro de su esposa mudó por completo. Podía sentir su desesperación, la necesidad de hacer algo, pero el temor a dar ese paso. La vio agacharse delante de la niña, para estar a su altura, antes de mover las manos de modo que la pequeña pudiese ver los signos.

«Esta es tu casa ahora, Romi. Ileana y tú tenéis que estar aquí».

La niña sacudió la cabecita e insistió con los mismos signos, moldeándolos una y otra vez con sus manitas, gritándolos en voz alta mientras le cogía las manos a Miruna y empezaba a tirar de ella.

—Casa, casa, casa, casa…

—Oh, por el amor de Dios. —Un nuevo bufido por parte de la directora. Se adelantó con intención de coger a la niña, pero su esposa la interceptó cortándole el paso.

«Si le toca un solo pelo, se quedará sin los suyos». Escuchó alto y claro la amenaza de su mujer, la cual estaba reflejada en sus ojos. *«Tradúceselo de mi parte»*.

—Miruna, ¿puedes llevarte a Romina e Ileana afuera, por favor? —pidió con serenidad—. Quédate con ellas hasta que termine de hablar con la señorita Popescu.

«Esa mujer no merece estar a cargo ni de un gatito, Radu». Replicó su compañera. La vio coger a la niña pequeña en brazos y tenderle la mano a la mayor, quién, después de vacilar un momento, se aferró a ella. *«El general Kouros era mucho más aterrador y, sin embargo, nunca le tuve miedo»*.

Dalca Kouros fue el que sacó a Miruna de los brazos inertes de su madre y la trajo al bastión arconte. Durante buena parte de su vida, fue la figura de autoridad a la que su esposa había tenido como ejemplo, lo cual tuvo que ser aterrador para una niña de tan corta edad. Pero ella tenía razón, Dalca jamás había alzado la voz a un niño, sin importar si era arconte o humano. Entre sus deberes, al igual que en los de cada miembro de la *Guardia Arconte*, estaba el de proteger a aquellos que no podían protegerse a sí mismos.

«Tranquila, amor. No seguirá estando a cargo de este lugar durante mucho tiempo más». Prometió mientras cruzaba la mirada con ella.

Su compañera asintió en respuesta, entonces añadió en apenas un susurro.

«Ellas necesitan volver a casa». Le informó con suavidad. *«Tienen que verlo con sus propios ojos, que su madre ya no está allí y no volverá a buscarlas»*.

Sintió el lejano dolor de la pérdida, de alguien que conocía bien lo que aquellas pequeñas estaban atravesando. Su esposa había pasado por ello y necesitó enfrentarse también a esa última visita al que había sido su hogar para poder dejar esa parte de su vida atrás y seguir adelante.

«Las llevaremos a casa». Le prometió.

Asintió, recolocó a la niña que tenía en brazos y ciñó los dedos de su hermana antes de indicarle con un gesto que se marchasen. Ileana no se resistió, caminó junto a ella, pero se detuvo en la puerta. La niña se volvió hacia él y, cuando sus ojos se cruzaron, Radu supo en lo más profundo de su ser que la vida de esas pequeñas estaba a punto de cambiar.

«Grigore. Te necesito en Braşov».

La respuesta de su hermano no se hizo de esperar.

«¿Qué ocurre, Radu?».

«Estoy a punto de cambiar la dirección del centro de acogida de Braşov y endosárselo al Bastión». Fue muy directo.

«¿Los niños están bien?».

«A partir de ahora lo estarán».

Escuchó el resoplido de su hermano y lo vio asentir en su mente.

«Dame dos minutos y estaré ahí con todo».

«Hecho».

—Bien, ¿dónde nos habíamos quedado? —le dijo ahora en voz alta a la mujer que tenía delante.

CAPÍTULO 6

—Es aquí.

Miruna miró a su compañero, quién los había hecho aparecer ante la entrada de una casa de una planta. Se trataba de una pequeña parcela, con un jardín ahora algo descuidado y el acceso totalmente nevado. Se encontraban a las afueras de Braşov, en el pueblo de Budila. Radu le había dicho que esa región era completamente rural, con casas diseminadas y alguna granja. Era un lugar al que solo podías acceder si tenías vehículo propio, pues el transporte público no solía tener buenas conexiones con esas zonas apartadas.

La nieve había cubierto todo con una capa blanca bastante densa, señal inequívoca de que el lugar estaba deshabitado.

«¿Van a poder entrar?». Le preguntó por su vínculo privado. Tenía a la pequeña Romina en brazos y no quería ponerla en el suelo, a pesar de que la niña ya se había percatado del sitio en el que estaban.

Él asintió, se llevó la mano libre al bolsillo del abrigo y sacó las llaves de la puerta de entrada. Había tenido que pedirlas al propietario, pues la casa resultaba estar en alquiler. A su lado, Ileana miraba la escena que tenía delante con una mezcla de esperanza y temor, como si el haber vuelto a este lugar le pareciese más un sueño que una realidad.

—Despejaré el camino —advirtió Radu con voz suave antes de hacer lo prometido. La nieve empezó a arremolinarse como si estuviese siendo empujada por un inesperado y repentino vendaval que la apartase hacia los lados. Pronto, el adoquín que cubría el suelo quedó a la vista y pudieron avanzar hasta la puerta de la casa.

—¿Lo has hecho tú? —Ileana dejó salir su asombro en un hilito de voz. Su mirada iba de Radu al pasillo despejado y viceversa.

Su marido se limitó a asentir con la cabeza y le dio las llaves a la niña, la cual las miró sin atreverse a cogerlas.

Como si la pequeña Romina se acabase de espabilar de todo y reconociese dónde estaban, se revolvió en sus brazos dispuesta a bajarse. De sus pequeños labios ya salía una única palabra.

—Casa… —Sus botas de invierno tocaron el suelo y salió disparada hacia la puerta de entrada—. ¡Ile, es casa!

La aludida cogió entonces las llaves y corrió detrás de su hermana.

—Espera, Romi… —Agitó el llavero delante de su cara para que la mirase e hizo el gesto que indicaba que abriría la puerta—. Voy a abrir.

La polvorilla asintió con la cabeza y puso sus manitas contra la madera, esperando impaciente entrar en el único lugar que reconocía como su hogar.

Su hermana se apresuró a meter la llave en la cerradura, giró y apenas tuvo tiempo de empujar la puerta cuando Romina se coló llamando a voz en grito: *¡Mamá!*

La niña mayor la siguió y ellos entraron detrás. Radu encendió la luz y lo que se encontró desconcertó por completo a las hermanas.

La vivienda estaba vacía, tal y como le habían informado a su marido. Solo quedaban los muebles que pertenecían al propietario. Los enseres que habrían hecho de esta casa el hogar de

las niñas se encontraban guardados en un almacén a la espera de ser reclamados.

La niña se volvió hacia su hermana y gesticuló con las manos:

«MAMÁ NO ESTÁ».

Su incomprensión le encogió el corazón. Lo que veía ahora en la carita de la niña era sin duda lo que habría lucido la suya cuando la llevaron a casa y se dio cuenta de que su madre no estaba allí.

Su hermana mayor negó con la cabeza con lentitud y respondió en la lengua de signos.

«Mamá no está aquí, Romi». Le dijo. *«Mamá se fue al cielo»*.

La niña fue directa a su hermana y gesticuló de nuevo:

«Quiero a mamá». Insistió. *«Quiero ir con mamá»*.

—*Yo también…* —musitó la niña en apenas un hilo de voz, palabras que su hermana no podía escuchar.

—¡Quiero a mamá! —Romina acompañó ahora sus gestos con su infantil y chillona voz, dejando claro lo que quería, llamando la atención de aquella de quien deseaba respuesta—. ¡Ile, quiero a mamá!

Los chillidos de la niña no hicieron sino desquiciar a su hermana, quién se volvió hacia ella y empezó a gritarle en el rostro a sabiendas de que ella no podía escucharla.

—¡Mamá no está! ¡Mamá no va a venir a casa! ¡Mamá está muerta! —Sus chillidos eran tan desesperados como infantiles—. ¡Mamá no va a volver!

Los ojos de Romi se llenaron de lágrimas, sus labios se fruncieron en un puchero y acto seguido rompió a llorar, sin duda asustada de la manera en la que su hermana se había dirigido a ella.

—¡Mamá está muerta! —chilló de nuevo Ileana y empezó a golpear cosas, a tirar sillas y pegarle patadas a los pocos muebles que quedaban. Se convirtió en un torbellino de gritos, sollozos e incomprensión que iba a más.

Miruna fue incapaz de contener las lágrimas por lo que estaba viendo. El dolor de las niñas pasó a ser el suyo y pronto corrieron ríos por sus mejillas. Radu, quién se había mantenido un paso por detrás de ellas, interrumpió el torbellino destructor de Ileana cogiéndola en brazos. La niña se revolvió como un demonio, chillando, golpeándole, arañándole, pero él ni se inmutó. Se limitó a abrazarla hasta que la niña dejó de luchar y se abrazó a él llorando a lágrima viva.

«Romi, Miru. Ocúpate de ella».

No tuvo que decírselo dos veces, cayó de rodillas y atrajo a la niñita a sus brazos, apretándola contra su pecho mientras la pequeña se aferraba a ella.

—No está… Mamá no está… —escuchó las palabras ahogadas de Ileana—. Mamá… quiero a mi mamá. Quiero a mamá —lloró la niña abrazándose a Radu—. Quiero a mi mamá…

—Lo sé, pequeña, lo sé.

Ninguno de los dos adultos dijo nada. A partir de ese momento, se limitaron a sostener a las niñas y procurarles el único consuelo que podían ofrecerles ahora, el de su presencia y compañía.

«Estás bien?».

Miruna le miró con los ojos enrojecidos por las lágrimas y negó con la cabeza. Verla tan triste y afectada le produjo un nudo en el estómago. Ella solía ser un polvorín. Siempre le buscaba el lado bueno a las cosas y no permitía que la tristeza la embargase. Solía decir que ya había llorado bastante y necesitaba guardar las lágrimas para los momentos verdaderamente

importantes.

Y este era uno de ellos.

«Son niñas, Radu, apenas unos bebés y han perdido a su madre. Las dejaron en una institución sin explicación alguna, sin que comprendiesen por qué su mamá no volvería a buscarlas. ¿Cómo puedes decirle a una niña tan pequeña que su madre está en el cielo y acto seguido abandonarla a su suerte?». Sacudió la cabeza con vehemencia y ciñó los brazos en torno a la pequeña que acunaba entre ellos. Su esposa estaba enfadada y podía entender cómo se sentía, pues era la misma emoción que lo revolvía por dentro. *«Ella era todo lo que tenían, no conocían otra cosa y se la han robado. Tres días, Radu, ¿cómo es que nadie sabía que ellas estaban aquí? El destino es una auténtica zorra».*

Una enigmática e impredecible zorra, una contra la que nadie podía exigir venganza. No era como si alguien hubiese tramado aquello u orquestase semejante desenlace. No existía un culpable, alguien a quien pudiese rebanarle el cuello y purgar así su sentimiento de culpa. Cuando el destino intervenía por sí mismo y la muerte llegaba de manera fortuita, sin que ningún agente externo participara de ello, solo podías enfrentarte a la rabia y a tu propio dolor.

¿Pero cómo iban a hacerlo dos niñas pequeñas? ¿Cómo afrontar algo que para ninguna tenía demasiado sentido?

Ileana descansaba en sus propios brazos. Se había quedado dormida después de dar rienda suelta al llanto, vaciándose completamente del amargor y el miedo que suponía no contar ya con la única persona capaz de protegerla. La criatura solo tenía ocho años, era un bebé para la raza humana y la habían abandonado. A ella y a su hermanita, a la que se había propuesto cuidar y proteger.

Miruna no se equivocó en sus palabras. La gestión hecha tanto por las autoridades como por los servicios sociales dejaba mucho que desear, pero lamentablemente no era una excepción. Demasiadas veces se había encontrado con semejante proceder, motivo por el que había decido hacía tiempo tomar cartas en el asunto.

Grigore había acudido tal y como prometió. Se había quedado a cargo de las gestiones para realizar los cambios necesarios en la supervisión de la propiedad. A partir de hoy mismo, la administración de la casa de acogida estaría bajo el amparo de la corte arconte. Él mismo se encargaría personalmente de vigilar que las cosas se hiciesen bien y que los niños a los que acogían no solo tenían un techo sobre sus cabezas, sino la oportunidad de sanar y de encontrar alguna familia de acogida dispuesta a darles aquello de lo que las circunstancias o el destino los había privado.

«No será fácil, pero lo superarán y saldrán adelante». Respondió a su compañera en tono tranquilizador. Se comunicó a través del vínculo íntimo que tenían, no solo para no despertar a las niñas, sino porque necesitaba que Miruna confiase en que lo que le decía era verdad y no un puñado de palabras. *«Tú eres la prueba de ello, mi amor».* Su fortaleza era un ejemplo, una luz de esperanza para el futuro de unas niñas que ahora quizá no entendiesen lo que ocurría, pero que acabarían comprendiéndolo con el paso del tiempo.

«Yo os tenía a vosotros. Tu gente me cuidó, me enseñó a ser fuerte, a seguir adelante a pesar de todo». Y ella había tenido heridas mucho más profundas, unas que aún hoy, después de tantos años, aun no habían cicatrizado por completo. *«Yo tenía una familia que me acogió como si fuese uno de ellos, que me cuidó y me educó, ¿pero ellas? ¿Qué clase de mujer puede decir con tanta frialdad que tiene demasiados chicos a su cuidado como para poder vigilarlos a todos? ¿Cómo puede quejarse de que le dan problemas cuando lo más probable es que ni siquiera se mueva de ese jodido asiento en todo el día? ¡Tienen ocho y cuatro años! ¡Y ni*

siquiera se dio cuenta de que no estaban en sus camas, por el amor de Dios!». La vio apretar los dientes y la escuchó sisear. *«Tenía que haberle arrancado todos y cada uno de los pelos de la cabeza»*.

«No tienes que preocuparte por ella. Las cosas en la casa de acogida van a cambiar a partir de hoy mismo. La corte se ha hecho cargo de la administración de la propiedad, yo mismo la supervisaré. Grigore ya ha pedido que envíen a alguien de los refugios de la Ordinis Crucis para hacerse cargo de la dirección, llegarán hoy mismo». Le informó, puesto que no había tenido tiempo de ponerla todavía al tanto de la resolución a la que habían llegado. *«Los niños de la casa de acogida tendrán supervisión y nos ocuparemos de que estén debidamente atendidos»*.

Asintió con la cabeza, pero ni siquiera lo miró. Su atención estaba en la niña que acunaba en sus brazos y supo, antes incluso de que abriese la boca, lo que iba a decirle. Lo estaba sintiendo en ella, lo había hecho desde el momento en que esa pequeña se aferró a Miruna en busca de protección y, mentiría si dijese que él mismo no había tomado su propia decisión incluso antes.

«No voy a enviarlas de vuelta». Negó con la cabeza y esta vez sí lo miró. *«Ese lugar no es para ellas, no puedo abandonarlas como han hecho los demás»*.

«No se quedarán en la institución». Corroboró antes de poner sobre la mesa una de las posibilidades que había barajado en la última hora. *«Les buscaremos un hogar de acogida. Irán con alguien que las cuidará y se preocupará de que estén bien. No estarán solas»*.

La vio morderse el labio inferior y esta vez las palabras atravesaron su lastimada garganta.

—Nosotros —articuló con cuidado—. Si… ellas quieren… Nosotros podemos… Podemos hacerlo. Acogerlas.

Estaba claro que no era una pregunta, se dijo y, aun así tenía que asegurarse de que ella entendía lo que aquello significaba, el paso que tendrían que dar y como esto cambiaría sus vidas. Sobre todo si lo hacían algo permanente, el cual parecía ser el deseo de su esposa.

No se trataba de un capricho, ni tampoco de un acto irreflexivo. Era una parte de sus vidas de la que ya habían hablado, una posible solución a algo tan importante para ella y de la que también se había visto privada a raíz de los acontecimientos de aquella aciaga noche. La vida de ambos cambió drásticamente entonces, pero juntos estaban consiguiendo salir adelante.

La idea de tener familia propia había rondado sus mentes en los últimos años y, al parecer, el destino les estaba ofreciendo ahora la oportunidad de hacer ese deseo realidad.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Miruna? ¿De qué lo quieres ahora? —preguntó sin andarse por las ramas.

La forma en la que lo miró y asintió fue suficiente como respuesta, aun así, ella no dudó en añadir.

—Si… ellas quieren, si nos… eligen… —Su esposa miró a la niña en sus brazos y a su hermana, la cual dormía en los de él con una decisión inquebrantable—. Estaré… estaré siempre para ellas. —Sus últimas palabras sonaron demasiado rasgadas, casi inteligibles, pero eso no la frenó. Se acercó a él, quedándose a su lado y extendió la mano para acariciar el rostro de Ileana con los dedos—. No… llorarán… solas.

—No, no lo harán —confirmó y él mismo estiró el brazo para limpiar las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de su mujer con los dedos—. Pero, Miru, tienes que estar preparada para escuchar un *«no»* o incluso más de uno.

Su esposa sonrió y cerró los ojos ante la caricia de sus dedos.

—Lo sé. —Hizo un pequeño gesto que evidenciaba que le dolía la garganta—. No… me rendi…ré.

—Está bien, amor. Lo sé. Lo veo —aseguró cubriéndole los labios con un dedo—. Estás dentro de mí. Siempre formas parte de mí.

Se acercó más a ella y la besó en la frente.

«Tus deseos son los míos, Miruna». Declaró a través de su vínculo. *«Siempre»*.

«Me esforzaré. Cada día de mi vida, desde la salida hasta la puerta del sol, me esforzaré por haceros felices». Le dijo ella mirándole con amor, el mismo con el que observaba a las dos niñas dormidas en los brazos de ambos. *«Gracias por haberme regalado aquellos guantes, amor, sin ellos todavía estaría helada»*.

Sonrió y bajó sobre sus labios.

—Gracias a ti por no darte por vencida conmigo, Miruna —le dijo en voz baja, solo para ella—. Gracias de todo corazón, amor mío.

CAPÍTULO 7

Seis de diciembre…

Ni siquiera había salido el sol, pero la puerta del dormitorio ya se estaba abriendo. Era una rendija lo bastante pequeña como para que entrase la luz procedente del pasillo, pero suficiente grande para apreciar ciertas sombras infantiles cuchicheando en la oscuridad.

—*Shhh.* No podemos despertarles.

—Quiero a mamá.

Sonrió para sí al escuchar el susurro de la pequeña Romi, quién era incapaz de modular el volumen de su voz.

—*Shhh.* Habla bajito.

—Bajito.

Radu tuvo que morderse la lengua para no reír mientras escuchaba la particular conversación de las dos hermanas que habían llegado a su vida de manera inesperada.

—¡Mamá!

—Romi —siseó Ileana y, a juzgar por los sonidos ahogados de la pequeña, estaba claro que le había tapado la boca—. No. Grites.

—No grito.

«¿Se lo dices tú o tengo que encender la luz para que sepan que estamos despiertos?». La voz de su esposa lo acarició a través de su íntimo vínculo.

«¿Y estropear la sorpresa que pretenden darte nuestras hijas?». Se burló él.

La puerta se abrió otro poco y una sombra corrió hacia los pies de la cama.

—Romi… —Escuchó gemir a Ileana antes de oír sus pasos, mucho más suaves, yendo tras su hermana.

El colchón acusó el salto nada discreto de su hija menor, la cual había trepado a la cama y gateaba entre ellos. No era la primera vez que hacían una incursión nocturna de estas características, sobre todo la pequeña Romina, cuyas primeras noches en su nueva casa había buscado el calor de Miruna. Ileana la seguía con algo más de recelo, pero en cuanto su esposa le hacía un gesto para que se uniese a su hermana, no dudaba en acurrucarse junto a ellas.

—Mamá, *Miklós* ha venido —pronunció su niñita de rizos castaños haciendo las sábanas a un lado para colarse dentro de la cama. Entonces, esas pequeñas manitas acabaron sobre él, un dedito clavándose en su brazo—. Papá, *Miklós* ha venido.

Al mismo tiempo, su otra hija seguía los pasos de su hermana para reunirse con ella.

—Hazme sitio, Romi. —Ileana hablaba en voz baja, como si pensase que podían seguir durmiendo con todo ese escándalo, y se acomodó junto a él—. Hola, *papi*. Perdón por despertarte.

Radu se rio entre dientes, dejando claro que, en efecto, estaba despierto. Su compañera no dudó en pegarle una patada por debajo de las sábanas, lo que lo hizo reír a carcajadas.

—Buenos días a ti también, hija. —La rodeó con el brazo, atrayéndola hacia él para besarla

en la cabeza. Entonces revolvió los rizos de la pequeña llamando su atención—. Así que ha venido *Szent Miklós*, ¿eh?

Miruna encendió la luz de la mesilla de noche de su lado y ambos se acomodaron en los almohadones para atender a las dos nuevas luces que ahora iluminaban sus vidas.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡*Miklós* ha venido! —chilló Romi haciendo que ambos se encogieran a la vez.

—No grites —le indicó en la lengua de señas y la niña respondió llevándose un dedo a los labios emitiendo un *«shh»*—. ¿Ha venido *Szent Miklós*? ¿Y te ha dejado dulces?

Asintió con la cabeza y sacó su botín, el cual se componía de una mandarina, unos chocolates y un pequeño caballito de madera pintado a mano.

—Mira. —Señaló y se pasó de inmediato a la lengua de signos—. He sido buena.

La manera en que lo dijo le estrujó el corazón. Tan solo el día anterior les había preguntado tanto a su esposa como a él si *Szent Miklós* sabría que había sido buena.

—Claro que has sido buena —asintió formando las palabras con las manos—. Eres un angelito, vida mía.

La niña se echó a reír llena de felicidad, se volvió hacia Miruna y vio como esta le confirmaba las mismas palabras con sus propios gestos. No se lo pensó dos veces, emitió uno de esos sonoros chillidos infantiles y se lanzó sobre su nueva madre.

—Papá, *Szent Miklós* me ha dejado esto, pero no puedo abrirlo —le informó su hija mayor. Ileana tenía en las manos un colgante en forma de óvalo. La parte exterior estaba pintada con una flor y en su interior se encontraba algo que Miruna y él habían creído que deberían tener ambas niñas. De momento, dada la corta edad de Romina, sería la mayor la primera en recibirlo.

—Veamos… —Cogió el broche, lo abrió y se lo devolvió a la chiquilla, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente al ver lo que guardaba en su interior.

—Es *mami* —susurró y la manera en que miraba el retrato le dijo que habían acertado en su primer regalo de Navidad.

—*Szent Miklós* no quiere que la olvides —le informó con suavidad—. Nos dijo a mamá y a mí que ella siempre estaría contigo y con Romi, aun cuando no podáis verla.

Se colgó la joya al cuello y se acurrucó de nuevo entre ellos sin dejar de mirar la foto.

—La echo de menos —musitó y tanto Miruna como él rodearon a ambas niñas con los brazos—. Mira, Romi. Es *mami*.

La niña miró el objeto que sostenía su hermana ante ella y tocó la foto con un dedito.

—*Mami* —susurró y se volvió a Miruna, quién asintió con la cabeza y le acarició el rostro. La pequeña se acurrucó entonces contra ella y dedicó toda su atención al caballito, dejando en manos de su esposa la tarea de mondar la mandarina.

Ileana cerró el colgante y cogió su propia pieza de fruta. Después de darle un par de vueltas y fruncir el ceño, optó por lo más práctico, entregársela a él.

—No puedo. —Fue todo lo que dijo al respecto y lo miró como si eso tuviese que ser suficiente explicación.

—A mamá se le dan mejor que a mí estas cosas, cielo —admitió mientras retiraba la piel naranja y la dejaba a un lado.

«Lo estás haciendo bien, Radu».

Miró por encima de la niña a su mujer y se encontró con su cálida sonrisa. Le brillaba la mirada y la felicidad que había en su rostro era plena, la misma que él sentía en su interior gracias a cada una de las hembras pegadas a él. Esta era su familia, su esposa y sus hijas, un regalo inesperado y una cura en sí misma para todo el dolor que había acumulado en su larga

vida.

Le devolvió la sonrisa con el alma llena por primera vez en mucho tiempo de algo que no era miedo, ni dolor, sino pura felicidad. Terminó de pelar la naranja y la desgajó para ir alimentando a su hija mayor que había empezado a narrarles en voz baja la visita que *Szent Miklós* les hizo mientras dormían.

PAREJA BRAŞOV 2



RYSHAN
& MEROA

RYSHAN
Y MEROA

KELLY DREAMS

CAPÍTULO 1

Había algo mágico en la inocencia de un niño, en la forma en la que eran capaces de dejar a un lado el dolor y la pérdida para abrazar una nueva vida.

Ryshan contemplaba como el joven Velkan reía y jugaba con las hijas de Radu. Esas niñas habían perdido a su madre de forma repentina, sin poder despedirse siquiera, pero el destino quiso que tuviesen unos nuevos padres que les diesen el amor y el cariño del que fueron privadas. La familia Braşov estaba creciendo y no podía sino estar agradecido por ello.

La pequeña, Romi, se detuvo interesada de pronto por las luces del árbol que se encendieron sobre sus cabezas. La polvorilla era sorda, pero poseía una sensibilidad extraordinaria. Quizá no fuese capaz de oír, pero lo suplía con todos sus otros sus sentidos.

—¡Mamá, mira! ¡Luces!

La niña chilló emocionada, haciendo que los dos chiquillos que la acompañaban levantasen sus cabezas para observar el enorme abeto del centro de la explanada ahora iluminado. Miruna estaba con ellos, vigilando a sus hijas y al príncipe. La esposa de Radu brillaba con una alegría enternecedora, se le veía una plenitud de la que había carecido hasta el momento y que ahora también llenaba a su hermano.

A su cuñada le habían arrebatado muchas cosas, pero su marido se estaba encargando de devolverle poco a poco lo que su alma más anhelaba. Se estaban sanando el uno al otro. Solo había que ver la manera en la que Radu ahora hablaba del pasado, de sus hijos Mirela y Vasile, nombres que no había vuelto a pronunciar desde su muerte.

A veces era mucho más fácil olvidar, ahogar el dolor e insensibilizarse, pero con eso lo único que conseguías era sobrevivir a duras penas. Él mismo había permanecido sumergido en esa especie de duelo interminable, intentando dejar atrás el pasado sin conseguirlo, dolido por lo que pudo ser y nunca fue. El recuerdo de su primera compañera y el de su hermano se convirtió en su propia penitencia. La culpabilidad de no encontrarse allí en aquel momento y no poder ayudarles, lo había carcomido como un cáncer, empujándolo a una conducta autodestructiva que lo puso al borde de la muerte.

Si Meroa no le hubiese encontrado y salvado ese día, ahora mismo estaría criando malvas o peor aún, seguiría siendo un cabrón egoísta cuya única meta era encontrar la muerte.

Ella había sido su catarsis. La sanadora de los argely lo obligó a abandonar ese camino y aceptar que incluso alguien como él era merecedor de una segunda oportunidad. Esa mujer era su otra mitad, su pareja de vida, capaz de mirar dentro de él y encontrar algo bueno. Junto a ella había aprendido a templarse y a disfrutar del aquí y del ahora. Gracias a esa magnífica hembra era capaz de pensar en el pasado y hablar de él sin arrepentimientos, de echar de menos a quienes habían formado parte de su vida sin que la culpa lo corroyese por dentro. Su compañera le había salvado de mil maneras distintas y ahora era su momento para hacer lo mismo por ella.

Las risas de los niños captaron una vez más su atención.

Velkan acababa de lanzarle un puñado de nieve a su nueva amiga y esta no había dudado en devolvérselo, dándole en plena cara. El príncipe arconte se desternillaba de risa y contagió a

Ileana, quien también cedió a las carcajadas. Ese era un sonido poco frecuente viniendo de la pequeña. Las hermanas todavía se estaban adaptando a su nuevo hogar, a tener padres, pero sin duda este era un comienzo prometedor.

El joven arconte acababa de cumplir ocho años y, por el momento, su desarrollo era el equivalente al de un niño humano. Solo su sangre real y su linaje, así como el poder latente que empezaba a percibirse en él, daban una pista de la clase de arconte que llegaría a ser.

Ese crío se había convertido en la debilidad de toda la nueva guardia. Lo habían visto nacer, estuvieron ahí cuando empezó a dar sus primeros pasos y pronunció sus primeras palabras, formando parte de su vida y de su evolución, como lo harían hasta el fin de sus días. Estaban ligados a ese niño por un juramento de lealtad y permanecerían a su lado por siempre. En especial Cadegan, su padrino y protector. A esos dos sí que los unía un vínculo de lo más particular, uno inquebrantable que se mantendría hasta el final de la vida de su alteza.

El pequeño Dascalu era un torbellino, pero sin duda estas alcanzaban unas proporciones épicas cuando se le unía Stelian, el hijo del *Maestro de Sombras*. Esos dos niños eran uña y carne, tal y como lo habían sido sus padres a su edad. El futuro *prinsen* de la corte umbra y su melliza, Dagny, eran parte de la corte arconte, así como de la umbra, por lo que dependiendo de los deberes que llamasen a su padre en cada momento, se encontraban en un territorio o en otro.

Ryshan contempló al grupo infantil mientras volvían al juego de lanzarse nieve y no pudo evitar revivir un recuerdo de su pasado, de su hermanito Iancu riendo mientras corría detrás de su compañera Erika. Dos años. No era más que un bebé cuando quedó a su cuidado, una carga inesperada a la que no tenía ni idea de cómo enfrentarse. La compañera de su padre, su verdadera pareja de vida, falleció y el hijo de puta no tardó en ir detrás de ella. Entonces no lo había entendido, ni tampoco al perder a Erika, su amiga de la infancia y compañera. Solo ahora que tenía a Meroa en su vida y se había enfrentado a la posibilidad de perderla, comprendió lo que se sentía cuando te arrancaban el alma. No, él tampoco habría querido seguir viviendo si ella le hubiese dejado en aquella ocasión.

Se estremeció y se sacudió de encima el pensamiento. No había ocurrido así, esta vez llegó a tiempo y ella estaba bien. O lo estaría cuando consiguiese arrancarla del pozo en el que había caído a raíz de los sucesos acontecidos hacía unos pocos meses.

La buscó a través de su vínculo. Ella era la luz que complementaba su oscuridad. No importaba dónde se encontrase, lo lejos que estuviesen el uno del otro, siempre llegaría hasta su mujer.

«¿Qué ha sido esta vez? ¿Rotura? ¿Corte? ¿Apuñalamiento? ¿Un golpe en la cabeza?».

Rio interiormente ante la sarcástica pregunta. Era una asunción válida dado que ahora estaba a cargo de los nuevos cadetes del bastión, una tarea que había delegado de manera provisional en Ragnar Erikson.

«El peligro más inminente al que me enfrento es una posible bola de nieve si a los niños les da por usarme como diana».

Notó el inmediato cambio en ella ante la mención de los mocosos.

«Un trabajo muy duro el tuyo». Le soltó la argely con un divertido bufido. *«Te ha tocado hacer hoy de niñera, ¿eh?»*.

«En realidad, solo estoy disfrutando de las últimas horas de luz». Admitió cruzando los brazos sobre el pecho. *«Miruna está haciendo el trabajo duro. Está aquí con las niñas y Velkan se les ha unido»*.

«¿Cómo las ves? ¿Crees que se van adaptando a su nuevo hogar?».

Notó la preocupación en su voz. Su compañera no era la persona más sociable del mundo.

En eso se parecía a él. Podía ser políticamente correcta y moverse como pez en el agua en el bastión arconte, pero abrirse lo bastante como para confiar en alguien más… Esa era todavía una tarea pendiente para ella. Por eso, no dejaba de sorprenderle la amistad que había forjado con Miruna. Las dos mujeres parecían haber encontrado un alma afín en la otra, se comprendían muchas veces sin necesidad de palabras, lo cual hizo que se convirtiesen en íntimas amigas. A decir verdad, todas las mujeres del *Purgatorio* mantenían un vínculo especial entre ellas.

El *Purgatorio.* Iban a tener que cambiar de nombre ahora que la población infantil seguía creciendo. Pronto llegaría un nuevo miembro a la familia Brașov, así que más les valía darse prisa en encontrar algo más adecuado.

«Velkan se está encargando de que así sea». Contestó a la pregunta formulada por su compañera. *«Ese niño es como un relaciones públicas en miniatura. Integrante nuevo que llega al bastión, integrante que se mete en el bolsillo».*

«Ese es mi niño». Se rio en su mente y ese solo gesto le provocó un suspiro de alivio.

Meroa no reía mucho últimamente, apenas si sonreía. Su habitual optimismo había decaído y cada vez que intentaba acercarse a ella y hacerla hablar sobre lo ocurrido, inventaba alguna excusa o directamente caía en uno de esos largos silencios que lo ponían de los nervios.

No estaba bien. Ninguno de los dos lo estaba tras lo ocurrido y por eso mismo había ideado llevársela de allí durante un par de semanas. Necesitaba poder llegar a ella y arrancarla del agujero negro en el que había caído, uno que él mismo visitaba de vez en cuando.

Era hora de que ambos tuviesen esa conversación y esta vez no le permitiría eludirla.

«¿Lista para irnos?».

Sus emociones fluctuaron, entonces se encontró ante una puerta fuertemente cerrada que le impedía ver qué había más allá. Esta era la manera en que se protegía, en el que lo protegía a él, cosa innecesaria, en su opinión.

«Espero que no estés pensando en alguna excusa, Meroa, porque no funcionará». Le advirtió tajante. *«Si tengo que sacarte de la clínica sobre el hombro, lo haré».*

La escuchó bufar en su mente, pero esa puerta seguía cerrada con firmeza.

«Si crees que podemos sobrevivir más de dos semanas solos sin arrancarnos la cabeza… Por mí, vale».

Ahora fue él quien bufó.

«Mer, dado que llevamos juntos seis años y todavía no nos hemos asesinado el uno al otro, dos semanas en tu compañía serán pan comido».

Su risa vibró a través del vínculo que compartían, la puerta se abrió una rendija y pudo sentir la dicotomía en su interior, así como la confianza en sus palabras.

«Está bien. Sé que eres capaz de cumplir con tu amenaza, así que en cuanto termine con mi último paciente estaré lista». Confirmó y acto seguido añadió. *«¿Vas a decirme ya a dónde nos vamos?».*

«Um. No». Fue tajante. *«Lo sabrás cuando estemos allí».*

«Sabes lo que opino de las sorpresas».

«¿Te encanta que sea yo quién te las da?». Se burló, pues sabía que era justo todo lo contrario. Meroa odiaba las sorpresas. Lo que supusiera no tener las cosas bajo control la ponía de los nervios. Era de las personas que necesitaban cerciorarse de todo para sentirse tranquila, por ello su relación era una continua montaña rusa a la que ambos habían tenido que adaptarse.

«Dime al menos qué necesito llevarme».

«Nada. Tengo todo lo que necesitas».

«Ryshan…».

«Sin excusas, Mer». Sentenció y añadió con su acostumbrada rotundidad. *«Tú y yo. Sin excusas»*.

«Tenía que haberte dejado morir allí arriba». Resopló con hastío y él no pudo más que sonreír. Aquella era la coletilla que utilizaba siempre, una que no sentía ni remotamente. *«Me habría ahorrado muchos dolores de cabeza y un compañero irritante y… Oh, demonios. Ya sabes lo que quiero decir»*.

«¿Qué no puedes vivir sin mí?». Le dijo con toda intención.

«Que te quiero, idiota».

«Eres y siempre serás mi vida, Meroa». Le recordó y le envió una caricia mental. *«Te quiero, pajarillo, así que mueve el culo y termina de una vez»*.

«Lo que yo diga. Qué desperdicio haberte salvado la vida».

Ryshan se rio entre dientes mientras su pareja abandonaba su conexión, pero no sin enviarle de vuelta la misma caricia que él le había obsequiado.

El chillido de la pequeña Romi lo devolvió a la escena que se desarrollaba en el centro de la plaza. La niñita estaba girando sobre sí misma, con los brazos abiertos y la carita vuelta hacia el cielo. El motivo era que había empezado a nevar de nuevo.

—Parece que vamos a tener otra noche nevada. Mañana el bastión aparecerá cubierto por un par de centímetros más. Los niños tendrán suficiente para hacer un muñeco de nieve —mencionó el recién llegado, cogiéndolo por sorpresa. No había forma de enterarse de la presencia de ese hombre a menos que él mismo decidiese hacerla notar—. ¿Todavía no os habéis marchado?

Calix se detuvo a su lado y miró el grupo de niños. Sacó una de las manos del bolsillo y los saludó, devolviendo así el gesto hecho por su príncipe. El *padre de los arcontes* no dejaba de ser un enigma con piernas, pensó mirando de soslayo la figura del hombre de pie junto a él. No aparentaba más allá de los treinta, pero sobre sus hombros había varios milenios y más historia que la que estuviesen recogidas en los libros de la *Biblioteca de Sangre*.

—Acabo de decirle a mi pareja que o abandona en breve la clínica o la sacaré de ella arrastras —respondió encogiéndose de hombros.

El anciano arconte dejó escapar un resoplido de risa y le miró con esos intensos ojos azules que también poseían ahora sus mellizos de tres años.

—Muy creativo —admitió, asintiendo con la cabeza—. Solo recordad volver a tiempo para la fiesta anual de la reina.

Puso los ojos en blanco ante el recordatorio.

—Está anotado en mi calendario con una espada clavada en el número que pone *«si lo olvidas, eres hombre muerto»* y te puedo asegurar que no lo he puesto yo —replicó divertido.

—No eres el único que recibe amenazas, créeme —declaró poniendo los ojos en blanco y volviendo a mirar entonces al grupo de niños—. Alguien acaba de encontrar un alma afín para sus travesuras. Os van a volver locos y no serán los únicos…

Siseó ante su tono de voz y lo apuntó con el dedo.

—No empieces con tus enigmas, *Padre Arconte*, me ponen los pelos de punta.

El aludido lo miró de soslayo al escucharle llamarle de esa forma y sacudió la cabeza.

—Me refería a mi *sobrina* —le dijo, sus labios curvándose de esa manera que le provocaba escalofríos—. No es como si Sora pudiese ocultar ya su estado…

No. Difícilmente podía hacerlo cuando estaba ya de seis meses. El embarazo de su hermana había sido una de las noticias más importantes de ese año, una que todos acogieron con inmensa alegría, incluyendo al emocionado padre.

—No cuela —añadió él de igual manera, mirando al enigmático arconte de reojo. Entonces preguntó—. ¿Y tus mellizos?

El rostro le cambió por completo, sus facciones se relajaron y sonrió ante la mención de sus hijos.

—Acabo de dejar a su madre intentando que se metan en la boca un pedazo de galleta y no se la den al perro —afirmó con una pequeña risita—. Toda una hazaña de la que preferí no formar parte.

Una misión casi imposible, por lo que podía recordar de la relación entre los dos niños y el saco de huesos que terminaron adoptando. Según escuchó de boca de Sora, el animal se había acercado a ellos en el parque por el que Lea solía sacarlos a pasear y se negó a dejarlos solos ni un instante. Era como si se hubiese autodenominado su guardián, así que caminaba pegado al carrito o se acostaba a una distancia prudencial para no molestarlos. El can había llegado a montar guardia en la puerta del bastión después de cada paseo y no se movía de ahí hasta que los niños volvían a salir. Eso hizo que la familia decidiese adoptarlo, así que ahora los infantes de la corte arconte tenían también un amigo canino.

—Te has escabullido como una lagartija.

—Un poco de respeto, *niño.*

Enarcó una ceja ante la palabra elegida, pero no se molestó en replicar.

—Ten paciencia —añadió entonces el *Maestro de Mentes* mirándole una vez más—. No será un camino fácil, pero juntos podéis transitarlo. Solo recuerda que el destino tiene su propio poder de decisión y ese a veces nos hace parecer culpables de cosas en las que nosotros no tenemos ninguno.

No tuvo tiempo ni de abrir la boca, pues Calix ya se dirigía al grupo de niños. Velkan, con una sonrisa que le iluminaba el rostro, corrió hacia él, abrazándole y llamándole *«abuelo»*. Sí, su príncipe era el único capaz de llamar así al poderoso arconte sin ganarse una mirada fulminante de su parte.

—Ryshan.

Se volvió al escuchar ahora la voz de su compañera, la cual acababa de entrar en la explanada del bastión.

—Cristo. ¿Por qué no me dijiste que estaba nevando? —chasqueó mientras se frotaba los brazos.

—¿Y estropearte la sorpresa? —respondió inocente dirigiéndose hacia ella.

—Hoy estás de lo más irritante, compañero —aseveró plantándose delante de él con sus alas bien pegadas a la espalda. Entonces la vio levantar la mano y saludar con una sonrisa a Miruna, quién le devolvió el saludo al igual que hicieron a continuación los niños—. Oh, son tan adorables.

—Ni lo pienses. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia él—. Tú y yo nos vamos ahora mismo.

Esos bonitos labios se curvaron en un mohín, pero asintió con la cabeza.

—De acuerdo, oh, *Señor y Maestro de las Conspiraciones,* ¿a dónde vas a llevarme?

Dejó que sus labios se curvaran hasta que notó asomar la punta de sus colmillos.

—Al paraíso, cariño mío, ¿dónde sino?

Un segundo después se trasladó con su compañera al lugar que había elegido para pasar las próximas semanas en completa soledad.

CAPÍTULO 2

El cielo estaba lleno de estrellas. No había una sola luz que restase belleza a esa basta inmensidad. Pasar del aire frío y de la nieve de Budapest, a una noche completamente despejada, aunque no por ello más cálida, fue suficiente para que dejase de momento de lado los motivos de esta escapada.

Meroa cerró los ojos y dejó que el sonido de la noche le acariciase los oídos. La oscuridad tenía su propia melodía, una que podía contener desde momentos del silencio más absoluto hasta el canto de los grillos o el ulular de algún búho. Las copas de los árboles se movían con el viento, el sonido de sus hojas agitadas era como una canción de cuna para ella, una que hacía tiempo que no escuchaba. Extendió las alas y notó el viento empujando contra ellas. Era una caricia, nada tan fuerte como para llenarlas en una invitación a surcar los cielos, pero igual de agradable.

Lo había echado de menos. Mucho más de lo que creía posible. Y no era que no pudiese extender sus alas y volar en cualquier momento, incluso viviendo en una ciudad como Budapest. Lo hacía siempre que tenía oportunidad. Lanzarse al aire desde las terrazas del *Halazbastya* y surcar el Danubio era un placer incomparable, pero no eran sus montañas, ni su bosque, esos estaban demasiado lejos ya incluso en su propia memoria.

O lo estuvieron hasta que *él* los trajo de vuelta con su presencia.

Apretó los párpados aún más fuerte, inspiró hondo llenándose de aire y lo dejó salir lentamente, expulsándolo del mismo modo que quería expulsar sus recuerdos.

Ya no era una joven *argely* intentando aprender a volar, no era una niña a merced de un sádico, no era nada de lo que fue en esos lejanos días. Ahora era Meroa Dragan, sanadora de las cortes argely y arconte, pareja vinculada de uno de los hombres de la *Guardia Arconte* y esposa de un capullo encantador.

Ya no era su juguete.

Se estremeció. Se envolvió a sí misma en una niebla mental que impedía que sus emociones la atravesasen y llegasen a Ryshan. No quería preocupar a su compañero más de lo que ya lo había hecho hasta el momento. No le cargaría con sus demonios cuando tenía los propios. Lidiaría con las cosas a su manera igual que lo había hecho toda la vida.

Como lo hizo hasta que *él* se cruzó en su camino.

¿Qué probabilidades había de que apareciese un arconte medio muerto en las inmediaciones de la colonia Misherly? Ryshan se trasladó hasta allí buscando morir, que lo mataran. Fue consciente de ello en el mismo momento en que lo encontró y vio la cantidad de heridas y fracturas que tenía. Un hombre de su envergadura y obvia experiencia no habría acabado así si no quisiera hacerlo, sobre todo cuando decidió no perdonar a uno solo de los hombres a los que, después sabría, llevaba tiempo rastreando.

Había cuidado de él, dándole su propia sangre para mantenerle en el mundo de los vivos a pesar de su insistencia en irse. Se vio obligada a ser más terca que él y retenerle con el único propósito de poder decirle lo inepto que era. Era sanadora, después de todo, había hecho el juramento de salvar vidas, pero cada día que pasaba a su lado tenía más claro que no se trataba

solo de su palabra, sino de algo más. Algo contra lo que luchó con uñas y dientes hasta que Ryshan la enfrentó, obligándola a admitir en voz alta, lo que ambos ya sabían.

Era su *pareja de vida.*

Pertenecían a dos mundos distintos. Él era arconte y ella *argely*. Sabía que su unión no era tan extraña. Y se habían formado parejas interraciales antes, por lo que conocía las complicaciones a las que se enfrentaron en su momento y a lo que muchas de ellas se vieron obligadas a renunciar. No se podía tener todo y a todos, el amor consistía en eso, en hacer sacrificios y ella no dudó en que haría lo que debía llegado el momento.

Su compañero acababa de recuperar a su familia después de mucho tiempo separados. Había sido amnistiado, se le concedió una segunda oportunidad para dar sentido a su vida y no podía permitir que la desperdiciara. Ella, por otro lado, no tenía familia, no dejaría a nadie atrás, así que la decisión ya estaba tomada incluso antes de que ambos pusiesen el futuro de su relación sobre la mesa.

Y no podía decir que hubiese perdido algo al dejar la colonia y mudarse al territorio arconte, más bien todo lo contrario. Fue recibida con los brazos abiertos, reconocida como la mujer y esposa de Ryshan y antes de que se diese cuenta tenía hermanos y hermanas; su nueva familia.

Meroa estaba acostumbrada a ser el apoyo de otros, a llevar el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, pero aquí eran los *hijos de Braşov* los que la apoyaban a ella, sus mujeres las que la acompañaban y escuchaban cuando Ryshan la volvía loca. Era él, su compañero, quien la sostenía cuando flaqueaba, el que la abrazaba y le decía que todo iría bien, el que se reía y compartía con ella cada pequeña anécdota de su día a día… Su arconte le había dado lo que llevaba anhelando toda la vida, algo que le arrebataron y no se atrevió a volver a desear hasta que le encontró a él.

Sabía que su relación jamás sería una balsa de agua cristalina. Ryshan y ella actuaban como dos trenes de mercancías chocando a toda velocidad la mayoría de las veces. Ambos poseían un carácter fuerte, pero se respetaban y se reconocían el uno al otro, aprendiendo a escucharse y a ceder cuando era necesario. Amaba a ese hombre con toda el alma y era consciente de su amor, pero había cosas que no podía compartir, de las que no le había hablado y que ahora veía como una amenaza para su relación.

«Todos tenemos alguna cosa que no deseamos compartir con los demás, Meroa, solo asegúrate de que nunca sea algo que pueda terminar carcomiéndote por dentro».

Su marido le había dicho aquello en respuesta a una referencia a su propio pasado. Aún hoy, a Ryshan le costaba hablar de su vida anterior a la masacre de Braşov, de lo que le arrebataron entonces y propició su propio camino de autodestrucción. No insistió porque ella misma tenía cosas que no deseaba compartir, un momento de su pasado que juraba había muerto en lo más profundo de las montañas en las que creció.

Pero no era así. La inesperada tragedia de hacía unos meses, lo trajo de nuevo al presente.

—¿Meroa?

Plegó lentamente las alas, acomodándolas a su espalda y se volvió hacia las puertas francesas que daban acceso a esa amplia terraza. Tan solo pudo vislumbrar algo del interior de la casa, pero la planta superior poseía un concepto abierto en el que se unía el área de la cocina, con la del comedor y un amplio salón.

Ryshan salió a la terraza con dos tazas en la mano. El aroma a café y a frutos rojos llegó hasta ella.

—¿Granada y frambuesa? —preguntó muy sorprendida. Era su té favorito, uno que resultar

bastante difícil de conseguir últimamente—. ¿Dónde lo has encontrado?

—Tengo mis recursos, cariño —mencionó entregándole la taza—. Ten cuidado, está caliente.

Sí, podía apreciarlo en el ligero vapor que salía de la taza. Inspiró el aroma y se le hizo la boca agua.

—¿A quién sobornaste, Rysh? —inquirió mirándole por encima del borde de la taza—. Y eso incluye también la casa. ¿De quién es?

—De Falon. Él me dio las llaves —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. El maniquí de pasarela tiene recursos de lo más insospechados.

Puso los ojos en blanco al escuchar el apodo que le había puesto a uno de sus hermanos. El arconte en cuestión era una persona bastante silenciosa, pero amable y ya no digamos atractivo. Era el típico personaje al que podías esperar ver en las revistas de moda, pero ahí era dónde terminaba todo el parecido. Debajo de la ropa de diseño, sus elegantes modales y apostura se encontraba uno de los hombres más letales con los que se había cruzado jamás.

En más de una ocasión había sentido como si en el interior de Falon hubiese una bestia salvaje, alguien carente de raciocinio y que encajaba con lo que su pareja le había contado sobre él. Al hombre lo habían torturado, obligado a ver como apuñalaban a Sora, quién solo era una niña por aquel entonces, sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Si él estaba bien y centrado ahora era solo gracias a su propio temple y a la mujer que tenía al lado, su compañera humana y directora de uno de los Protectorados de Budapest.

—¿Y dónde estamos? —inquirió mirando de nuevo hacia el bosque.

—En algún lugar de los Montes Cárpatos —respondió pasando a su lado, rozándole un ala con los dedos, un gesto tan íntimo que la estremeció de la cabeza a los pies—. La casa es nuestra por tanto tiempo como queramos utilizarla.

Rumanía. El país natal de la Primera Tribu y también de Ryshan.

—El entorno es de lo más agradable y la casa tiene pinta de ser muy cómoda, pero dime que no esperas que me ponga a decorar el puñetero abeto que he encontrado a un lado del salón.

Lo había visto de refilón al salir a la terraza y juraría que incluso había unas cajas de adornos al lado.

Su compañero sonrió dejando a la vista sus colmillos.

—Faltan dos semanas para Navidad, supongo que pensó que podría venirnos bien algo de espíritu navideño.

Su espíritu navideño estaba a ras del suelo ahora mismo, pensó y dejó escapar el aire en un suspiro mientras se llevaba la taza a los labios, soplaba y le daba un sorbito al brebaje rojizo. Tenía el punto exacto de azúcar, lo que dejaba atrás una acidez que le encantaba.

—Los árboles de Navidad me odian —le recordó, entonces hizo una mueca y añadió—. Rectifico. Lo que odian son mis alas.

Su marido se apoyó de espaldas en la barandilla de madera y ladeó la cabeza de esa forma tan sexy.

—Hay espacio de sobra como para que no tengas que declararle la guerra a ningún mueble.

Soltó un resoplido y entrecerró los ojos sobre él.

—Borra esa sonrisa de tu cara, capullo.

—Ni siquiera tú eres tan *Grinch*, Mer —aseguró probando su propio café—. Te gusta la Navidad más que a mí.

—Solo porque Miru y Beatrix son las que se encargan de las decoraciones —le recordó y lo señaló—. Yo quemo hasta las galletas, Ryshan.

Sus labios se curvaron un poco más, aunque su sonrisa no les llegó a los ojos. Estaba preocupado, intentaba disimularlo, pero a estar alturas le conocía lo bastante bien como para saber cuándo no estaba siendo él mismo.

—Yo hago las galletas y tú las decoras, ¿te parece?

La sugerencia fue tan absurda que no ameritaba otro tipo de respuesta.

—¿Quieres que muramos intoxicados?

Su arconte abrió los ojos y durante un instante, no se esperaba esa réplica de su parte, y rompió a reír.

—Joder, Meroa, si en seis años que llevamos juntos todavía no te ha matado mi cocina, no creo que vaya a hacerlo ahora.

Se señaló a sí misma con un dedo.

—¿Quién es la sanadora de la corte, cariño? —canturreó—. ¿Quién es?

Esa curvatura se extendió un poco más, la sonrisa empezó a parecerse más a la del Ryshan de siempre. Vio el alivio en sus ojos, una luz pasajera, pero que cruzó esa mirada turquesa que adoraba.

—Echaba de menos esa lengua aguijoneante, pajarillo, me alegra tenerla de vuelta —le dijo y su voz no podía sonar más sincera.

—Es difícil ser mordaz con una cuchillada de varios centímetros en el vientre. —La respuesta salió automáticamente de su boca y cuando se dio cuenta de lo que había dicho, se quedó callada. Sus miradas se encontraron, pero él no la censuraba, no la culpabilizaba, se estaba limitando a esperar a que ella hablara, a que hiciese lo que no había hecho desde el momento en que despertó en la clínica del bastión. Bajó los ojos sobre la taza y unió las manos a su alrededor, desplegando a continuación las alas para poder aliviar un poco de la tensión sobre su espalda—. No… aquello no debió ocurrir. Le vi. A sabiendas de que estaba muerto, que no podía existir. —Las palabras se diluyeron convirtiéndose en un susurro—. ¿Quién podía pensar que un cadáver iba a levantarse de su tumba después de tantísimo tiempo?

Volvió a quedarse en silencio. Ninguno de los dos dijo nada, pero eso no evitó que su compañero dejase su taza sobre la barandilla y caminase hacia ella.

—Te sorprendería la respuesta a esa pregunta, Meroa —le dijo estando ahora frente a frente—. Háblame, Mer. No cargues tú sola con todo esto. Estoy aquí, apóyate en mí, comparte conmigo tu dolor o tu odio. No me dejes fuera, no sigas sufriendo en silencio.

Eso era lo que llevaba haciendo esos últimos dos meses. Le estaba dejando fuera, impidiendo que la viese como se veía a sí misma en estos momentos.

—No hables ahora de ello si no deseas hacerlo, pero no te cierres a mí —insistió, más no la tocó. No invadió su espacio personal, pues era consciente de que esto debía afrontarlo por sí misma.

—No lo escuché llegar, Rysh, ni siquiera lo sentí… —Dejó que las palabras surgiesen solas—. Y tendría que haberlo hecho. Más que ninguna otra cosa, debería haber sentido que ese monstruo había entrado en la vivienda.

No había sido así. No advirtió su presencia. No fue capaz de reaccionar, no después de verle.

Su jornada empezó como siempre. Dado que había hecho noche en la colina argely, decidió empezar con su visita temprano. Gaia le había advertido que los miembros más ancianos de una de las comunidades humanas a cargo de la casta seguían teniendo problemas con los sarpullidos. Daba igual la cantidad de veces que les advirtiesen que no se acercasen al barranco y dejasen las malditas plantas, al final eran gentes de costumbres arraigadas.

No se había molestado en discutir, algunas personas eran tercas como ellas solas y los humanos, sobre todo los que se encontraban en la última etapa de sus vidas, lo eran incluso mucho más. Se ocupó de aliviar los síntomas de los sarpullidos, reparó algunos huesos rotos y atendió a un par de niños con asma que habían empeorado recientemente. Era una jornada como otra cualquiera, reconocía a antiguos pacientes y tranquilizaba a los nuevos, los cuales solían quedarse mirando sus alas o la acribillaban a preguntas de lo más variopintas.

No hizo sino despedirse de su último paciente, un niño que había tenido una mala caída, terminando con un brazo fracturado, cuando escuchó el grito horrorizado de una mujer. Reaccionó por instinto, se giró y corrió hacia el umbral. Apenas tocó la jamba de la puerta con los dedos cuando vio la escena: La hoja de un cuchillo saliendo del cuerpo del pequeño al que acababa de curar, un borrón lanzándose sobre ella y allí estaba, el monstruo de sus pesadillas de la infancia mirándola a la cara. Un ardiente dolor le atravesó el vientre, la fuerza del golpe de la hoja que le atravesó la carne empujándola hacia atrás y no pudo hacer absolutamente nada.

El miedo la paralizó. El terror emergió del lugar en el que lo mantenía encerrado haciéndola gritar, pero no con su voz, sino con su alma. Fue un grito tan desgarrador que alcanzó a su pareja a miles de kilómetros de distancia, trayéndolo a ella y evitando un desenlace fatal.

Su atacante desapareció, no porque se hubiese esfumado, sino porque se lo quitaron de encima. La sonrisa demente en sus labios se congeló, los ojos se le abrieron de par en par un instante antes de que dos hojas afiladas le cercenaran la cabeza y esta cayese al suelo junto con el resto del cuerpo.

No sabía muy bien que pasó a continuación, ni cómo fue que apareció Ryshan, todo lo que podía recordar era esa cabeza separada del cuerpo mirándola de manera acusadora. Pero no era un rostro humano y demacrado el que veía, sino otro más lozano, uno con unos rasgos conocidos y una expresión que le provocaba pavor.

—Mi hermano… —murmuró arrancándose a sí misma de los recuerdos y centrándose en el hombre que tenía frente a ella—. A quién vi ante mí, era mi hermano.

El mismo que había intentado matarla cuando solo era una niña y el que casi lo consigue ahora que era adulta.

—El monstruo que me atormentaba cuando solo era una niña, el que estuvo a punto de matarme a pesar de ser sangre de su sangre, el que me rompió los huesos y me destrozó las alas hasta que perdí el conocimiento. Ese monstruo era *mi hermano*… —musitó y no pudo evitar estremecerse al dar voz a aquel oscuro secreto—. Se suponía que estaba muerto, que los *bellator* le habían dado caza y asesinado por sus crímenes… Pero, el tipo que entró en esa casa y asesinó a ese niño, el rostro que me miraba mientras me apuñalaba… era él, Rysh, era él.

—Meroa…

Le ignoró. La escena cobró vida una vez más en su mente, como si la estuviese viendo de nuevo ante ella.

—Me miraba, Rysh, me miraba desde… ahí. —Señaló el suelo ante sus pies como si pudiese ver todavía esa cabeza cercenada—. Y se reía. Se reía como aquella vez. Incluso aunque ya no tenía la cabeza sobre los hombros, se seguía riendo.

Notó como le quitaba la taza de las manos y un instante después la rodeaba con sus brazos, atrayéndola contra él.

—Me dijeron que había muerto… —Insistió, pero ahora sus palabras quedaban ahogadas por su cuerpo—. Aldora dijo que no volvería a atormentarme, que no haría daño a nadie más, pero… Ha vuelto. —Las lágrimas empezaron a aflorar en sus ojos, se le cerró la garganta y sintió que no podía respirar—. Mató a ese niño, a ese pobre niño. Y yo no lo sentí ni entrar. ¿Por qué

no sentí que *él* estaba allí? ¿Por qué?

Esos fuertes brazos la ciñeron aún más, sosteniéndola mientras se hacía pedazos y la niebla en torno a sus emociones desaparecía dejando que el dolor y la rabia la desbordaran.

—No dejes que me lleve, Ryshan. —Se aferró a él con desesperación, sintiéndose de nuevo aquella niña indefensa—. No dejes que me rompa de nuevo las alas, no se lo permitas.

—Está muerto, Mer —le habló al oído con suavidad y una frialdad que la estremeció hasta el alma, pero que entendía, que era también parte de ella—. Ese desgraciado está muerto y te aseguro que no se levantará.

Meroa ya no escuchó nada más, el sonido de su propio llanto le inundó los oídos y se entregó completamente al cuidado de su pareja.

CAPÍTULO 3

Ryshan nunca pensó volver a vivir en sus propias carnes lo que había sentido durante la masacre de Braşov, pero cuando escuchó en su mente el grito de Meroa y sintió el agónico dolor de su compañera, fue como volver a esa noche.

No se había movido tan rápido en su vida. Se revistió con frialdad, preparándose para lo que pudiera encontrarse. Necesitaba esa templanza con el fin de actuar con celeridad y precisión. No permitiría que la muerte le arrebatase lo que le pertenecía, no esta vez. Con sus armas listas y los sentidos puestos en localizar a su compañera, llegó justo a tiempo para neutralizar la amenaza. Las hojas volaron y la cabeza de ese maldito cayó al suelo, por un lado, mientras el cuerpo se desplomaba por otro.

Meroa. La visión de un tosco mango de cuchillo emergiendo de su vientre le encogió las tripas. Había caído de rodillas al suelo, sus alas siempre firmes colgaban de cualquier manera, pero era su rostro de incredulidad y puro terror el que lo sacudió. Permanecía con la mirada clavada en la cabeza cercenada, abrió la boca y dejó salir un alarido estremecedor.

Nunca olvidaría ese momento, ni el miedo que se apropió de ella, era una imagen que no podía sacarse de la cabeza y que lo había llevado a mover cielo y tierra para dar con las respuestas que ella se negó a darle.

Se estremeció ante el solo recuerdo y actuó por instinto, ciñendo a la mujer que ahora sostenía en su regazo contra él como si de ese modo pudiese liberarla de todo aquello.

Señor. Nunca la había visto llorar de esa manera. No a su sanadora. Ella era una mujer fuerte, capaz de enfrentarse a cualquier cosa, pero hacía tan solo una hora se había roto por completo y sollozado igual que una niña pequeña.

—¿Tienes frío? —Eran las primeras palabras que su compañera pronunciaba en todo el tiempo que llevaba acurrucada sobre él. Una de sus alas se movió cubriéndolos a ambos y amparándolos del aire frío que de vez en cuando barría la terraza.

—Estoy bien —respondió contra su oído, dejando después un beso sobre su sien.

—Lo siento —susurró ahora. Sus brazos le rodearon a fin de aferrarse a él.

Volvió a besarla en el mismo lugar y resbaló la mano sobre la extremidad emplumada en una íntima y tierna caricia. Repitió el gesto una y otra vez, con lentitud, diciéndole sin palabras que estaba allí para ella. Las alas de un *argely* eran sagradas, tenían bastantes terminaciones nerviosas como para que resultasen muy sensibles, por lo que el que te permitiesen acariciarlas era un gesto de infinita confianza, una que solía darse entre compañeros. Ella suspiró y se pegó aún más, como si quisiera fundirse con él o escapar de los horrores que había sentido a través de su vínculo.

Había hecho más que sentirlos. Meroa dejó caer sus muros mentales permitiéndole ver lo que ella veía, los recuerdos de una niña que fue maltratada y casi asesinada a causa de una mortal paliza. Y el responsable era el mismo monstruo que vivía en su mente y a quien proyectó en el hombre que apareció sorpresivamente en el pueblo, matando al que encontraba en su camino, hasta terminar muerto a sus manos. Uno que ella había creído muerto, a quien había enterrado profundamente en su mente hasta que no fue otra cosa que un recuerdo desdibujado y que

parecía haber resucitado solo para hacerle daño una vez más.

—Lo siento —musitó de nuevo con voz queda, empañada ahora por las lágrimas—. Lo siento, Rysh.

—Estoy aquí, Meroa, siempre voy a estar aquí, incluso si todo lo que tienes para mí es silencio —le recordó con suavidad.

—Era mi hermano… —Su voz fue tan solo un susurro, pero lo escuchó igualmente—. Era mi única familia… y se convirtió en mi verdugo.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener la calma y dejarla hablar si eso era lo que quería. No la presionaría, no después de lo que había visto en su mente, en los recuerdos que guardaba bajo llave.

—Le mataron. Por lo que me hizo. Lo condenaron a muerte —continuó con voz queda—. Le cortaron las alas. Las vi. Las lanzaron al centro de la plaza. Me dijeron que estaba muerto, que el monstruo en el que se había convertido estaba muerto… —Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, levantó la cabeza y vio el dolor y la incomprensión reflejados en sus ojos—. Los muertos no se levantan de sus tumbas, Ryshan, los muertos no asesinan a niños inocentes y te apuñalan con un cuchillo. Los muertos están muertos.

—Lo está, Meroa, todo lo que queda del monstruo de tus pesadillas son cenizas —le aseguró.

—¿Y será suficiente? —La pregunta no le cogió por sorpresa, pues era una que a menudo se había hecho a sí mismo con respecto a algunos eventos de su propio pasado.

—Lo será. Puede que no hoy, quizá tampoco mañana, pero con el tiempo te darás cuenta de que lo será —le aseguró—. Algunos fantasmas tardan más en ser exorcizados, sin embargo todos acaban desapareciendo antes o después en cuanto reúnes el valor suficiente para dejarlos ir.

—¿*Ellos* eran tus fantasmas?

No había necesidad de preguntar a quienes se refería.

—Lo fueron durante mucho tiempo, demasiado en realidad —admitió en voz alta y puso en palabras aquello que no había compartido con nadie jamás, ni siquiera con ella—. No es fácil dejar de culparte por algo que sabes no podrías haber evitado, por pensar que no habías hecho lo suficiente por esa persona mientras vivía y que todo lo que podías hacer tras su muerte era cobrar venganza contra los que los asesinaron…

—Rysh, no tienes…

Negó con la cabeza y la miró.

—No se trata de que lo tenga o no, sino de que si quiero o no —replicó con sinceridad—. Y quiero hacerlo, quiero hablarte de mi hermano, de cómo pensé que no podría con lo que se esperaba de mí, de cómo encontré a alguien que me hizo cambiar de opinión y me empujó a caminar cuando todo lo que quería era detenerme. —La miró a los ojos y añadió—. De ti depende de si quieres escucharlo o no.

—Quiero —asintió—. Quiero escucharlo.

Y él se lo contó.

Recordó algunos episodios de su vida de los que ya le había hablado a Meroa y compartió momentos de los que nadie más sabía. Le habló de que había nacido bastardo, pues su madre no era la pareja de vida de su padre y de que cuando ella murió, él todavía era un niño. De cómo su progenitor se unió a una nueva hembra, a la que reclamó como su pareja y con ella tuvieron un hijo; su hermano Iancu. Le contó cómo se había interesado por la carpintería cuando todo lo que importaba a su padre era trabajar las tierras y obtener el mayor rendimiento posible de ellas.

Su pueblo vivía de la agricultura, del cultivo en su gran mayoría, pero él buscaba algo más,

algo que lo llenase. Confesó que tenía intenciones de abandonar su hogar y unirse a la *Primera Tribu*. Quería encontrar su propio lugar en el mundo, un sueño que se truncó tan rápido como la vida de la compañera de su padre. Habló del declive de un arconte fuerte y poderoso que acabó sucumbiendo a la pérdida de su esposa. De su odio, de cómo le culpó durante mucho tiempo por abandonarles a Iancu y a él. De la noche a la mañana se había encontrado debiendo hacerse cargo de un infante de dos años sin tener la menor idea de cómo hacerlo.

—Llegué a pensar en dejar al niño en la puerta de alguna familia que quisiera acogerlo —le dijo recordando un momento puntual de su pasado—. Iba a abandonarlo, del mismo modo en que *él* nos había abandonado a nosotros. Me presenté en la puerta, pero cuando estaba a punto de llamar, supe que no quería ser como nuestro padre y volví con él a casa.

Y allí estaba Erika. Envuelta en un chal de lana que había visto días mejores, con su melena recogida en un moño, intentaba mirar a través de las ventanas de la propiedad mientras gritaba su nombre cada vez más alto.

Se conocían desde niños, habían jugado juntos y protagonizado un sinfín de líos en los que acababan acusándose el uno al otro para salir indemnes. Ella siempre estaba ahí para él, era su confidente, su mejor amiga y desde la muerte de su padre, se convirtió también en una figura materna para su hermano.

—Decidí unirme a ella, tomarla como mi pareja, era lo correcto después de todo —mencionó sumido en sus recuerdos—. Llevábamos toda la vida juntos, nos entendíamos y nos queríamos, a nuestra manera. Iancu la llamaba «*mamá*», era la única que había ejercido como tal y para ella el niño era su hijo. Después de todo, era quién lo estaba criando. Ambos lo hacíamos. —Hizo una pausa y confesó—. La quería, era mi esposa y la respetaba por ello, pero esa noche… Esa noche fui consciente por primera vez de que también la amaba. Tuve que escucharla despedirse de mí, diciéndome que ellos estarían bien, para darme cuenta de que estaba a punto de perder lo más importante que tenía en mi vida. No llegué a tiempo. Nadie pudo hacerlo. Solo pudimos vengarlos, a todos y cada uno de ellos, pero para mí no fue suficiente. Durante muchos años, eso no fue suficiente.

Y la frustración, unida a la culpabilidad, hicieron que acabase siguiendo un camino de autodestrucción. El mismo que lo llevó a las inmediaciones de la colonia *argely* para ser rescatado de su propia estupidez por la mujer que ahora tenía entre los brazos.

—Y entonces apareciste tú y me salvaste el miserable culo —concluyó besándola en la cabeza.

—Extraordinaria suerte la mía —mencionó ella con algo más de ligereza.

—Y que lo digas, *pajarillo*, has conseguido un arconte de *serie limitada* —afirmó con toda la arrogancia de la que fue capaz.

La réplica que esperaba recibir de ella no llegó, en su lugar le brindó el relato de su propia vida, uno que si bien ya conocía, había obviado unos años cruciales para su compañera.

—Yo también tuve un hermano… —Su voz era apenas un susurro, pero en el silencio de la noche se escuchaba como si hablase mucho más alto—. Nuestros padres fueron víctimas de la *Gran Epidemia* que asoló a los *Argely*. Por aquel entonces yo solo era una niña y el único familiar que tenía era Aldos. Él era uno de los sanadores de la tribu, un *Pacifis* de los pies a la cabeza, al igual que nuestra madre. Yo lo idolatraba, quería ser como él cuando fuese mayor. No había hombre más bueno y cariñoso. Siempre fue atento conmigo, me cuidaba como lo haría un hermano mayor con su hermana pequeña. Todo el mundo decía que yo era su ojito derecho, su mayor debilidad… —El tono fue bajando hasta que terminó callándose una vez más. Sin embargo, no permaneció en silencio y al volver a hablar, lo hizo con más seguridad—. Él fue

quien se hizo cargo de mí y me educó, el que se tomó la molestia de enseñarme a volar. Fueron años buenos, pero entonces, un buen día y sin motivo aparente, las cosas empezaron a cambiar y se tornó cruel. Se irritaba por todo y gritaba demasiado a menudo, me echaba de casa y me impedía entrar, dejándome fuera toda la noche. Cuando volvía a abrir la puerta a la mañana siguiente, su arrepentimiento parecía genuino, no dejaba de pedirme perdón, de decirme que no lo volvería a hacer porque yo era lo más importante de su vida.

Meroa se incorporó en su regazo, pero se mantuvo pegada a él, como si temiese que no podría seguir si perdía el contacto con su piel. Sus alas se replegaron y la notó estremecerse en cuanto se vio privada de la cobertura que les había proporcionado una de sus extremidades.

—Una de esas mañanas, sin embargo, no fue el Aldos arrepentido el que abrió la puerta de casa —continuó con voz queda, tensándose a cada nueva palabra que salía de sus labios—. No era mi hermano el que apareció ante mí y, sin mediar palabra, empezó a acuchillarme las alas. No era mi hermano el que me lanzó al suelo y descargó su ira sobre mí, dejándome al borde de la muerte. No fue quien me rompió todos los huesos y casi me desgarra las alas. Ese monstruo, no era mi hermano.

Respiró hondo y continuó.

—Aldora Blaise fue quién me encontró —añadió pronunciando el nombre de la hermana de Arcana, la pareja de Dalca—. Me dijeron que fue ella la que dio caza a ese monstruo. Lo mató y trajo sus alas cercenadas, las cuales lanzó al centro de la plaza. La lugarteniente de los *Bellator* me prometió que nunca volverían a hacerme daño, que no dejaría que nadie me hiriese de nuevo de esa manera. Y la creí. —Sacudió la cabeza y levantó el rostro hacia el cielo—. Pensé que nunca volvería a surcar los cielos. Los sanadores del poblado creyeron que me quedaría para siempre en la tierra. No puedes ni imaginarte lo que significa eso para un *argely*, más aún para una niña que había probado ya el beso del viento. Dijeron que si conseguían que mis alas soldasen bien sería un completo milagro. Y quizá lo fue. O puede fuese yo la que me negué a ser la víctima en la que ese monstruo me había convertido.

Bajó ahora la mirada a sus manos y las giró como si hubiese algo en ellas que le molestara.

—Enterré en lo más profundo de mí misma el episodio de esa mañana, me obligué a borrarlo de mi mente, a eliminarlo de mis recuerdos y hacer como si nunca hubiese existido. Mi familia había muerto durante la *Gran Epidemia* y así se quedaría —añadió y pudo escuchar el dolor, pero también la rabia surfeando en su voz y haciéndose eco de sus emociones—. ¿Cómo puede un cadáver levantarse de su tumba y asesinar a un niño? ¿Cómo puede alguien que está muerto, cruzar el umbral de una puerta y clavarte un cuchillo en el vientre? ¿Cómo puede haber pasado todo esto si él estaba muerto?

—Porque no era él, Meroa, el hombre que entró en el consultorio no era *argely*, era *humano.*

Y ella lo sabía, comprendió Ryshan al ver la mirada de su compañera, siempre lo había sabido. Era probable que su mente hubiese elegido ese momento, quizá por el parecido o alguna otra cosa, para traer el más doloroso de sus recuerdos y hacerlo revivir.

—El monstruo que te atormenta ya no existe, vida mía, dejó de existir hace mucho tiempo —confirmó buscando su mirada mientras le cogía la cara entre las manos—. Es hora de que dejes ir a ese fantasma, Meroa, es hora de que le dejes marchar.

Esos bonitos ojos verdes volvieron a llenarse de lágrimas que no tardaron en deslizarse por sus mejillas, mojándole a él los dedos.

—Rysh…

Asintió en silenciosa comprensión y ella rompió a llorar una vez más. Le envolvió los

brazos alrededor del cuello y ocultó el rostro contra él mientras daba rienda suelta al dolor que anidaba en su pecho. Uno que llevaba ahí instalado desde el mismo día en que se dio cuenta de que el hermano al que tanto quería, se había ido para siempre.

CAPÍTULO 4

Meroa estaba acostumbrada a hacer las cosas por sí misma, a lidiar con sus propios problemas y superar cada obstáculo sin ayuda. Había sido así desde el momento en que le dijeron que no volvería a volar y ella se empeñó en demostrarle a los sanadores y a todo aquel que la miraba con lástima que se equivocaban. Estas últimas semanas, sin embargo, se dio cuenta que el buscar ayuda o tener a alguien a su lado que la escuchase, era tan necesario como su propia independencia.

Parecía mentira que, siendo ella sanadora, no fuese capaz de ver que no siempre era posible sanarse a uno mismo y que no eras más débil por apoyarte en otras personas o pedirles ayuda. Más aún cuando lo ocurrido, no era un hecho aislado. Había vivido con anterioridad episodios similares, pero no con un desenlace semejante.

La mente le había jugado una mala pasada, sus recuerdos reprimidos trajeron de entre los muertos el único monstruo al que no era capaz de hacer frente y con él los miedos de su juventud.

Sí, sabía que no era Alder. Su hermano había muerto a manos de la justicia *argely*. No, en realidad murió mucho antes de eso. El *ser* que la atacó de niña no era el hombre al que había querido e idolatrado, si no una víctima más de los efectos secundarios que dejó tras de sí la *Gran Epidemia*. Por aquel entonces era demasiado joven para ser consciente de ello. Algunos de los *castia* supervivientes del dantesco episodio experimentaban un deterioro a nivel mental, el cual solía derivar en una paulatina demencia o, en los casos más severos, en peligrosos brotes psicóticos.

Meroa era consciente de que no podía seguir así. Necesitaba atajar el problema antes de que aquello fuera a más y el primer paso era sincerarse por completo con su arconte.

Compartir su pasado y sus miedos con Ryshan la ayudaron a afrontar el problema, pero ambos sabían que necesitaba algo más que el apoyo de su compañero para poder exorcizar sus fantasmas y dejarlos marchar de una vez por todas.

El siguiente paso fue hablar con Gaia.

Su amiga, y antigua lugarteniente, era una de las mejores sanadoras de la casta. No en vano había sido la única capaz de llegar a ella después de que la apuñalasen. Su arconte estaba en modo *«pareja protectora»* y no les permitió ni que Grigore se le acercara. Poder hablar con la

pacifis, de lo ocurrido entonces y del trauma que seguía enterrado profundamente en su interior, la había ayudado a soltar lastre y a sentir, por primera vez, que podía liberarse de sus demonios en lugar de enterrarlos bajo capas y capas de insensibilidad.

Y ahora que veía el desafío que tenía ante ella, quizá tuviese que llamarla de nuevo para decirle que la ayudase a lidiar con los jodidos árboles de Navidad.

Daba igual el ángulo desde el que lo observase o que fuese tan solo unos centímetros más alto que ella, preveía una catástrofe inmediata.

—Mer, no creo que el mirar el árbol como si quisieras convertirlo en astillas haga que se vista solo. —Su pareja la miraba con una sonrisa socarrona en los labios. Se había cruzado de brazos y permanecía apoyado de forma indolente contra la pared. Se lo estaba pasando en grande y ambos lo sabían—. Solo tienes que colocar la guirnalda de luces y luego colgar cada adorno de sus ramas.

—Eso no sucederá —replicó ella girándose hacia él. El movimiento hizo que rozase el abeto con una de sus alas y este se sacudiera—. ¡Ves! ¡Y ni siquiera le he puesto una sola luz!

Tenía que darle crédito al arconte porque no se estaba doblando por la mitad muerto de la risa. Se limitaba a mirarla con cierto aburrimiento, como si su queja no fuese nueva para él. Y no lo era, debía haberla pronunciado al menos diez veces en los últimos cinco minutos.

—Alas y árbol. —Señaló una de sus extremidades y acto seguido el abeto—. Desastre asegurado.

—Puedo fijarlo en el suelo, de ese modo no se moverá —declaró Ryshan y notó la huella del poder del arconte en torno a ella. El abeto se agitó, pero no cayó. Y no caería, lo sabía—. Listo. Ya puedes empezar con las luces.

—Sigue insistiendo, Ryshan, sigue insistiendo y serás tú el que acabe con la puñetera guirnalda a su alrededor.

Una amplia sonrisa apareció en la boca masculina desnudando sus colmillos.

—Solo si me dejas envolverte luego a ti como si fueses un bonito regalo —replicó y su mirada turquesa cayó sobre ella de una forma tan sensual que se encontró estremeciéndose ante la perspectiva.

—Deja de poner ese tipo de imágenes en mi cabeza, pervertido.

Ahora sí que se rio a carcajadas.

—Meroa, tú tienes una mente igual de sucia que la mía —se burló él lanzándole un beso—, por eso nos llevamos tan jodidamente bien.

—¿Ya estás pensando con la polla?

—Me ofendes, cariño mío, ahora mismo solo tengo en mente la guirnalda de luces que vas a ponerle al árbol.

—No quiero —refunfuñó como una niña mientras se cruzaba de brazos—. Las guirnaldas me odian aún más que los árboles.

—Mer, en serio. Estamos hablando de una tira de luces de unos tres metros, ni siquiera Sora tiene tantos problemas y el árbol del Purgatorio es como el triple de grande que este.

—Sora no tiene alas, yo sí.

—Y me encantan esas bonitas alas, amor mío.

—No cuela —aseguró, lo que lo hizo sonreír una vez más.

—¿Hueles eso? —mencionó señalando con el pulgar hacia la cocina—. Son las galletas de mantequilla y jengibre haciéndose. Si quieres comerte una, que sé que sí, ya estás vistiendo el árbol.

—¿Me estás chantajeando a mí? ¿A tu esposa?

Ryshan la recorrió una vez más con la mirada, de la cabeza a los pies y asintió.

—Sí, mi amor. Es algo que llevo haciendo ya… ¿Seis años? Y se me da de puta madre.

—Hijo de la gran…

—Tú también me chantajeas a mí cada vez que me plantas esas dos tetas delante de las narices —le recordó con un guiño—. Soy incapaz de decirte que no cuando esas dos preciosidades están cerca de mi boca.

Y maldito fuera, eso era verdad, se dijo a sí misma. A Ryshan le encantaban sus pechos y Dios sabía que a ella también le gustaba su boca sobre ellos. Ese arconte era la horma de su zapato en todos los sentidos, pero especialmente en el sexual. Con él podía ser ella misma y disfrutar del placer, sin reprimirse o fingir que era algo distinto a lo que era.

—La llevas clara si esperas verme decorando el árbol en pelotas.

—Sin duda sería una escena digna de contemplar, amor, pero no quiero que se me quemen las galletas —declaró dejando su apoyo para ir hacia el área de la cocina—. Aunque puedes persuadirme después de que lo hayas decorado.

—No te vas a dar por vencido, ¿verdad?

—No, Meroa —corroboró cogiendo los guantes de cocina—. Contigo jamás me daré por vencido.

Se sonrojó. No era algo que hiciese muy a menudo, pero cuando su compañero hablaba de esa manera no podía evitar sentir mariposas en el estómago. Ryshan le había demostrado a cada paso del camino que nunca se daba por vendido con ella, podían discutir, discrepar, tener cada uno su propio punto de vista, pero nunca tiraba la toalla en lo que a ella se refería porque la amaba.

Y ella le amaba a él, tanto como para decidir complacerlo, aunque eso le supusiera iniciar una guerra a muerte con el puñetero abeto.

Resopló y se giró al maldito árbol al mismo tiempo que él abría la puerta del horno y el aroma dulce de las galletas lo inundaba todo.

¿Quién iba a decirle que su marido no era un auténtico zoquete en la cocina? Si bien no era, ni de lejos, un consumado chef, era capaz de hacer unas galletas decentes. Suponía que el hecho de que el pequeño príncipe fuese un fanático de esos dulces tenía mucho que ver en que Ryshan hubiese mejorado haciéndolas hasta el punto de que nadie se negaba ya a probarlas.

Eso sí, que no le pidiesen algo más complicado que unas figuras geométricas. El arconte tenía sus limitaciones.

Su estómago eligió ese momento para hacerle saber que no le importaría probarlas.

—Si te portas bien, cuando termines con tu tarea te pongo un par de galletas con un té.

Siseó en respuesta, cosa que lo hizo reír.

—Y subiré la apuesta… —añadió dejando la bandeja sobre la encimera—. Te follaré en la terraza.

Su siseo se convirtió en un delator gemido que la enrojeció de pura vergüenza.

—Capullo.

—La guirnalda, Mer, la guirnalda.

Le dio la espalda con toda la intención y miró de nuevo el abeto con los ojos entrecerrados.

—Esta me la pagas, maldito árbol.

Tenía que admitir que disfrutaba con esas pullas que le lanzaba el arconte. No solo por las ventajas que solían derivar de ellas, sino porque al final ambos acababan haciendo las cosas que quería el otro, incluso si era a regañadientes, pues lo que primaba era hacerse felices.

No eran una pareja al uso, eso estaba claro, pero Meroa tampoco podía imaginarse con otro

hombre que no fuese él.

Tal y como había previsto, la puñetera guirnalda acabó enredándose entre sus alas. No tenía la menor idea de cómo era eso posible, sobre todo cuando las mantenía firmemente apretadas contra la espalda, pero de algún modo terminaban enredándose en alguna de sus plumas cada vez que se movía.

Un par de plumas menos y varios tacos después, había conseguido colocar las luces y miraba con ojo crítico esas delgadas y puntiagudas agujas.

—Mi vida, no tienes que hacer un proyecto de ingeniería, puedes colocar los adornos dónde te dé la gana —le dijo Ryshan dándole una palmada en el culo y un beso en la mejilla—. La parte que cuelga es la que se pone en las ramas.

—No te diré dónde voy a poner tu parte que cuelga.

Su compañero soltó una carcajada.

—Se me ocurren varios lugares, cariño, pero tu boca me parece ahora mismo el más atractivo —le soltó y la besó fugazmente—. Las galletas se están enfriando. En un rato preparo el té.

—Podrías ayudarme —le dijo señalando las cajas—. Ahí también hay guirnaldas, flores de Pascua y un montón de cosas más. No van a ir todas al árbol. Me niego.

Se agachó junto las cajas y tras revisar unas y otras se hizo con dos de ellas.

—Tú sigue con nuestro árbol que yo me encargo de lo demás —le guiñó el ojo y salió con las cajas a la terraza.

A la luz del sol el lugar era incluso más impresionante que por la noche. El bosque parecía extenderse de manera perpetua bajo ellos, las copas de los árboles estaban teñidos de blanco por la nevada que había caído ininterrumpidamente las últimas jornadas.

Llevaban ya tres días allí, setenta y dos horas que habían invertido en hablar, abrazarse y compartir anécdotas de sus respectivas vidas. Gaia también se había pasado, Ryshan las dejó solas para que pudiese hablar con la sanadora sobre lo ocurrido y buscar la ayuda profesional que necesitaba; una visita que resultó ser de lo más beneficiosa.

Él se mostró paciente, contentándose con quedarse a su lado mientras se vaciaba de todo lo que llevaba dentro, escuchándola o abrazándola cuando lo necesitaba.

Y por supuesto, también encontraron el momento para recuperarse el uno al otro después de muchas semanas de pura tensión. No se trataba solo de follar, sino de compartir una intimidad que era única y solo de ellos dos.

Esa misma mañana, tras remolonear en la cama, su compañero le había dicho que era hora de darle un toque navideño a la casa, después de todo estaban a menos de dos semanas de Navidad. Había prometido que volverían antes de la cena familiar anual de la reina, así que estaba dispuesto a aprovechar cada instante que estuviesen allí los dos solos.

Cuanto más miraba esa vasta extensión más ganas tenía de extender las alas y dejar que el aire peinara sus plumas. Había hecho su primer vuelo en la zona ayer, al atardecer, la sensación había sido indescriptible, tan liberadora que por un momento perdió la noción del tiempo.

Cuando volvió y aterrizó sobre la terraza tenía ya una disculpa en los labios por haberse ausentado tanto tiempo, pero tuvo que tragársela cuando su arconte le comió la boca y no se detuvo hasta que ambos estuvieron jadeando después de un buen polvo.

«Nunca pidas perdón por ser quién eres, amor».

Esas fueron las palabras que le dedicó después de hacerla gritar hasta el orgasmo.

Sí. Era imposible no estar enamorada de ese hombre, a pesar de que la obligase a decorar un jodido árbol de Navidad.

Perdió la cuenta de las veces en las que se pinchó los dedos al colocar los adornos, pero cuando al fin terminó tuvo que admitir para sí misma que se sentía orgullosa del resultado.

—No lo he hecho tan mal, ¿eh? —Se felicitó por tal proeza.

—La estrella está torcida, cielo.

La mirada que le dedicó a Ryshan habría calcinado a cualquiera, pero a él solo le provocó cosquillas. Su sonrisa era burlona, se lo estaba pasando muy bien a su costa.

—La estrella está perfectamente derecha —replicó apuntándolo con el dedo—. Es una jodida obra maestra.

—Sí, lo es —asintió, pero no miraba el abeto, sino a ella—. Te dije que podías hacerlo. Siempre consigues lo que te propones.

Dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

—Eres un manipulador de mucho cuidado —rezongó, pero no dudó en ir hacia él—. Aunque gracias, ahora me siento mejor.

—De nada, mi vida, siempre estoy dispuesto a darte un empujoncito —asintió con una pícara a la par que tierna sonrisa—. Ahora, ven y dime que te parece mi propia obra de arte.

La cogió de la mano y tiró de ella para sacarla a la terraza.

Y fue como entrar en un jodido cuento de hadas.

—Esto no lo has hecho con cuatro guirnaldas y unos cuantos adornos, capullo —jadeó mirando a su alrededor embelesada—. Me has obligado a decorar las cosas con las manos y mientras tú… —Sacudió la cabeza y señaló lo obvio—. Oh, qué demonios. No voy a quejarme. Esto es precioso, Rysh. No puedo esperar a verlo con las luces encendidas en plena noche.

—Lo verás, mi dulce y preciosa esposa —le dijo él al tiempo que le envolvía la cintura desde atrás y la besaba en el en el costado del cuello, allí dónde le latía el pulso—. Lo verás.

El pellizco de sus dientes sobre la piel la encendió al momento.

—Pero primero esas galletas, por favor —respondió con un gemido, ladeando la cabeza para darle acceso

—Por supuesto, las galletas primero —ronroneó divertido—. ¿Mer?

No era necesario que preguntase, sabía bien lo que deseaba.

—Si tienes necesidad de mí…

—Siempre tengo necesidad de ti, amor —gruñó besándole el punto exacto que había mordisqueado, para luego enlazar los dedos en los suyos y llevarse su mano a los labios. La giró hasta desnudar la muñeca y buscó su mirada—. ¿Puedo?

La sola pregunta la derritió por dentro.

—Mi vida es tuya, Ryshan, te la doy libremente así que toma lo que necesites.

—Prometo cuidarla y atesorarla como lo más precioso que tengo, mi amor, hoy y siempre.

Meroa jadeó cuando los colmillos de su compañero se hundieron en su muñeca y empezó a beber la vida que ella le ofrecía para nutrir la suya.

CAPÍTULO 5

—¿Piensas que Falon estaría dispuesto a vendernos la casa?

Ryshan se rio ante la inesperada pregunta, no por su contenido, sino por la manera en la que fue pronunciada. Casi podía ver los engranajes del cerebro de su compañera moviéndose mientras pensaba en cómo podría salirse con la suya.

—Puedo preguntarle —admitió apoyándose de espaldas en la barandilla de la terraza.

Meroa había convertido este lugar en su zona de estar, en especial desde que él se la jugó con una recreación navideña al más puro *«estilo arconte»*. Podían dársele bien muchas cosas, pero la decoración no era una de ellas, así que se limitó a recrear el escenario que vio en una de las revistas de las chicas en la terraza de la casa. El éxito era evidente, ya que se habían pasado todos estos días desayunando, comiendo y cenando en este lugar, siempre que la climatología lo permitiese.

Su compañera, que se había sentido un poco más poderosa con su victoria sobre el abeto, siguió decorando cada parte del interior de la casa hasta conseguir un aspecto navideño de lo más hogareño. Quizá influyese también el fuego prendido en el hogar y ante el que habían estado pasando largas jornadas, ya fuese tomándose una taza de té o café, hablando de todo y de nada o, su parte favorita, follando sobre las mantas que habían trasladado de la cama del dormitorio al suelo frente a la chimenea.

Las dos semanas que tenían para ellos dos estaban llegando ya a su fin, pero no podía quejarse, no después de lo bien que les había sentado esta escapada. Su compañera empezaba a dejar atrás el peso que la aquejaba, se la veía más serena y ligera, más ella misma. Por primera vez le habló de cosas que nunca antes había mencionado, compartió con él momentos de su niñez, de su adolescencia e incluso le hizo alguna pícara confesión con respecto al instante en el que se habían conocido. Sin darse apenas cuenta, acabó compartiendo con ella horas y horas de charlas. Habló de cosas que ni siquiera sabía que seguían en su interior, de momentos de su vida que, al igual que Meroa, mantenía en lo más profundo de sí mismo. Compartir con ella sus pensamientos, alegrías y miedos lo hizo sentirse ligero y sobre todo más conectado a ella.

Sí, esta desconexión les había venido bien a ambos para volver a encontrarse y fortalecer su relación incluso más.

—Deberíamos hacer esto cada año.

—¿Pedirle a Falon que nos venda una casa? —La miró curiosa.

—Pasar tiempo los dos solos y lejos de nuestros respectivos deberes —resumió a la par que señalaba el bosque a sus pies con un gesto de la barbilla. A estas horas de la noche solo eran figuras sombrías, pero el lugar era lo bastante impresionante como para grabárselo en la retina—. He aprendido más de ti en un par de semanas, que en los años que llevamos juntos. Y no es una queja, me ha gustado poder estar así contigo.

El suave plumaje de su ala le rozó el brazo cuando se inclinó contra él, pegándose a su costado.

—Lamento no haber sido más comunicativa, pero como has dicho, hay… fantasmas que son difíciles de exorcizar, sobre todo cuando te niegas a reconocer que están ahí y deberían irse

—admitió apoyando la cabeza contra su hombro—. Prometo intentar ser más accesible.

—Siempre has sido accesible para mí, Meroa —admitió llevando la mano a su rostro y acariciarle la mejilla con los dedos—. No es fácil lidiar con lo que no eres capaz de ver, aun cuando sabes que está ahí. Necesitabas ayuda y yo no lo supe ver. Lo siento, mi amor.

—Tonto. —Envolvió los brazos alrededor de su cintura y deslizó una de sus alas sobre él en una particular caricia—. Tú también has estado ahí para mí, Ryshan, a cada paso del camino. No podías saber algo que ni siquiera yo era capaz de aceptar, que mantenía enterrado para no tener que hacerle frente. Estás aquí ahora, me has hecho enfrentarme a mi pasado y me has dado la ayuda que necesito para superarlo. No puedo haber encontrado una mejor pareja de vida que tú. Ahora, si consigues además que Falon nos venda esta propiedad, ya serás mi ser favorito en todo el universo.

Se echó a reír, ¿cómo no hacerlo cuando esta mujercita suya replicaba de semejante manera?

—Veré si nos la quiere vender, si no… siempre podemos buscar un lugar que nos guste y construir una —admitió valorando la idea—. Una que sea completamente nuestra y construida a nuestro gusto.

—*Um.* No había pensado en eso —admitió y a juzgar por su tono de voz estaba sopesando las posibilidades de tal oferta—. Pero que sea en esta región, el aire de estos cielos huele a hogar.

—Haré las averiguaciones oportunas en cuanto volvamos a casa para ver si podemos reclamar un trocito de tierra y construir nuestro propio *nido.* —Su propio hogar, uno que pudiesen sentir que era de los dos. Ni arconte, ni argely, sino de ambos. Ella había renunciado a quién era, a su gente para venir con él a Budapest, a la corte arconte y, aunque sabía que ya era una parte de ellos, también pertenecía a los cielos. Ya era hora de que le diese algo que pudiese reclamar como suyo.

—Nuestro propio *nido* —repitió ella moviéndose para terminar pegada a su pecho y mirando sus ojos—. Me gusta como suena.

—Sé que es así —admitió con su habitual arrogancia, ciñéndola contra él—. No podría ser de otra manera.

Ella se rio y sacudió la cabeza.

—Arrogante hasta la médula.

—Y enamorado, amor mío, muy enamorado de la mujer que tengo en mis brazos.

—Eso nunca lo he puesto en duda, arconte —aseguró dejando de rodearle la cintura para llevar ambas manos sobre su rostro—. Tu amor es algo de lo que jamás tendré dudas, Ryshan Dragan, porque es como el viento que llena mis alas y me permite volar cada vez más alto.

—Te quiero, mi dulce *argely*.

—Y yo a ti, mi *arconte*, y yo a ti.

CAPÍTULO 6

Más tarde, esa misma noche…

Ryshan no podía dejar de mirarla. El corazón se le henchía al verla reír como una niña mientras bailaba al ritmo de la música del reproductor. La nieve había empezado a caer casi en el mismo instante en que se puso de puntillas. Las guirnaldas de luces que adornaban la barandilla de la ancha terraza iluminaban los copos que le perlaban ahora el pelo o se movían a su alrededor, llevados por la brisa nocturna.

No era la primera vez que veía a su *argely* bailar, siempre le resultaba una escena hipnótica, pero hoy, además, cada movimiento era ligero, cada risa verdadera y su mirada brillaba con una luz que no había visto en sus ojos en muchísimo tiempo.

Sabía que esto no era más que el principio, que por delante tenía un largo camino de recuperación, pero se encargaría de permanecer a su lado como lo había hecho hasta ahora y sostenerla cuando sus alas fuesen demasiado pesadas para permitirle alzar el vuelo.

Le dio un sorbo a su copa de vino y admiró cada una de las curvas que enfatizaba el delicado vestido. Sus piernas asomaban de cuando en cuando a través de las aberturas de la amplia falda, una insinuación de lo más sexy. Estaba descalza. Era algo que le encantaba. Decía que de ese modo podía sentir mejor el suelo bajo sus pies. ¿Y quién era él para decirle lo contrario? Haría cualquier cosa por esa mujer, cualquier cosa.

Los ojos verdes de su esposa se posaron sobre él y sus labios se curvaron en una invitante sonrisa de lo más seductora. Le respondió alzando su copa y ella sonrió. Giró una vez más sobre sí misma extendiendo sus alas. Las plegó y volvió a abrirlas un par de veces más, siguiendo una coreografía, que solo podía estar en su mente, antes de concluir, al mismo tiempo que la música, con una rodilla en el suelo y esas magníficas extremidades extendidas a sus costados como una manta de plumas blancas.

—Mi alada *Salomé* —le dijo mientras se acercaba a ella y le tendía la mano. Meroa posó la suya en la de él y dejó que la alzase—. Que va a ser de mí si me seduces de esta manera…

—Un *argely* solo baila para el dueño de su alma, mi amor —le dijo con voz sensual y pegó su curvilíneo cuerpo contra el suyo—. Y tú eres el único que ha reclamado la mía.

—Y la cuidaré por siempre, mi Meroa, por siempre —prometió dejando la copa a un lado para coger ese bello rostro entre sus manos—. Feliz Navidad, amor mío.

—Feliz Navidad, Ryshan. Feliz Navidad.

Sí, por primera vez desde que estaban juntos, esta prometía ser la más feliz de todas.

PAREJA BRAŞOV 3



FALON
& BEATRIX

CAPÍTULO 1

La nieve solía conferir un aspecto de cuento de hadas al pueblo de Roșia, un lugar que a Falon le provocaba sentimientos encontrados. En los últimos treinta años, la pequeña comuna de Rumanía había sufrido una transformación. Sus aisladas casas estaban dando paso a un núcleo urbano más centralizado, con calles adoquinadas y edificios más robustos, pero todo ello sin perder el ambiente rural por el que era conocida.

Cada vez que regresaba a esta parte del condado de Bihor, no podía evitar que su mente reviviese el pasado y acabase de nuevo en aquella mina de bauxita que se vino abajo atrapando a una veintena de trabajadores. Había llegado, junto con otros arcontes, para colaborar en el rescate del pueblo en el que nació su primera esposa.

Viorela insistió en que fuese, en que esas pobres gentes necesitaban más de su presencia que ella, la cual podría arreglárselas para coordinar la representación infantil que se preparaba en el Refugio de Brașov. No le había permitido negarse y cierto fue que su presencia evitó que muchas familias perdiesen a sus padres, esposos e incluso hijos.

¿Pero a qué costo?

No había estado al lado de su compañera cuando más necesario era, no pudo evitar aquella desgracia, tan solo tomar el cuerpo moribundo de su mujer entre los brazos y sostenerla hasta que la muerte se la arrebató.

Unos segundos que se grabaron a perpetuidad en su alma, al igual que lo hicieron sus palabras. Con su último aliento, Viorela se había interesado por su gente, por aquellos que fueron salvados en su lugar. Lo creyó un héroe, mientras él solo se veía a sí mismo como un auténtico fracaso.

Esta comuna le había robado lo más importante, pero no podía odiarla porque su esposa amaba estas tierras. De una manera un tanto retorcida, la mina que le quitó lo más preciado le devolvió también la fe y la esperanza. Las gentes de Roșia no olvidaban y su presencia en su momento de mayor necesidad quedó grabada en sus almas. Aquellos a quienes había salvado, así como sus descendientes, se convirtieron también en su propia familia, una que esperaba su regreso cada año.

Hizo a un lado sus pensamientos y se concentró en la mujer que deambulaba en torno al árbol de Navidad de la plaza.

Beatrix. Su *Bea.* Ella era uno de los mayores milagros en su vida, un regalo que no había esperado recibir, ni tampoco encontrar en su camino. Y, sin embargo, hacía más de seis años que

formaba parte de él.

Su esposa, una dama valiente e íntegra, capaz de convertir cada uno de sus días en algo interesante. Cuando no esperaba nada de la vida, la encontró a ella y menudo hallazgo fue, tan intenso como inesperado.

Sonrió ante el recuerdo de su primer encuentro, el que sin duda había marcado el comienzo para los dos.

La Corte Arconte había decidido poner vigilancia sobre los protectorados después de frustrar los planes de los miembros de la logia *Annunaki*. La administración de Icor House había cambiado de manos, quedando bajo la supervisión de la corte arconte y la dirección de la profesora Beatrix Coulter.

Si bien sabía que se trataba de la mejor amiga de Sora y era una de las consejeras de la reina, la humana todavía era un completo enigma para él. Investigarla supuso todo un descubrimiento. La chica no lo había tenido nada fácil. Una dama del *Linage*, repudiada por su familia y utilizada por aquellos que pretendían infiltrarse y controlar la corte a través de su propia reina. Una mujer decidida a elegir su propio camino, yendo contra los designios de su nacimiento y abrazando la rebeldía. Fiel protectora de su medio hermano, un joven arconte invidente, se había convertido en un activo de la misma corte que les dio cobijo.

Se la conocía tanto por su discreción como por su capacidad de trabajo y decisión. Sin duda, la vida no le había sido favorable, pero no dudó en hacerle frente y alcanzar sus propias metas.

Tenía que confesar que le había llamado la atención, era una mujer atractiva, sin duda, pero también poseía una particular timidez que resultaba contraria a su directo proceder. Y poseía una vena resolutiva de lo más ingeniosa.

No solía interactuar con ella, la verdad fuese dicha, pero las cosas cambiaron aquella inesperada mañana en el protectorado.

—…vamos, Beatriz, solo un momento —le decía una chica—. Te prometo que no volveré a importunarte.

—A mí puedes importunarme todo lo que quieras, Isabel, pero no vas a entrar —fue tajante —. Ya conoces las normas. No has pasado el examen, lo lamento.

—Con Edward no era así.

—Con ese bueno para nada al mando, muchas personas salieron heridas. —Se puso seria —. Si no puedes verlo por ti misma, temo decirte que tienes un problema.

La chica bufó.

—¡Al menos déjame hablar con él! —alzó la voz—. Es mi benefactor.

Sacudió la cabeza.

—No, Isabel. No lo es. —Sus palabras no daban lugar a equivocación alguna—. Tu asignación decidió romper el contrato alegando una preocupante dependencia por tu parte. No puedes…

—¡No me digas lo que puedo o no puedo hacer, zorra! ¡Voy a entrar! ¡No puede dejarme! ¡No puede! ¡Albert! ¡Albert!

El cambio violento de aquella hembra obedecía a un *«apego»*, algo que ningún arconte con un acuerdo se podía permitir. La humana tenía claros síntomas de adicción, lo que sugería que había estado compartiendo *su vida* con el primero que pasase por delante. Si bien este tipo de cosas no eran algo que se diese a menudo, las mentes de algunos humanos podían ser lo bastante frágiles o contar con un desequilibrio que propiciase tal enganche.

Los protectorados estaban trabajando para evitar este tipo de situaciones, realizando test

psicológicos y otras pruebas en cualquiera que decidiese postularse como *«voluntario de vida»*.

Falon estaba a punto de dar un paso adelante y tomar cartas en el asunto cuando la profesora se cruzó de brazos. Miraba a la chica como si fuese un insecto con una rabieta.

—Primero, no vas a entrar —respondió sin alzar la voz—. De hecho, no solo no vas a entrar, sino que vas a buscar ayuda profesional para desengancharte. Yo misma te diré a dónde tienes que ir y con quién debes hablar…

—¡Yo no estoy enganchada! No necesito ningún tipo de ayuda, solo quiero hablar con Albert —insistió la mujer visiblemente nerviosa—. Aclararemos las cosas. Sé que podemos hacerlo.

—No. No lo haréis y lo sabes —aseguró la profesora—. Dime algo, Isabel. ¿Cuándo fue la última vez que disfrutaste de un café o te sentaste a leer un libro?

La inesperada pregunta cogió por sorpresa a la humana, distrayéndola de su obsesión.

—¿Qué?

—¿Cuándo fuiste de compras por última vez? ¿O a la peluquería? —Insistió y fue curioso ver como la chica perdía un poco de fuelle—. No puedes recordarlo, ¿verdad? Y, sin embargo, son cosas que hacías a menudo…

Y la profesora debía saberlo, a juzgar por la seguridad con la que lo decía.

—No es fácil ver las cosas cuando se tiene delante una cortina de niebla que parece cubrirlo todo —mencionó y acto seguido se inclinó sobre el mostrador—. Toma. Esta es la dirección y este es el nombre de la persona a la que tienes que buscar. Puedes ir cuando te sientas preparada…

La chica se quedó mirando la tarjeta que le tendía y sacudió la cabeza.

—No. No lo necesito. Él no lo ha entendido, Beatrix. Es todo un malentendido. Hablaré con él y…

—No, no lo harás —negó y acabó por introducir la cartulina en el bolsillo de la camisa de cuadros que llevaba la chica—. Hazme caso y ve al lugar de esa tarjeta. Te aseguro que allí encontrarás más respuestas de las que yo o cualquiera podamos darte.

—¡No quiero tus putas respuestas! —La mujer volvió a sulfurarse. Parecía subida en una montaña rusa de emociones, cada cual más intensa que la anterior, y no era una buena señal—. ¡Albert! ¡Sé que estás ahí! ¡Sal!

—Isabel… —Vio a la profesora pidiendo calma con las manos, pero tenía claro que la exaltada humana no estaba por la labor de escucharla—. Por favor. No hagas esto…

—¡No me toques, perra! —chilló y se lanzó hacia ella con tal velocidad, que ya estaba viendo a ambas mujeres en el suelo cuando la profesora reaccionó y la inmovilizó sin demasiado esfuerzo.

—¡Cálmate! —Alzó la voz con tal contundencia que era imposible que no la oyese—. No quiero tener que llamar a las autoridades, Isabel, pero lo haré si no te comportas.

—¡Necesito verle! ¡Sé que está ahí! ¡Solo quiero que me lo diga a la cara! —Los gritos fueron cambiando gradualmente a sollozos desesperados—. ¿Por qué me ha hecho esto? ¿Por qué?

Decidiendo que ya había visto suficiente, entró en la recepción y miró a ambas mujeres como si acabase de llegar y se encontrase de casualidad con semejante escena.

—¿Hay algún problema por aquí, señorita Coulter?

Las mejillas de la mujer se encendieron enseguida, abrió los ojos con visible sorpresa, pero se sobrepuso con rapidez.

—No, ninguno en absoluto —respondió sin vacilar siquiera.

Enarcó una ceja y miró a la chica que todavía inmovilizaba con cierta ironía.

—¿Está segura?

Su sonrojo aumentó aún más, su agarre sobre la agresora se aligeró y esta se libró, dando un paso atrás.

—Sí, Isabel ya se iba —declaró y miró a la chica, cuyos ojos estaban ahora clavados en él —. ¿No es así?

El color iba desapareciendo paulatinamente del rostro femenino. Sin duda no esperaba encontrarse con él allí, ni con nadie que pudiese suponer una verdadera amenaza. Falon se dio cuenta en ese momento de algo en lo que no había reparado, y era la juventud de la presunta donante. Era consciente de que los humanos poseían una fragilidad particular. En algunos casos podían aparentar ser más jóvenes de lo que eran en realidad y quizá fuese el de esta muchacha. Con todo, dadas las restricciones de edad de los protectorados, sabía que no había una sola posibilidad de que tuviese menos de veintiuno.

—Yo… —balbuceó ahora la muchacha sin quitarle la mirada de encima.

—Deberías irte a casa —terminó él por ella, entonces entrecerró los ojos sobre el bolsillo de la camisa que llevaba y señaló con un gesto—. Y mañana, a primera hora, buscar ayuda en ese lugar.

La aludida dio un respingo, miró a Beatrix como si quisiera decir algo, pero pareció pensárselo mejor en cuanto él volvió a dar un paso en dirección a ambas. Había humanos que tenían una capacidad asombrosa para poner pies en polvorosa, pensó mientras la veía recular y atravesar el umbral que él mismo acababa de cruzar a su llegada.

—Joder… —escuchó resoplar a la profesora con genuino alivio—. Eso ha estado cerca.

Se volvió hacia ella e indicó a la hembra que acababa de marcharse con un gesto de la barbilla.

—Es demasiado joven para ser una *egydonor*. —No dudó en dejar patente el desacuerdo en su voz.

La mirada que le lanzó dejó entrever su irritación ante esa inesperada llamada de atención.

—No es ni será la única joven que vea en esta misma tesitura, *milord* —replicó con voz firme y seca—. Isabel supera la edad límite para ser voluntaria, al igual que muchas de las mujeres y hombres que han frecuentado Icor House en los últimos años. La administración del centro ha sido deficiente, en el mejor de los casos, y una completa chapuza en el peor. Estamos haciendo lo que podemos para… subsanarlo, pero no es fácil. Ni tampoco rápido. Lamentablemente, carezco de una varita mágica para arreglar las cosas con un solo toque.

Enarcó una ceja ante su tono.

—Solo era una apreciación por mi parte, profesora —le dijo entre sorprendido y divertido por esa inesperada defensa—. Si la señorita estaba vinculada a un contrato, hay otra parte a la que se debería tener también en cuenta.

—Y esa parte es la que ha tenido los huevos necesarios para comunicar lo que estaba pasando y así hacer algo para solucionarlo —masculló en voz baja. Quizá esperaba que no le escuchase, pero su audición era muy buena—. Un jodido milagro, como no. —No habría podido sonar más sarcástica ni queriendo.

—¿Y los conserva? —preguntó en voz alta, haciendo que ella lo mirase.

—¿Disculpe?

—*Los huevos* —repitió y le dejó claro que la había escuchado a la perfección. El ligero sonrojo instalado en las mejillas de la mujer se intensificó—. Acabo de constatar que es muy capaz de reducir… a su oponente.

Ella bufó en respuesta.

—Me limito a resolver aquello que está a mi alcance, *milord.* —A juzgar por su tono, no estaba muy contenta de que hubiese presenciado esa habilidad—. El resto se lo dejo a los miembros de seguridad del protectorado.

Esbozó una irónica sonrisa ante la repetición de un trato que nunca había ido ni iría con él.

—Que no la engañe mi apariencia, profesora Coulter —le dijo—. Siempre he sido y seré un soldado. No hay una pizca de *lord* en mí.

—Lo tendré en cuenta, *soldado* —replicó ella con esa particular seriedad suya—. Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

Y sin una palabra más, le dio la espalda y se marchó sin más.

Su *profesora Coulter* era una mujer intensa y complicada, una que había despertado su curiosidad y cuyas conversaciones, aun si eran breves, le resultaban de lo más estimulantes. Encuentros, conversaciones inesperadas… Poco a poco Beatriz se fue haciendo más y más presente en su día a día. Compartir la jornada con ella le había permitido conocer a la humana que no tenía problema en hacer una llave de inmovilización sobre alguien que sobrepasase los límites, o sonrojarse hasta la raíz del pelo cuando le dedicaban un inesperado piropo. No era una mujer coqueta, no le gustaba llamar la atención, pero poseía un atractivo único que estaba ahí si sabías mirar. Y era inteligente, lo bastante como para mantener una conversación estimulante y no caer en el aburrimiento.

Y luego estaban sus sonrisas. Unas que, si bien no aparecían demasiado a menudo, cuando surgían lo iluminaban todo. Sí. Ni siquiera era consciente de cómo había sucedido, pero cuando quiso darse cuenta, Beatrix se había metido bajo su piel y ya era imposible sacarla de allí.

Su mujer eligió aquel preciso momento para girarse en su dirección y levantó la mano en un enérgico saludo. Bea se había convertido también en parte de aquella comunidad, prueba de ello era que acababa de pasarse las últimas horas ayudando a las mujeres a decorar aquel enorme abeto. Era una tradición centenaria el que fueran las matronas del pueblo, así como sus hijas y nietas, las que se encargasen de engalanar el árbol en cuanto era colocado en su lugar. La habían invitado a participar el primer año en que decidió acompañarle en su viaje y desde entonces, lo seguía haciendo cada mes de diciembre.

Conocía su historia con este lugar. Él mismo le había hablado de ese instante y de la motivación que lo llevaba a mantener su palabra. Se limitó a escucharle como tantas otras veces y, cuando terminó su relato, solo dijo: *«Muy bien. En ese caso, este año te acompañaré»*.

Y así había sido hasta ahora.

La última semana la pasaron entre visitas a lugareños, comidas con unos y otros y los momentos que consiguieron robarle al tiempo para visitar el lugar, disfrutar de sus calles, su gastronomía y del mercado navideño que ya estaba en todo su apogeo.

Se reunió con ella al borde de las primeras casetas y disfrutó de la felicidad que iluminaba ese rostro querido.

—Esas mujeres son capaces de dejar a un ejército a la altura del betún —mencionó su mujer señalando el abeto por encima del hombro—. Por Dios, ¡qué energía tienen! Me siento como una anciana y soy de la edad de sus hijas.

—Tienes razones más que suficientes para estar cansada, cariño —afirmó cogiéndola de la mano—. Ha sido una semana de lo más intensa, quizá demasiado para ti.

Sacudió la cabeza e hizo volar su pelo castaño. Se lo había cortado a la altura del cuello, lo que le confería un aspecto de lo más sexy.

—Para nada. Estoy mejor que nunca —afirmó tirando de su mano para acercarle a ella y

reclamar un beso—. De verdad.

La besó en los labios y asintió.

—Te creo. —No solo confiaba en su palabra, sino que podía corroborar su estado a través del vínculo de pareja que los unía—. ¿Qué tal la experiencia esta vez?

Echó la cabeza hacia atrás y sonrió al mirar en dirección al árbol.

—Las mismas historias de todos los años y alguna nueva, pero es tan interesante escucharlas hablar de sus tradiciones que no me importa demasiado que se repitan —aseguró y añadió con picaresca—. Además, Agnes ha traído galletas caseras. Dios, si no me comí tres galletas, no me comí ninguna. Y eran enormes… Y dicho eso, ¿podemos ir a comer algo? —Señaló los puestos gastronómicos del mercadillo—. Lleva un buen rato viniendo un olorcillo a vino especiado de allí…

—Nada de vino especiado para ti este año, amor —le recordó. Ella hizo una mueca, pero no tardó en asentir con la cabeza.

—En realidad estaba pensando más bien en el codillo asado —admitió con tono inocente —. Puedo conformarme con agua como acompañamiento, la verdad.

—Sé que puedes —sonrió y le acarició el pelo, retirándoselo detrás de la oreja.

—Aunque ya te advierto que cuando volvamos a casa quiero una chimenea con todo — añadió esbozando una sonrisa de lo más tierna—. De las que hacen en esa pequeña tienda de la *calle Vaci*.

—Lo que desees, amor mío, siempre lo que desees —replicó burlón, a lo que ella contestó poniendo los ojos en blanco—. Bien, codillo asado, habías dicho… Suena bien.

—Sí, ¿verdad? —confirmó y señaló en dirección a los puestos—. Agnes dijo que su marido estaba mañana en el asador…

Lo que significaba que la mujer esperaba que les hiciesen el honor de dejarse caer por el puestecito y compartir su comida. Las gentes de Roșia eran así, siempre estaban dispuestos a abrirles las puertas y se las ingeniaban para dejar caer sus invitaciones de modo que no se viesen presionados a aceptar.

—En ese caso, visitemos a Ioan y probemos ese famoso codillo —le dijo empujándola ya delante de él.

—Bien. —Su satisfecha sonrisa fue suficiente para hacerlo reír.

CAPÍTULO 2

—El truco está en la madera y en la carne… —No había nadie más orgulloso en aquel momento que el hombre que proclamaba las bondades de su asador—. Una buena leña y una pieza de carne adecuada son fundamentales para obtener un buen asado.

—Desde luego, no hay quién le haga justicia cuando está ante las brasas, señor Ioan.

«Buen movimiento».

«Aprendo del mejor».

—Me honran tus palabras, muchacha.

—También le han gustado y mucho las galletas de su mujer —mencionó Falon—. Dele las gracias en mi nombre, Ioan. No podría haber dejado a mi esposa en mejores manos.

—Sois de los nuestros, muchacho —aseguró con rotundidad—. Y en Roșia la gente cuida a la gente.

Beatrix vio como Falon asentía, entonces sus ojos cayeron sobre el fuego. No era necesario decir nada más. Aquella gratitud se remontaba treinta años atrás, nacida del dolor y también de la esperanza. Cada una de las personas del pueblo, en especial aquellas que habían tenido relación con la mina, siempre estarían agradecidas a los arcontes que vinieron en su ayuda.

Los habitantes de Roșia procuraban no anclarse al pasado, recordaban a quienes no estaban, sí, pero vivían sus vidas con plenitud. Esa era su manera de honrar a los que ya no estaban. Era una filosofía que, sin duda, había ayudado a su marido a sobreponerse a la carga de su pasado.

—Siga cebando a mi esposa de esta manera y créame, Ioan, la tendrá aquí cada estación.

—Oye…

El hombre prorrumpió en carcajadas.

—No me importaría. Siempre hay lugar para la familia, Falon.

Él asintió y se volvió hacia ella con un guiño.

—Cuando quieras que te haga codillo, solo tienes que decírmelo, Beatrix —le dijo el hombre—. Pídele a tu marido que te traiga más a menudo, así podremos verlo también a él.

Ella se rio entre dientes.

—No me lo diga dos veces, Ioan. Con lo rico que está su asado, me veo plantándome aquí una vez al mes.

—Esa es la actitud, niña, esa es la actitud —se carcajeó el hombre.

Le correspondió con una sonrisa y se volvió hacia su arconte.

«Puedes regañarme después».

Él enarcó una ceja y sonrió.

«¿Qué has hecho que merezca un regaño?».

«Dame tiempo, amor, solo dame tiempo».

Su hombre ahogó una sonrisa y sacudió la cabeza.

Beatrix iba a decir algo en voz alta, pero escuchó la melodía de un teléfono. Era el de su marido, que, nada más sacarlo del bolsillo interno del abrigo, frunció el ceño al ver la pantalla.

—Es Ryshan…

—Cógeselo —sugirió y señaló el plato que tenía entre las manos—. Mientras hablas con él, aprovecharé para terminarme este delicioso manjar.

Él asintió y se alejó tan solo unos pasos. Buscaba algo de privacidad para mantener esa conversación, pero al mismo tiempo no quería perderla de vista.

—Ese muchacho es otro desde que apareciste en su vida —mencionó el hombre—. Bendito el día en que le encontraste, niña, bendito el día.

Se sonrojó y se sintió algo avergonzada, pero agradecida de que lo viese de esa manera.

—Él también cambió la mía —admitió deslizando de nuevo la mirada sobre su arconte, quien estaba poniendo los ojos en blanco ante lo que quiera que estuviese contándole su hermano.

Ryshan había decidido cogerse un par de semanas libres y llevarse a su pareja lejos del Bastión. La sanadora *argely* acababa de pasar por una mala experiencia y aquello parecía haber afectado a la relación existente entre ambos. No conocía los pormenores, solo lo que su arconte le comentó al respecto. El *Hijo de Brașov* había acudido a su hermano de armas para pedirle las llaves de una de las propiedades que Falon coleccionaba a fin de poder disfrutar de algo de tranquilidad lejos del bullicio del bastión.

No dejaba de resultarle tan extraño como divertido que su marido coleccionase casas. Sobre todo, porque no solían utilizarlas. Podía contar con los dedos de una mano las propiedades que había visitado en los últimos años. La vida de ambos estaba en Budapest y, aunque también hiciesen de vez en cuando alguna escapada, siempre terminaban volviendo a la torre de la *Nueva Guardia* o, como lo llamaban los chicos, el *Purgatorio*.

—¿Va todo bien? —preguntó cuando lo vio colgar el teléfono y volvió a ella.

—Rysh siendo Rysh —dijo a modo de resumen.

—¿Meroa está bien?

—Sí. A juzgar por el tono aliviado de mi hermano, ambos lo están —confirmó y le rozó la mejilla con los dedos—. Parece que al fin han superado el escollo que se había interpuesto entre ellos.

Escuchar aquello la alivió. Al final todos los Brașov eran como una gran familia, se preocupaban unos por los otros.

—Me alegro —admitió. Dejó a un lado el plato y se llevó la mano a la tripa—. Estoy llenísima. Me vendría bien caminar un poco.

—Un enérgico paseo viene estupendo para ayudar con la digestión —afirmó Ioan—. Aprovechad las horas de luz, muchacho. En esta época ya sabes que son muy pocas.

Falon asintió y le tendió la mano.

—Vamos entonces…

La tomó y ambos aprovecharon para dar un último paseo por el pueblo. Serpentearon por sus calles, disfrutaron de la tranquilidad de las zonas menos concurridas antes de volver a la plaza central para continuar disfrutando de lo que les ofrecía el mercado navideño.

Tenía que admitir que le encantaban los mercadillos de todo tipo, pero los de Navidad eran sus favoritos. Los recuerdos de niñez que más atesoraba se habían dado en ese tipo de lugares y no podía evitar cierta nostalgia al recordar algunos episodios.

—¿Bea?

Se había detenido ante una mesa llena de *«Cascanueces»* y llevaba un buen rato con la mirada clavada en aquellos muñecos de madera.

—¿Va todo bien?

Levantó la cabeza y se volvió hacia él.

—Sí, lo siento. Es… me ha venido un recuerdo a la mente al ver ese cascanueces —admitió—. Mi padre me regaló una pieza similar cuando era niña… Cuando él faltó… Ese monstruo… Las primeras Navidades que pasé bajo su techo, cogió la figura y la lanzó al fuego del hogar diciéndome que en esa casa no se guardaba la basura.

Hubo un tiempo en el que esos recuerdos la habrían sumido en un silencio sepulcral, obligándola a darles la espalda y fingir que aquello nunca habría ocurrido. Pero sí lo hizo. Su pasado era parte de quién era, en él residían los mejores recuerdos de su niñez y también los peores. Sin embargo, hoy sabía que no podía quedarse solo con los buenos, pues eran las dificultades y su manera de encararlas las que la condujeron al lugar en el que se encontraba actualmente.

Lady Beatrix Trilina Coulter, hija de Lady Evelyn Trilina y Alister Coulter. Una dama del *Lineage* por línea materna, heredera de la casa Trilina, quien prefirió seguir su propio camino convirtiéndose en profesora y dejar a un lado un mundo que solo le había traído desgracias.

La prematura muerte de su padre fue el pistoletazo de salida. Su madre, una mujer débil de espíritu y carácter —o eso pensaba entonces—, acabó por volver a casarse con el mismísimo diablo; el carnicero de la Alianza.

Ese hombre había hecho honor a su nombre. Su presunta rectitud y fanatismo no eran sino una excusa para justificar su mano suelta y la necesidad de controlarlo todo. Había sido bajo su yugo donde vio languidecer a su madre, una dama de la alta sociedad que se desvanecía día a día, quien parecía haber perdido toda alegría por la vida y se entregó a la muerte.

Una mentirosa, una consumada actriz, una mujer que cedió a la presión de la sociedad y a la de sus pares del *Lineage*. Una madre que, solo en el último momento de su vida, se arrepintió de haber abandonado a un niño del que nadie sabía nada.

A un año de cumplir la mayoría de edad y poder liberarse del yugo de su padrastro, Beatrix descubrió que tenía un hermano. Desde ese instante, su única meta fue encontrar al hijo que su madre había abandonado, lo que nunca esperó fue que el niño al que estaba buscando era medio arconte.

Daniel se convirtió en su motor, en el único motivo que tenía para salir adelante, y se aferró a él con uñas y dientes. Protegerle era su máxima prioridad, así que cuando se vio coaccionada a participar en el plan de lord Belford, el cual quería obtener una posición de poder dentro de la corte arconte, no le quedó otro remedio que permanecer callada. Por fortuna, ese episodio también cambió la vida de ambos. Su hermano al fin tenía la oportunidad de estar con otros de su casta y ella al fin pudo dejar ir parte de su responsabilidad.

Muchas cosas habían pasado desde entonces, pero la más importante de todas era haber conocido al hombre que tenía ahora a su lado. Y no es que sus primeros encuentros fueran precisamente agradables, pero con el paso del tiempo y tratándole, empezó a encontrar en él cosas que le gustaban.

Falon era el tipo de arconte que, en circunstancias normales, habría hecho que cruzase la calle para cambiarse de acera. Era apuesto, vestía a la moda, pero sus ojos eran fríos, tanto que era como estar hablando con un emisario de la muerte. Si no hubiese visto como su expresión cambiaba en presencia de Sora y su voz se hacía un poco menos dura y parecía más terrenal, no se lo habría creído.

No hasta que había empezado a tener esa misma actitud con ella, solo que con sutiles diferencias.

Él solo era un guardián del *Protectorado*, alguien capaz de disuadir a quienes no aceptaban un no por respuesta y, al parecer, también con suficiente pedigrí como para que varios posibles

donantes se interesasen en él. Sin embargo, el *Hijo de Brașov* no era usuario del lugar a pesar de pasar buena parte de su tiempo en él. Los arcontes más recelosos lo buscaban a él, antes que, a cualquiera de ellos, algo que la había molestado hasta que escuchó la razón.

—Eres humana.

—¿Y?

Una sonrisa le curvó los labios, pero no los despegó. No solía mostrar los colmillos, ni siquiera al hablar. Si no fuese por el aura que lo rodeaba y su colosal tamaño, podría pasar por humano.

—Tú, mejor que nadie, deberías entender el vínculo que se forma entre un arconte y un donante. —La miró de los pies a la cabeza—. Cuando entregas tu vida, la que corre por tus venas, estás dando una parte de ti misma. Te pones en una posición vulnerable. Y esa misma vulnerabilidad se encuentra también del lado contrario. Como arconte, necesitas de la *vida que* te ofrecen para nutrirte. Aun si no lo deseas, establecer una conexión, por muy superficial que sea. Si esta unión se convierte en algo habitual, la conexión acaba volviéndose más y más profunda. Es mucho más sencillo beber de alguien de manera ocasional y sin ataduras, que arriesgarse a forjar lazos, aunque solo sean de amistad, con alguien con quien, inevitablemente, compartes algo muy íntimo.

Sacudió la cabeza y añadió:

—Los arcontes jóvenes son más propensos a las relaciones afectivas, mientras que los adultos… —Se encogió de hombros—. No queremos ver cómo alguien a quien apreciamos acaba desvaneciéndose con el paso del tiempo. Si alguno se compromete, no será a largo plazo… No a menos que encuentre en su pactado o pactada un alma afín.

Sus palabras eran tan certeras y sensatas que le dio vergüenza no haberse dado cuenta por sí misma. Falon hablaba desde la experiencia, pero también desde la amargura. Este arconte tenía motivos más que suficientes para despreciar a los humanos, para verlos tan solo como ganado, pero en vez de eso acababa de exponer la fragilidad humana como algo de valor y no una cosa que debiese ser explotada.

Y esas mismas palabras la llevaron también a preguntarse si él sería de los que no deseaban comprometerse a largo plazo. O no querían hacerlo en absoluto.

Por primera vez en semanas lo miró como el arconte que era, dejó a un lado al hombre elegante y atractivo y vio en él cosas que se le habían escapado.

Para cualquier ojo inexperto habría pasado desapercibido, pero su medio hermano, Daniel, era arconte y ya se había llevado un buen toque con respecto a sus *«necesidades»* por parte de Orión.

Tenía que admitir que no le gustaba que le señalasen sus faltas, pero en esa ocasión no le había quedado otra que tragarse el orgullo y aceptar que había cosas que escapaban a su conocimiento y que solo podía dar las gracias de que él tuviese a su propio pueblo más que dispuesto a ayudarle. El ejecutor de la corte arconte podía ser un hombre hosco y de pocas palabras, pero era un buen tipo. Su hermano había terminado bajo su tutela y ella sabía que era lo mejor que podía pasarle a Daniel.

Así que gracias a ello también aprendió a detectar cosas que antes había pasado por alto.

—¿Cuándo fue la última vez que bebiste? —Fue directa al grano.

—¿Disculpa? —La pregunta pareció cogerle por sorpresa.

Entrecerró la mirada y lo observó unos segundos con detenimiento.

—Conozco la sed de vida y sé cómo se ve en los ojos de un arconte que ha pasado más tiempo del adecuado sin alimentarse. Y no quiero a uno de vosotros por aquí en esa situación. —

No iba a andarse con rodeos—. Así que, bebe o márchate de mi protectorado.

Tenía que haber perdido un tornillo para hacer esto, pero por algún motivo no quería que ese hombre padeciese. Se arremangó y adelantó el brazo, ofreciéndole la muñeca desnuda.

—Te la entrego libremente y no quiero nada a cambio.

Falon dejó escapar una repentina carcajada. Nunca lo había visto reír y, por Dios, resultaba devastador. Si ya era atractivo de por sí, cuando se quitaba la máscara del soldado letal, lo era incluso más.

Y sí, se estaba riendo. A carcajadas, de hecho. Beatrix se encontró luchando con las ganas de atizarle con algo, pero la culpa era toda suya por haberse ofrecido de esa manera.

—Cuando termines de reírte, puedes aceptar mi oferta o largarte y no volver a poner un pie aquí.

Esos ojos verdes cayeron sobre ella, sus colmillos asomaban bajo sus labios y juraría que la mirada le brillaba de manera particular. Entonces, para su sorpresa, le cogió la muñeca entre los dedos con exquisita suavidad y le rozó el pulso con el pulgar.

—Eres una mujer tan extraña como valiente para hacerle tan generosa oferta a alguien como yo —aseguró y añadió—. Y muy observadora, he de añadir.

—Sí o no —insistió mirándole a los ojos—. Y reitero que no quiero nada a cambio.

—Sería muy fácil decir que sí, aceptar tu falta de egoísmo y nutrirme de tu vida, pero mi honor me dicta darte algo a cambio.

—Te he dicho que no quiero na-

La silenció posando dos dedos sobre sus labios.

—No tengo mucho de verdadero valor, salvo mi lealtad. Si me alimento de tu vida, contarás con mi lealtad y mi amistad, si crees que pueden servirte para algo.

Su lealtad podía ser útil para quien desease poseer a alguien, pero su amistad… Solo el que carecía de amigos sabía cuán preciado podía ser ese regalo.

—¿Serías… mi amigo?

—Mientras no me pidas que te pinte las uñas o alguna rareza semejante…

Se lo quedó mirando.

—Era broma —afirmó al tiempo que se llevaba su mano a los labios y le daba un beso allí donde le latía el pulso—. Sería todo un honor contarte entre mis amistades —declaró con suavidad, entonces añadió—. Acepto tu invitación y te doy las gracias, *Beatrix*.

Esa fue la primera vez que la llamó por su nombre, *no profesora Coulter*, un momento que, sin saberlo, cambiaría su vida para siempre.

—*¿Bea?*

Lo miró, parpadeando para dejar atrás el pasado y concentrarse en el presente y en el hombre del que se había ido enamorando poco a poco. Falon le había dado aquello, le había ofrecido una amistad sincera, escuchándola, riendo con ella, soportando cada una de las tormentas que azotaban su vida. Y mientras lo hacía, se iba dando un poco de sí mismo, permitiéndole ver al hombre noble que había más allá de ese aspecto elegante.

Conoció a la bestia, pero no la temió. Entendió ese salvajismo y le dolió saber por lo que tuvo que pasar. Era consciente de la historia existente entre Sora y él, una que vivía en forma de cicatrices en los cuerpos de ambos.

Él era sus cicatrices y pesadillas, así como sus trajes y ese aspecto de hombre elegante y refinado que había adoptado para recordarse a sí mismo que era un arconte y no un animal salvaje. Era el tipo que lo había perdido todo, que buscó venganza y encontró tortura, el que atravesó el infierno y regresó al mundo de los vivos. Era el soldado que fue indultado, junto a sus

hermanos de armas, a pesar de atentar contra aquello por lo que hoy darían la vida. Y, por encima de todo, era el arconte que volvía cada año, por estas fechas, para cumplir su promesa. Era su Falon, a quien amaba con toda su alma y con el que había decidido arriesgarse a compartir el futuro.

—Te quiero. Mucho.

Él sonrió.

—Y yo a ti, vida mía.

Sí. Sabía que así era. Aunque no fuese un hombre que lo mostrase con palabras, se lo hacía saber de miles de maneras distintas. Y a veces un gesto era más que suficiente. No necesitaba nada más para saber que le pertenecía del mismo modo que ella a él.

Y es que era suya. Lo supo incluso antes de darse cuenta de que quería mucho más de ella que esas largas conversaciones de las que ambos disfrutaban, de que con él podía permitirse ser ella misma.

Por aquel entonces ya era oficialmente su Pactada, mantenían un contrato legal y también una relación algo más clandestina. Ambos lo habían decidido así a fin de respetar sus tiempos, pero estaba claro que solo había un posible camino…

—Te he echado de menos… —Le había confesado por aquel entonces. No era de las que ponían sus sentimientos en palabras, pero su ausencia en esos días la había hecho más consciente que nunca de lo que ese arconte significaba para ella—. No me malinterpretes, es solo que me he acostumbrado a nuestras charlas y…

Él la había acallado con un beso, pero no se contentó con acariciarle los labios, su intención era devorarla por completo y no pudo poner pega alguna a ello.

—Lo siento —le dijo él uniendo su frente a la suya—. No estaba listo para volver a querer a alguien de esa manera. Ni siquiera sé si podré hacerlo algún día, pero quiero intentarlo, Bea, necesito ver a dónde nos lleva esto que ya hay entre nosotros —admitió mirándola a los ojos. En ellos se reflejaba la incertidumbre, pero también el deseo, uno muy profundo—. ¿Lo intentarías conmigo?

Esa pregunta cambió su vida por completo.

—Serás tonto —le había dicho en respuesta al tiempo que asentía—. No eres el único con dudas, Falon, yo ni siquiera sé si estoy… haciendo lo correcto. Si puedo aspirar a que lo que hay entre nosotros sea algo más que lo que ya tenemos, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

Y él también lo estaba. Ambos llevaban a sus espaldas un considerable equipaje. La vida no había sido precisamente amable con ellos, pero al igual que él, Bea estaba más que dispuesta a arriesgarse y ver hasta dónde podían llegar.

Ese fue su punto de partida, uno que los había unido hasta el día de hoy y que seguiría haciéndolo por el resto de sus vidas.

Amigo, marido, amante… Falon cumplía todas las premisas, era su mundo entero y la vívida confirmación de que incluso alguien como ella podía llegar a encontrar el amor.

—¿Te importa si damos otra vuelta? —preguntó, volviendo al presente y al hombre frente a ella. Señaló con un gesto los puestos navideños a modo de sugerencia.

—¿Sigues con hambre? —Su sorpresa era genuina y la hizo reír.

—No —sacudió la cabeza—. Esta vez solo quiero buscar un regalo…

—¿Para nuestro futuro sobrino o para su madre?

Desde luego, la conocía muy bien.

—¿Para ambos? —Se hizo la inocente.

Él le sonrió.

—Habrá que encontrar algo también para las hijas de Radu —le recordó. Ahora eran dos más en la creciente familia Brașov.

—Están las primeras en mi lista —le aseguró. Sin duda, su llegada había supuesto un gran cambio y solo era el principio—. Me alegro tanto de que decidieran dar el paso…

Si bien Miruna y Radu eran bastante reservados con respecto a su vida privada, entre los *hijos de Brașov* no solía haber secretos, así que sabía que Falon estaría al tanto de ello.

—Les sienta bien la paternidad —mencionó su marido mirándola con ternura.

—A ti también te sentará bien —aseguró y vio la respuesta en los ojos verdes de su marido.

Ese era sin duda su secreto mejor guardado hasta ahora, uno que pronto tendrían que desvelar a los suyos.

Beatrix se llevó la mano al vientre en el que se gestaba su hijo o hija. Todavía no podía creer el pequeño milagro que crecía en su interior. Había llegado sin avisar, sin planearlo siquiera, pero la felicidad que los embargó ante la noticia era completa.

Y pensar que fue su propio marido el primero en darse cuenta.

Sonrió al recordar ese instante en particular.

—¿Qué se te está pasando ahora por esa cabecita?

Su sonrisa se amplió

—Me estaba acordando del momento en que nos dimos cuenta de que íbamos a ser padres —admitió con dulzura. Esa fue la primera vez que lo vio llorar. Jamás olvidaría esa mirada de esperanza y alegría en el rostro de Falon, pensaba atesorarla durante el resto de su vida—. Desde luego, los arcontes sois más efectivos que una prueba de embarazo.

Su marido rompió a reír.

—Solo tenemos los sentidos más desarrollados, amor, pero estoy lejos de ser infalible —admitió risueño.

—Pues acertaste de pleno —aseguró bajando la mirada sobre su tripa—. ¿No es así?

Los brazos masculinos la rodearon desde atrás, las manos grandes cubrieron las suyas, arropando a su futuro hijo.

—Es difícil no hacerlo cuando te llevo dentro de mí —admitió besándola en la mejilla—. Tú y nuestro hijo sois el mayor regalo que me ha hecho la vida, Bea —le susurró al oído—. Gracias por no tirar la toalla conmigo.

Ladeó la cabeza y lo miró.

—Es un placer, arconte, es un placer.

—Supongo que ya es hora de que compartamos esta felicidad con los demás, ¿no te parece?

Asintió con rotundidad.

—Me ha costado un mundo no poder compartirlo con Sora —admitió. Si bien tenía muy buena sintonía con todas las mujeres Brașov, la pelirroja era como una hermana para ella—. Se va a poner a chillar. Lo estoy viendo.

—No me oirás decir lo contrario, cariño —admitió con una mueca. Si alguien conocía bien a la chica, ese era Falon.

—Será un regalo de Navidad que ninguno se espera —aseguró pensando en cómo se habían dado las cosas este último año—. La familia Brașov está creciendo…

—Eso parece, amor mío, eso parece.

Y no podía estar más feliz por ello, pensó, pues eso quería decir que su hijo tendría tíos, tías y primos que lo acompañarían durante toda su vida y jamás estaría solo.

—Hagamos esas compras y volvamos a casa —pidió levantando la cabeza para mirar a su compañero—. ¿Te parece?

Falon no dudó en asentir.

—Nuestra labor aquí ya ha terminado —confirmó mirando un momento en torno a ellos—. Compremos lo que quieras y regresemos.

CAPÍTULO 3

—Hogar, dulce hogar.

Falon sonrió al escuchar a su mujer. Acababa de hacerlos aparecer a ambos en el patio de armas del bastión Arconte. Una fina capa de nieve cubría el suelo, las pisadas de los habitantes de la fortaleza estaban grabadas en la nieve, pero a juzgar por la fina llovizna que caía sobre ellos, no tardarían mucho en cubrirse de nuevo. Las luces del árbol de Navidad destellaban en medio de la plaza, titilando al compás de una invisible melodía, como si les estuviese dando la bienvenida a casa.

Porque eso era en lo que se había convertido aquel lugar para ambos. En esta ciudad encontraron su propio hogar, construyendo sus vidas e iniciando un camino en común que los llevaría a ser tres en unos cuantos meses.

—Es oficial. No hay árbol que pueda competir con este —mencionó su esposa mirando el abeto que había instalado en el centro de la plaza de armas—. Creo que daría igual cuántos viese, que fuesen más grandes o extraordinarios, nada se iguala a la sensación de mirarlo y saber que estoy en casa.

Una sensación que él mismo compartía.

—Lo siento, me parece que me estoy volviendo cada vez más casera —admitió al tiempo que se volvía hacia él—. Y que conste que adoro escaparme contigo a donde sea, pero… este es nuestro hogar.

—No hay nada que sentir, Bea —le aseguró rozándole la mejilla con los dedos—. Es nuestro hogar.

—¿Sabes? Cuando llegué aquí por primera vez, pensé que mi vida estaba a punto de terminar, que antes o después acabaría muerta, que mi hermano se quedaría solo, que no podía seguir ayudando a Keira —mencionó mirando en torno a ella—, pero en lugar de eso, encontré la libertad y un propósito para mi vida. En estas paredes me sentí de nuevo útil, que mi opinión contaba para alguien, que podía hacer algo por los demás… Mi hermano al fin estaba en casa con gente que lo entendía como yo no podía hacerlo. Keira jamás ha estado mejor, sus avances son impresionantes y yo… Yo me encontré de nuevo con Sora y finalmente te conocí a ti.

Asintió con la cabeza. Un gesto de decisión y puro optimismo.

—Este es mi sitio. En el que quiero pasar el resto de mi vida, en el que deseo que nuestro hijo o hija crezca rodeado de sus tíos y tías, de sus primos y de toda la gente que lo querrá tanto como lo haremos tú y yo —aseguró volviéndose ahora hacia él—. Este es el hogar en el que deseo que criemos a nuestro bebé.

—Ambos llegamos al bastión huyendo de un pasado que nos perseguía, amor mío, pero aquí hemos encontrado nuestro presente y sin duda es desde dónde parte nuestro futuro —le aseguró acunándole la mejilla con la mano—. Budapest también es mi hogar. Es *nuestro* hogar. No hay lugar que pueda igualársele en todo el mundo y aquí, si ese es tu deseo, criaremos a nuestro hijo.

—¿Qué he hecho yo para merecer a un hombre tan bueno y maravilloso como tú? —sonrió ella, inclinando el rostro contra su mano.

—Imagino que lo mismo que he hecho yo para merecer a una mujer valiente, inteligente y con un corazón como el tuyo —replicó bajando sobre su boca para reclamar un beso—. Estar en el lugar y momento adecuado para cruzarme en tu camino.

—Sí, sin duda ha tenido que ser eso —corroboró derritiéndose entre sus brazos.

Y bendito momento, se dijo a sí mismo mientras la abrazaba y disfrutaba del calor de su cuerpo. Aunque el interludio resultó más breve de lo que le hubiese gustado, ya que estaban a punto de ser interrumpidos por la pareja que entraba en la plaza de armas.

—Tenemos compañía… —le susurró a su esposa.

—¿En serio?

Falon sonrió y acto seguido recibieron un:

—Buenas noches, chicos.

—Buenas noches —saludó él al tiempo que se volvían para ver a Cadegan en compañía de su embarazada esposa.

—¿Ya estáis de vuelta? —inquirió su hermana. Sora iba del brazo de su marido, sin duda para mantener el equilibrio sobre el nevado suelo. El embarazo le confería un aspecto brillante. Se la veía llena de luz y felicidad, lo cual era un regalo en sí mismo—. ¿Os ha dado tiempo incluso para ir de compras?

—Ya sabes que yo me organizo que es un primor, Sora —afirmó Beatrix con una risita al tiempo que le entregaba las bolsas a él y bajaba la mirada sobre el vientre abultado que no podía disimular el abrigo—. ¿Cómo está mi sobrinito?

—Pues dando patadas como un burro —afirmó ella, resbalando las manos enguantadas sobre la tripa—. Creo que sabe cuándo sus tíos favoritos andan cerca.

—No digas eso delante de Rysh, le romperás el corazón —le soltó Cadegan, haciendo que ambos se riesen por lo bajo.

—Rhysan es el *tío loco* de nuestro hijo —le respondió su esposa—. Si el día de mañana alguien se mete con él, solo tendrá que amenazarles con su tío Rysh.

—Eso, si su padre no se encarga antes… —mencionó Falon conteniendo su diversión.

—*Um*. Sí, lo veo, ya lo creo que lo veo —asintió Beatrix con una risita.

—Entonces, ¿todo bien por Roșia? —preguntó Cadegan poniendo punto final al chascarrillo.

—El pueblo sigue creciendo —le dijo—. Se han acometido algunas reformas y las familias prosperan.

—Y siguen teniendo el mejor codillo del mundo —anunció su propia esposa—. Se deshace en la boca…

—Codillo asado, un vaso de vino caliente… —canturreó Sora—. Esas viandas llevan mi nombre.

—Nada de vino para ti en tu actual estado —atajó Cadegan mirando a su mujer.

—Ni para Bea —comentó de manera automática, lo que hizo que su esposa pusiese los ojos en blanco.

—Todavía me debes esa *chimenea* rellena, Falon —declaró ella al tiempo que se volvía hacia la pareja, la cual se la había quedado mirando con cierta suspicacia. Sus mejillas se sonrojaron, esbozó una pequeña sonrisa y se llevó la mano a la tripa plana antes de decir—. Supongo que nos habéis pillado. ¡Sorpresa!

Sora jadeó, abrió los ojos como platos y miró a su amiga de la cabeza a los pies.

—No. ¿Estás de broma? —preguntó volviéndose ahora hacia él—. ¿Lo está?

—¿De broma? No —admitió con sencillez y miró a su esposa, la cual parecía bastante

azorada a la par que divertida.

—Bueno, esto sí que es una agradable sorpresa… —aseguró Cadegan con una perezosa sonrisa curvándole los labios—. Enhorabuena, hermano.

—Oh. —Sora empezó a dar saltitos en el lugar—. ¡Oh, oh, oh, oh!

—¿Ya vuelves a hacerte pis? —Si no fuese todo tan bizarro, Falon se reiría de la inesperada pregunta de su amigo. La chica se limitó a arrearle un guantazo en el brazo y volvió a depositar toda su atención en su amiga.

—¿Lo estás? —Su pregunta fue dirigida a Beatrix, quien asintió.

—Oh, joder —jadeó y se giró también hacia él—. ¿Voy a ser tía?

—El próximo verano, si todo va bien… —corroboró.

—Irá bien. No dejaremos que sea de otra forma —le prometió Cadegan posando la mano sobre su hombro de manera fraternal—. Estaremos ahí para vosotros, hermanito. Siempre.

Solo pudo asentir sabiendo que así sería. Sus hermanos siempre estarían ahí para apoyarle y sostenerle cuando el suelo se abría bajo sus pies.

—¡Ah! ¡Voy a ser tía! —Sora abrazó a Beatrix y ambas se echaron a reír—. Oh. Esta está resultando ser la mejor Navidad de todas.

—Una en la que no paran de suceder cosas buenas —admitió su hermano mirando ahora a la futura madre—. Felicidades, Bea.

Su esposa, todavía abrazada a su amiga, asintió en respuesta.

—Gracias, Cade —Su mirada voló sobre él y Falon se la sostuvo—. Ha sido inesperado y sé que será toda una experiencia, pero estamos muy felices, ¿verdad?

—Nunca he estado tan feliz de algo, amor mío —confirmó recuperando a su mujer de los brazos de su mejor amiga—. Será una experiencia que afrontaremos juntos.

Sus vidas estaban a punto de cambiar, de eso no había duda, pero era uno que ambos esperaban con ansia y felicidad.

Padre. Por primera vez en su vida iba a tener una nueva responsabilidad que lo emocionaba tanto como lo aterraba. Si bien había estado alrededor del príncipe desde su nacimiento, sus responsabilidades para con él terminaban en el momento en que pasaba a los brazos de sus padres. Algunos de sus hermanos habían enfrentado tal obligación antes, pero para él sería la primera vez.

«Lo harás bien, Falon». Escuchó a Cadegan en su mente y lo buscó con la mirada para encontrarse con un breve asentimiento de cabeza.

«Esta será tu tercera paternidad». Le recordó. *«Me llevas ventaja»*.

«Y te puedo asegurar que estoy igual de nervioso ahora que cuando Tatiana esperaba a nuestra primera hija. O más aún». Lo oyó confesar. *«No imaginé que el destino me tuviese reservado semejante regalo, pero solo puedo dar gracias porque así sea»*. Esbozó una particular sonrisa. *«Disfruta de estos primeros momentos de calma, hermanito, porque después todo será una locura»*.

—Mierda. Me hago pipí. —Las palabras de Sora lo sacaron momentáneamente de su conversación.

«¿Ves a lo que me refiero?».

—Te juro que siento que mi vejiga encoge por momentos —aseguró su hermana, empezando a balancearse de un pie a otro—. Vale. Es una urgencia y no puedo ignorarla, pero tenemos que celebrarlo. —Los señaló a ambos—. ¿Nos vemos por la mañana, Bex? Necesitaré tu ayuda para terminar de decorar…

—La decoración puede esperar, tú no —anunció Cadegan.

—Es verdad —dio un saltito y le tendió la mano—. Llévame o me lo hago encima.

Su amigo sacudió la cabeza.

—Buenas noches, chicos —se despidió mientras le ceñía los dedos.

—¡Hasta mañana! —añadió su hermana bailando sobre un pie—. ¡Y enhorabuena otra vez!

Un parpadeo después, ambos habían desaparecido, dejándolos de nuevo solos.

—Y esa es Sora siendo Sora —mencionó Beatrix antes de romper a reír.

Su risa era una de las cosas que más le gustaba de esa mujer, quizá porque no la escuchaba muy a menudo. Su mujer podía sonreír, mostrarse alegre, pero le costaba dar rienda suelta a sus emociones. Y lo entendía, la forma en la que se crio, en que tuvo que enfrentarse a la vida, la habían hecho precavida, así que esa risa era un tesoro.

—Te quiero —le dijo en voz alta. Dos palabras que no pronunciaba tan a menudo como debería. La sonrisa aumentó, pero fue la ternura que reflejaban sus ojos la que lo derritió por completo—. Cada día de mi vida es mejor gracias a ti. —Bajó la mirada a su plano vientre y posó la mano allí donde estaba creciendo su hijo—. Gracias por no dejarme nunca solo, por caminar a mi lado y hacerme el hombre más dichoso al convertirme en padre.

Beatrix no dijo nada, se limitó a abrazarle. Su cuerpo más pequeño pegado al suyo, los brazos envolviéndose en torno a su cintura mientras apoyaba la mejilla en su torso.

—Siempre estaré ahí, Falon, sin importar lo que nos depare el destino, siempre estaré tan cerca que sabrás que estoy aquí —le ciñó y levantó la cara para decirle—. Te quiero muchísimo, arconte, y estoy deseando recorrer esta nueva etapa de nuestras vidas juntos. —Levantó las manos y le acunó el rostro entre los dedos—. Feliz Navidad, mi arconte.

—Feliz Navidad, amor mío.

No hacía falta añadir nada más, se inclinó hacia delante y unió sus labios a los de ella en un cálido beso lleno de todo su amor.

PAREJA BRAŞOV 4



GRIGORE
& MELINA

CAPÍTULO 1

—¿Sigues pensando que esa panda de snobs no terminarán por extinguirse ellos solos?

Melina se volvió a mirar a su marido e hizo una mueca. Ella misma había tenido ese pensamiento a lo largo de la noche.

—Lo raro es que no lo hayan hecho ya —admitió al tiempo que se deshacía de los zapatos de tacón. En cuanto sus pies descalzos tocaron el piso de madera, suspiró de alivio—. Al fin en casa. Media hora más allí y cometería un crimen.

—Eres demasiado educada como para perder los estribos de esa manera, amor. Yo, por otro lado…

Sonrió ante la réplica de su compañero. Grigore Funar podía ser muchas cosas, aunque no alguien que perdiese los estribos. Su sanador era un hombre paciente, y sí, también letal, pero poseía la frialdad de un soldado, estaba acostumbrado a analizar la situación y pensar antes de actuar.

Había sido así desde que podía recordar y dado que esos recuerdos se remontaban a cuando solo era una niña, podía hablar con propiedad. Grigore era el hijo de una de las sanadoras de la

Primera Tribu y estaba al servicio del padre del actual rey. A pesar de que pertenecían a dos mundos distintos, su familia nunca le prohibió hablar o relacionarse con alguien de fuera del *Magas Kör*. Ellos eran de los pocos arcontes de la alta sociedad que ponían por delante la lealtad al rey antes que el posible pedigrí.

Se hicieron amigos y crecieron juntos como lo harían dos jóvenes cualquiera. Al llegar a la edad que se consideraba adulta para un arconte, sus caminos se separaron, mientras ella siguió los pasos de sus padres y se cultivó como una dama de la alta sociedad, él eligió el camino del soldado, lo que los llevó a continuar sus vidas por separado y concentrarse en sus nuevas responsabilidades.

A pesar del paso de los años, siguieron viéndose de vez en cuando y aquella relación infantil del principio acabó mudando con la edad. Sin embargo, nunca llegó a consolidarse en algo serio, ya que Grigore terminaría conociendo a Evarie, la humana de la que se enamoró y con quien terminó contrayendo matrimonio.

No volvió a verle hasta hacía unos años y por entonces ya se le conocía como uno de los infames *hijos de Braşov*. Uno de los muchos damnificados de la masacre ocurrida hacía treinta años, quien, al igual que sus hermanos de armas, habían decidido buscar justicia por su propia mano.

Sus actos, entonces y durante la guerra, acabarían por convertirlos en parias, en traidores a la corte, solo para encontrar el indulto a manos de la misma mujer a la que tenían pensado derrocar; la reina humana de los Arcontes.

Fue ella quien decidió perdonarles y les dio al mismo tiempo un motivo para volver a casa, al lugar al que pertenecían.

Todavía se estremecía cuando pensaba en todo lo que le había ocurrido a su sanador. A menudo rememoraba sus palabras mientras le hablaba de su pasado, de la vida que llevaba hasta que ella se apareció en la puerta de su *suite* y le pidió que lo acompañase.

Lo recordaba como si fuera ayer. Se había pasado una buena hora debatiendo consigo misma si detenerse o no delante de su puerta. Y cuando al fin se decidió, se presentó allí y levantó la mano para llamar, la puerta se abrió de golpe.

—Eh. Hola. Yo… —Se había quedado sin palabras nada más verle con aquel uniforme de gala, listo para salir—. ¿Sales?

Era una pregunta estúpida y lo sabía, pero allí estaba él, recorriéndola con la mirada.

Si bien se habían visto desde su llegada al bastión e incluso retomaron el contacto charlando y acercándose como antaño, esta era la primera vez que lo buscaba por iniciativa propia.

—Me esperan para la ceremonia de investidura del nuevo maestro —le dijo saliendo al pasillo y cerrando la puerta detrás de él—. ¿Ha ocurrido alguna cosa? ¿La reina está bien?

La pregunta la cogió por sorpresa, aunque en cierto modo tenía sentido que se interesase por su majestad, ya que era una de sus damas.

—¿Qué? No. Digo sí. Ionela está perfectamente. La reina ya ha salido para el *Palacio de Sangre* —afirmó de manera atropellada. Estaba al tanto de la investidura de un nuevo maestro arconte—. Se me olvidó que tú también formas parte de la comitiva. No sé dónde tengo la cabeza últimamente. En fin. Perdona. Yo. Hablaremos después.

Si es que encontraba de nuevo el valor para buscarlo y pedirle aquello por lo que se había presentado aquí en primer lugar. Demonios, era mejor que diese media vuelta y se fuese antes de hacer más el ridículo.

—Mel, ¿qué ocurre? —La mano de Grigore terminó sobre su mano, impidiéndole marchar

—. Vamos. Dímelo.

Dejó escapar un pequeño suspiro y se volvió por completo hacia él. *O ahora o nunca.*

—Necesito pedirte un favor —le dijo mirándole a los ojos—. ¿Serías mi acompañante en la reunión anual del *Magas Kör*? —Notaba el calor en las mejillas, pero necesitaba pedirle aquello—. Sé que no te gustan estas cosas y tienes todo el derecho a negarte, pero… No quiero estar sola en medio de un campo de minas.

Y eso es lo que iba a ser aquella celebración, sobre todo si le tocaba lidiar a ella con los invitados.

—Eso quiere decir que prefieres que estallemos los dos si pisamos alguna, ¿no? —replicó con tranquilidad, haciendo que ella abriese la boca, pero la cerró en cuanto se dio cuenta de que bromeaba.

—Necesito a un amigo y no me sobran —admitió con un ligero encogimiento de hombros —. Y te juro que, si pudiese darles plantón, lo haría. Pero soy la *Alta Dama* de la reina y, por ende, se espera que asista también en su representación.

—¿Y Magnus? —Su hermano solía acompañarla a esos eventos, o al menos había sido así en el pasado, así que entendía que preguntarse por él.

—Se ha enamorado —declaró con un bufido—. Y solo tiene ojos para ella. Es una de las hijas del *Magas Kör*, una chica encantadora, la verdad. Pero estar cerca de ellos es… Insufrible. —Él sonrió en respuesta mientras ella continuaba—. Y mis padres ni los nombres. Han desertado para irse a pasar las Navidades a Hawái.

—Así que soy tu última opción —chasqueó él.

—No. Eres el único en el que confío lo suficiente como para que me saque de allí si decido retorcerle los huevos a alguien —admitió con absoluta rotundidad—. Estos últimos dos años al lado de la reina me han hecho ver… las cosas de otra manera. Se me acabó la diplomacia con según qué miembros del *Magas Kör*.

Su estancia en la corte había fortalecido su carácter, de eso no le cabía duda. Ya no era la damisela en apuros que él conocía, ahora era una arconte más que capaz de abrirse paso a través del infierno si era necesario.

—Te propondré algo —le dijo atrapando su atención—. Seré tu acompañante en la recepción del *Magas Kör* si tú accedes a ser la mía en la fiesta de Navidad de la reina.

La sorpresa bailó en sus ojos y una ola de alivio y emoción la barrió.

—Dalo por hecho —aceptó tendiéndole la mano—. Seré tu acompañante en la fiesta de Navidad y prometo sacarte de allí cuando quieras retirarte.

Su sonrisa se hizo más evidente, le cogió la mano y, tras estrechársela, se la llevó a los labios.

—Me aseguraré de recordártelo —le dijo acariciándole los nudillos con los labios—. Bien. Parece que tenemos un trato.

—Lo tenemos —asintió ella recuperando su mano y dando un prudente paso atrás—. No te entretendré más tiempo. Podemos hablar después de los pormenores.

—¿Cenando? —Sugirió él cogiéndola por sorpresa—. Así podremos charlar sobre los viejos tiempos.

Se ruborizó un poco más, pero asintió.

—Me encantaría.

—Te buscaré cuando termine la ceremonia —le informó y señaló el pasillo—. Te acompaño abajo.

—Gracias —aceptó y se vio obligada a añadir—. Por todo, Grigore. De verdad.

Él negó con la cabeza y se inclinó lo justo para que sus rostros se acercasen.

—Siempre estaré a tu disposición cuando me necesites, Melina, siempre —afirmó y se dio cuenta de que no eran solo las palabras de un viejo amigo. Podía reconocer el interés de un hombre sobre ella cuando lo veía y Grigore parecía genuinamente interesado.

Él la había acompañado a la fiesta tal y como le prometió y Melina le correspondió yendo como su pareja a la recepción navideña del palacio. Y había disfrutado de su compañía en ambas ocasiones, tanto así que acabaron viéndose y quedando más a menudo hasta que se hizo evidente que entre los dos estaba surgiendo algo que iba más allá de la amistad.

—Recuérdame que el próximo año me invente una excusa convincente y les démos plantón —pidió—. Si tengo que seguir poniendo cara de idiota y sonreír como si me interesara lo que dicen, no puedo prometer que siga comportándome igual que una dama.

—Eres a todas luces, la representación más alta de la corte arconte en ausencia de la Reina —le recordó su marido—. Piensan que, si están a bien contigo, serán tenidos en cuenta…

—A su majestad le importa incluso menos que a mí lo que digan ese atajo de inútiles —resopló y añadió—, pero están las jodidas tradiciones y esos cabrones esperan la más mínima oportunidad para quejarse.

—¿Han insistido otra vez en la presentación oficial de la princesa?

Resopló y asintió.

—Como he dicho, apelan a las *tradiciones.* Ya lo hicieron con el príncipe Velkan. Esperan que la presenten al *Magas Kör* en su tercer aniversario, al igual que hicieron con su alteza.

—No sé cómo no se les quitaron las ganas después de semejante función —mencionó su marido—. Si se ponen cargantes, siempre podemos decirle a Cadegan que repita…

Se rio, no pudo evitarlo.

—No será necesario. Si Ionela consiente, tendrá a su madrina y a su padrino para dejar claro lo que les ocurrirá a quienes no adoren a nuestra querida princesa.

Grigore dejó escapar un divertido resoplido.

—Que no te quepa duda —dijo y la besó en la cara—. ¿Te preparo un baño?

—Solo si lo compartes conmigo —admitió—. Creo que necesito una sesión de mimos.

Sonrió de soslayo y asintió.

—Dalo por hecho.

Melina suspiró tan pronto como lo vio desaparecer por el pasillo. La idea de seguirle y olvidarse de todo durante un rato le parecía igual de buena que el baño, pero poder disfrutar de ese momento íntimo y tranquilo entre ellos le apetecía incluso más.

Las Navidades eran unas fechas particularmente duras para su marido. Si las cosas hubiesen ocurrido de otra manera, su primer hijo habría nacido en estas fechas. El niño que nunca llegó a conocer, pues se lo habían arrebatado junto a su primera esposa.

Si dijese que no estaba un poco celosa con respecto a Evarie, mentiría, pero había aprendido a verla a través de los ojos de Grigore y con ello a respetar su memoria. Era consciente de que esa humana había hecho feliz a su arconte en vida y solo por eso, le estaría eternamente agradecida.

Grigore era un buen hombre y un compañero cariñoso y no tenía dudas con respecto a su relación. Ambos eran arcontes, se conocían mejor que nadie y confiaban el uno en el otro tanto como podían hacerlo dos mitades de un todo.

Sí. Puede que aquel baile hubiese sido una excusa, pero sin duda les abrió el camino a ambos para poder reencontrarse, retomar una vieja amistad y dejar que esta se fuese convirtiendo en algo más.

Ambos eran como la noche y el día, no podían ser más distintos y aun así, se complementaban de una manera que jamás creyó posible.

Nunca había sido del tipo romántico, no tanto como su hermano Markus, al menos. Se tenía por una persona pragmática, sensata, pero Grigore hizo que sus ideas preconcebidas saltasen por los aires.

Cómo se había reído Ionela al verla tan confundida y desesperada. Su reina era también su mejor amiga, su hermana, la única con la que había podido hablar con libertad de todo esto. Al menos al principio. Con el tiempo, esa confianza acabó encontrándola también aquí, en la torre, con las mujeres de los otros *hijos de Braşov*.

Era extraña la alianza que se había forjado entre ellas, pero entendía que todas tenían un nexo en común, el que unía a los arcontes con los que habían decidido compartir sus vidas.

Esta era su nueva familia. Una inesperada y algo psicótica, pero a la que sabía que protegería a toda costa.

Y ahora esta estaba creciendo. Radu y Miruna habían adoptado a esas adorables niñas. Sora esperaba su primer hijo y esa misma mañana, Grigore se había encontrado con Cadegan, quien le había dado la noticia de que Falon y Beatrix iban a ser padres.

La familia Braşov crecía y, por primera vez, se preguntó si no habría llegado también su momento. Suponía que pasarse el día rodeada de niños había despertado sus instintos maternales o que quizá fuese solo el deseo de tener una familia propia.

—Tienes muchas cosas encima ahora mismo, Mel —se dijo a sí misma—. ¿Un bebé? —Sacudió la cabeza con energía—. *Nop*. Todavía tenemos tiempo, toda la vida por delante. Respira hondo y sácate eso de la mente antes de que lo capte *Don Sensitivo*.

Sonrió para sí.

—Aunque un pequeño Grigore sería… —apretó los labios y sacudió de nuevo la cabeza con energía—. O podrían ser dos. De golpe. Tengo un hermano mellizo.

Resopló. Se cubrió la cara con las manos y gimió.

—Se me está yendo mucho la pinza, demasiado.

—Mel, el baño está listo.

Dio un respingo ante la voz de su compañero, se volvió y respondió.

—¡Voy!

Sería mejor que metiese la cabeza bajo el agua un ratito a ver si así se le aclaraba.

CAPÍTULO 2

—Para que luego digan que una no puede encontrar la felicidad dentro de una bañera —suspiró Melina.

Grigore sonrió para sí y la besó en la sien. No podía estar más de acuerdo con la apreciación de su esposa. Desde luego, ellos sabían sacarle partido a la hora del baño, en especial después de una larga jornada como la de hoy.

—¿Mejor? —Le susurró al oído mientras deslizaba las manos por los brazos femeninos hasta enlazar sus dedos en los de ella.

—Mucho mejor —asintió. Su cuerpo se iba relajando poco a poco, dejando atrás la tensión de las últimas horas—. Podría quedarme así para siempre, pero sé que el agua terminará por enfriarse y yo me arrugaré como una pasa.

Se rio contra su hombro, depositando un beso sobre la húmeda piel.

—Y no podemos dejar que eso pase, por supuesto —subió a su oído y le rozó la oreja con los labios al hablar.

—Por supuesto —respondió con voz melosa, pero no se movió un solo milímetro. Estaba completamente rendida.

La recepción del *Magas Kör* a la que se habían visto obligados a asistir no había sido sino el colofón para unas intensas semanas de puro ajetreo entre las paredes del bastión Arconte. Con la llegada de diciembre, la actividad en la fortaleza se volvía frenética y a las tareas cotidianas se les unían otras extraordinarias. Hubo una época en la que había disfrutado de todo aquello, en la que esperaba con ilusión estas fechas, pero un suceso del pasado enturbió esa felicidad, convirtiéndola solo en unos días más a los que sobrevivir.

Al menos había sido así hasta que llegó a este lugar y se reencontró no solo con sus hermanos, sino con su amiga de la infancia. Melina era capaz de convertir un día gris en el más brillante de todo el año. Su presencia era como un rayo de sol, lista para eliminar los nubarrones y hacerlo sonreír con la más absurda de las ocurrencias. Ella se había convertido en su pilar más importante y en un motivo más que válido para dejar atrás el pasado y concentrarse en el aquí y el ahora junto a ella.

Volver a encontrarse después de tanto tiempo fue inesperado. Recordaba a un joven arconte, una hija del *Magas Kör*, su damisela en apuros, pero lo que encontró fue a una mujer poderosa, con decisiones propias y un cargo importante dentro de la corte arconte. Con todo, solo necesitó un par de charlas y algunos encuentros fortuitos para darse cuenta de que debajo de la mujer con la que se había reencontrado, seguía existiendo la chiquilla que recordaba, la misma que seguía viviendo en un rincón de su corazón.

El tiempo se encargó del resto y ahora eran marido y mujer, una decisión que no le costó demasiado tomar. Mel siempre estaba ahí cuando más la necesitaba. Era capaz de escuchar y también de guardar silencio, pero sobre todo tenía la capacidad de darle una patada en el culo sin despeinarse. Esa mujercita era de armas tomar.

—¿Cómo vais con la función de Navidad de la nueva escuela? —le preguntó, pues sabía que había estado esforzándose en prepararlo todo junto con Doina y Emma.

La verdad es que nunca se habría imaginado a Melina a la cabeza de un proyecto semejante, pero su esposa era la artífice de este. Una escuela para los niños del bastión. Para los críos de los trabajadores que vivían entre sus paredes y la prole arconte que había nacido en los últimos ocho años. Era una cuestión de comodidad y también de seguridad, pues entre los alumnos se encontraba su príncipe y los mellizos de Sorin, ambos herederos de las casas reales de las dos castas oscuras.

Y, por supuesto, un modelo de integración y convivencia de cara al futuro que todos ellos querían construir.

«En los últimos años hemos tenido varios nacimientos y está a la vista que con el paso del tiempo la corte seguirá creciendo en nuevos miembros. Se ha tenido que habilitar un área del palacio como guardería, pero pronto quedará obsoleta». Había expuesto en una de las reuniones que solían hacerse para tratar los asuntos de la corte. *«Tenemos niños en el bastión, pequeños de varias edades, hijos de los trabajadores. Incluso dentro del Magas Kör hay nuevos alumbramientos. Necesitamos una escuela».*

Lo que comenzó como una posible sugerencia fue madurando hasta que tuvieron sobre la mesa los planos del nuevo edificio de enseñanza y, con su construcción, llegó también la búsqueda de educadores. Tanto la corte arconte como la *Ordinis Crucis*, en representación de los intereses de la Alianza, aportaron su grano de arena, lo que dio como resultado la plantilla de seis profesores y cuidadores con los que contaban.

Por ahora el alumnado se concentraba en las áreas de infantil y primaria, pero no descartaban expandirlo hasta la secundaria con el tiempo. La idea era, no solo facilitarles educación a los niños que habitaban el bastión, sino también preparar a los vástagos de la corte para lo que se encontrarían cuando tuvieran que continuar sus estudios fuera de la seguridad del bastión.

Melina levantó la cabeza hasta encontrarse con su mirada.

—¿Alguna vez has visto a un niño pegar estrellas en el pelo de otro?

—*Um.* No.

—Pues yo sí —aseguró y añadió—. Y también echarle después purpurina, porque una estrella de Navidad tiene que brillar.

Se rio entre dientes.

—¿Conocemos al propietario o propietaria de esa brillante mente?

—Oh, sí. Lo conocemos —afirmó con rotundidad—. Y a la estrella rutilante también.

—¿Velkan y Dagny?

—Casi aciertas. Nuestro príncipe es el protagonista de la brillante idea, como no, pero la destinataria ha sido Lenci —respondió su mujer al tiempo que sacudía la cabeza—. La pobre Emma se pasó la tarde entera intentando sacar todo aquello del pelo de la niña.

La hija de Emma y Fane tenía seis años y era una de las compañeras de juegos del joven príncipe. Sobre todo cuando no estaba su otra mitad y compañero de trastadas.

—Dagny le pondría la estrella al príncipe por sombrero si se le ocurre tocarle el pelo —aseguró su mujer, visiblemente divertida—. La melliza de Stelian es la versión femenina de su padre, te lo juro. Encantadora y letal. Y solo tiene siete años.

Grigore dejó escapar un resoplido de risa.

—A Sorin le hará ilusión saberlo —admitió divertido—. Están pasando el mes en Praga, ¿no?

Su mujer asintió.

—Agda dijo que estarían aquí para la fiesta de la reina —corroboró—. Los niños actuarán

en la mañana de Navidad, así que… Será una jornada de lo más intensa.

—La familia está creciendo —mencionó pensando en la reciente noticia que le había comunicado Falon. Estaba feliz por su hermano y por Beatrix. El arconte se merecía tener al fin un poco de felicidad y sabía que la llegada de su primer vástago sin duda se la daría—. Cadegan va a volver a ser padre, Radu ha acogido a esos dos angelitos y Falon espera su primer hijo… La torre se nos queda pequeña.

—*Hum.*…

El ruidito de conformidad de Melina sonó raro, pero como si no se hubiese dado cuenta de ello, añadió.

—Ya estáis pensando en encontrar un nombre más adecuado para el edificio —chasqueó la lengua—. No podéis esperar que los niños respondan a *«¿dónde vives?»*, diciendo *«en el Purgatorio»*.

—Eso ha sido cosa de Ryshan —le recordó al tiempo que resbalaba las manos sobre el cuerpo femenino y lo atraía más contra sí—. Ahora dime, ¿qué ocurre? —La volvió entre sus brazos de modo que sus miradas se encontraron—. ¿Ha pasado alguna cosa con la función o los niños?

—No, todo va bien —aseguró y puede que por ese lado así fuera, pero había algo que no le contaba y que ni siquiera le dejaba *«ver»*. Melina no le bloqueaba de esa manera, a menos que tuviese un cabreo de tres pares de narices con él o estuviese preocupada por algo. Sabía que lo primero no era, así que tenía que ser lo segundo—. Sé que es difícil de creer cuando hay tantos niños involucrados, pero quitando alguna que otra travesura, son maravillosos. La manera en que interactúan unos con los otros, sin que les importe si su amigo es arconte o humano… Está claro que nos están dando una lección de vida a todos.

Sin duda eran un ejemplo para el futuro, pero una vez más, eso no era lo que preocupaba a su mujer.

—¿Ha ocurrido algo con las chicas? —Era consciente de que mantenía buena relación con las mujeres de la torre. No obstante, uno nunca sabía lo que pasaba por esas cabecitas pensantes. La mayor parte del tiempo los tenían a todos expectantes, a la espera de qué sería lo nuevo que se les ocurría.

La escuchó resoplar, echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?

Y ahí estaba, la confirmación de que había algo que la molestaba.

—Lo haría si no me estuvieses bloqueando —admitió sincero. Ella sabía que jamás profanaría su mente, la respetaba y también su privacidad, pero sentirla era parte de su vínculo. Entre arcontes esa conexión era, si cabía, más fuerte que la que podía establecerse en parejas de distintas castas—. Dime que no es algo de lo que deba preocuparme y no tocaré de nuevo el tema hasta que decidas compartirlo conmigo, si eso es lo que deseas.

La respuesta de su mujer fue aferrar los brazos que la sostenían, como si quisiera mantenerle aún más cerca de su piel.

—Yo nunca… —Hizo una pausa lo bastante larga como para que estuviese a punto de pedirle que continuase, pero ella se adelantó al seguir—. No. En realidad, sí que lo pensé. Supongo que como muchas otras mujeres lo hacen en algún momento de sus vidas. Un deseo a largo plazo.

—¿Qué deseo? —inquirió con suavidad.

Melina se volvió hacia él y, por primera, vez la vio vacilar, como si tuviese problemas para decir lo que tenía en mente y compartirlo con él.

—Vaya por delante que ni siquiera había pensado antes en ello, supongo que no era una prioridad. Y no sé si ahora lo es, pero… —Se mordió el labio inferior. Parecía tan incómoda que verla en ese estado le provocó una punzada en el estómago. Y entonces lo vio, con mayor claridad de lo que nunca había visto nada, y comprendió su reticencia, lo que la frenaba, lo cual aumentó su propio malestar—. La familia Braşov está creciendo y… No sé, quizá sea con tantas hormonas descontroladas a mi alrededor o porque últimamente paso mucho tiempo con los niños, pero… Se me pasó por la cabeza que quizá, con el tiempo, nosotros…

Su voz se hizo más y más débil hasta que sus palabras dejaron de escucharse.

Sin embargo, no eran necesarias para dar voz a lo que decían sus ojos, ni a lo que sentía proveniente de ella o a la caliente vergüenza que subyacía bajo capas y capas de lo que parecía culpabilidad.

¿Cómo podía haber estado tan ciego? ¿Cómo no vio lo que tenía delante de las narices? Era su compañera, su otra mitad. No tenía derecho a hacerla sentirse de esa manera, no debía haberlo hecho jamás.

Mel siempre había estado ahí, escuchándole, sosteniéndole cuando el pasado se abría paso a través de capas y capas para irrumpir en su presente. Ella sabía lo que había padecido. Le permitió colarse en sus recuerdos, palpar sus emociones sin tener en cuenta lo que estas podían haberle hecho sentir.

¿Y se hacía llamar sanador? Desde luego Calix tenía mucha razón al decir que podían sanar a otros, pero cuando se trataba de ellos mismos, había heridas que, aunque estuviesen supurando, no eran capaces de verlas sobre ellos.

—Mel…

—Creo que no me importaría ser madre —replicó de manera atropellada, reuniendo todo el valor del que sabía que ella era capaz para poner en palabras un deseo que hasta ese instante no se había atrevido a dar voz—. Sé que nunca los olvidarás y no quiero que lo hagas, Grigo, porque han sido parte de ti, son parte de ti, pero…

No la dejó terminar, la silenció bajando su boca sobre la de ella para beberse sus palabras en un beso. El agua de la bañera formó pequeñas olas que acabaron rebosando el borde, pero no le importó, no le importaba nada excepto esa mujer y lo que su propia estupidez había hecho.

—Tú eres mi presente y mi futuro, Melina —susurró contra sus labios, apartándose lo justo para poder mirarla a los ojos y acunarle la mejilla en la mano—. El pasado puede doler, puede que nunca se vaya del todo, pero sé a quién tengo a mi lado hoy, a quién tendré mañana y con quién pasaré el resto de mis días. Perdóname, amor, perdóname si te he hecho pensar otra cosa, si mi pasado se ha interpuesto aun sin saberlo entre nosotros. No te calles nada, Mel, no conmigo. Si quieres decirme algo, dímelo, grítalo si es necesario. Tú eres mi presente y mi futuro, Melina. Contigo lo quiero todo.

—Entonces… —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿No te importaría si… tenemos un bebé?

—¿Importarme? —Dios. Cuánto daño le había hecho a esta preciosa mujer si tenía que preguntarle aquello—. Mel. Eres mi vida entera. ¿Qué mayor felicidad podría encontrar que el verte convertirte en madre? ¿Que el que tú me conviertas en padre? ¿Qué mayor alegría podría darme esta vida que tener a nuestro hijo en brazos?

Sacudió la cabeza y acabó de rodillas frente a ella, con ese pequeño y delicado rostro bañado en lágrimas entre sus manos.

—Nunca, mi amor, nunca me niegues el placer de hacerte feliz —pidió y no pudo evitar que sus propios ojos se empañaran—. Todo, Mel, entre tú y yo siempre va a ser todo o nada, así

que no me ocultes tus deseos, pues es mi deber el poder hacerlos realidad.

—Vale… Creo que con eso, ya me has convencido —replicó dejando escapar una risita en medio de las lágrimas—. Si así es cómo puedo hacerte yo feliz a ti, dejaré que cumplas todos y cada uno de mis deseos, empezando por… —Se incorporó sobre sus propias rodillas, haciendo que una vez más el agua de la bañera acabase desbordando, para susurrarle al oído su deseo—. Ya estás fabricando un bebé conmigo.

Grigore se echó a reír, sus propias lágrimas mezclándose ahora con la alegría que le inundaba el pecho y que, sin darse cuenta, cerraba al mismo tiempo la última de sus cicatrices.

—Será un auténtico placer, amor mío —le dijo deslizando la mirada sobre el cuerpo desnudo y húmedo que tenía ante él—. Uno del que pienso empezar a disfrutar ahora mismo.

Una nueva risa inundó el baño junto con las olas de agua que volvieron a salir de la bañera empapando todo el suelo. ¿A quién le importaba? Desde luego a ellos no, pues tenían cosas mucho más apremiantes a las que dedicar el resto del tiempo.

CAPÍTULO 3

Era un hecho. Una mujer podía morir de pura felicidad en un momento para resucitar al siguiente todavía más feliz y enamorada, pensó Melina mientras veía a Grigore alejarse en dirección al edificio del cuerpo de guardia. Su marido tenía turno de mañana con los cadetes y, a juzgar por su buen humor, iba a recibir más de una pulla. Estaba convencida de ello.

Echó la cabeza atrás y sonrió. Tenía unas estúpidas ganas de extender los brazos y girar sobre sí misma como le había visto hacer a los niños que jugaban con la nieve caída durante la noche. Y quizá lo hubiese hecho de no tener público.

Se obligó a recuperar la compostura, pero lo que no podía apagar de ningún modo era la sonrisa satisfecha que le curvaba los labios. No solo habían hecho el amor varias veces, sino que dedicaron momentos también para hablar, para despejar todas las pequeñas dudas que pudiesen existir entre ellos. Grigore se había disculpado una y otra vez, rogando su perdón. Su sanador creía haber estado ciego ante sus propias faltas, pero siendo honesta, ella misma poseía también parte de culpa al conformarse y no dar voz a sus propias necesidades.

Hablar. Sin duda era algo que iban a tener que hacer más a menudo y dejar de dar las cosas por sentado.

—Tendremos que retomar las charlas delante de un café —se dijo y no pudo evitar que su

sonrisa se hiciese más y más amplia.

Esa había sido su dinámica al principio de su relación, antes de que encontraran maneras más interesantes en las que invertir su tiempo.

Se llevó las manos a la tripa y se preguntó si pronto se haría realidad su deseo; el de ambos.

—Tiempo al tiempo, Mel, tiempo al tiempo —se dijo y no pudo evitar fantasear con la idea de que su deseo se hubiese hecho ya realidad.

Madre. Puede que el pensamiento hubiese saltado anoche por primera vez a su mente, pero en realidad llevaba mucho tiempo germinando en su corazón. Solo lo había hecho a un lado para no atormentar al hombre que amaba. Ambos habían cometido un error, pero no era un daño irreparable. Mientras siguiesen juntos y siendo sinceros el uno con el otro, no habría escollo alguno que no pudiesen superar.

—¡Tía Mel! —Un torbellino de abrigo, bufanda y guantes negros y blancos acabó estrellándose contra ella. Los brazos del niño le envolvieron la cintura y levantó la cabeza de pelo rubio para mirarle con esos intensos ojos verdes iguales a los de su madre—. ¡Te encontré!

—Ay, pero si es mi príncipe favorito. —Se inclinó para abrazar al niño—. *Um.* Pero que bien hueles, Velkan.

El pequeño esbozó una sonrisa en la que se veían ya los huecos de algunos dientes de leche.

—Mira. —Le dijo el niño señalando uno de los huecos—. Se me ha caído otro diente. Mamá dice que se lo pondrá al hada de los dientes.

—Qué bien —le agitó el pelo y se incorporó para ver a Ionela caminando hacia ellos con su hija de tres años en brazos—. Oh, pero ¿quién está aquí? Por favor, cada día es más preciosa.

—E igualita a su padre —replicó la reina con una risita—. Quería quedarse con Razvan en la sala de recepciones. Le encanta sentarse en su silla.

Ambos niños se parecían al rey, tenían su mismo pelo rubio, aunque sus ojos eran los de su madre. Una combinación sin duda arrebatadora.

—¿Y cómo has conseguido arrancarla de allí sin que echase el palacio abajo? —La pequeña Alina Dascalu tenía un carácter endiablado para su corta edad. Era capaz de montar un escándalo en un instante y parecer un querubín que no había roto un plato al siguiente.

—Eso pregúntaselo a mi marido —resopló y sacudió la cabeza—. No sé cómo demonios lo hace. Tiene que ser algo de los arcontes, porque es hablarle a esta granuja y se acaba el drama.

Sonrió y automáticamente la niñita estiró los brazos en su dirección.

—¿Vas con la madrina? —le dijo la madre, pero la pequeña estaba más interesada en tirarse a ella—. Vale. Toda tuya.

—Ven aquí, princesa mía. —Adoraba a esos niños, eran sus sobrinos y Alina era también su ahijada. Los reyes habían concedido a Grigore el honor de ser el protector de la pequeña y, por ende, a ella ser su madrina.

—Tía, Mel —la llamó Velkan aflojando su abrazo para dejarse abrazar ahora por su madre —. Mamá me ha hecho el traje para la obra.

—¿Ah, sí? —Miró a su reina—. ¿Os ha quedado algún dedo sano, *majestad*?

Ionela le echó la lengua, pero no por ello dejó de sonreír.

—Se pinchó muchas veces con la aguja —señaló Velkan con una risita—. Decía *«ay»*.

—*¡Ay!* —repitió la pequeña en sus brazos, imitando a su hermano.

—¿Puedo llevarme a Ali a jugar con la nieve, mami? —El niño señaló un punto a unos pasos de ellas, justo dónde estaba el árbol—. Yo la vigilo.

—¿Seguro que la vigilarás? —replicó esta mirándole de soslayo—. Ya sabes que tu hermana se come…

—La nieve —se rio y asintió—. No dejaré que se la coma.

—¿Se come la nieve? —preguntó Melina mientras maniobraba con la pequeña que, al escuchar su nombre en boca de su hermano, estaba dispuesta a seguirle al fin del mundo.

—*Sip* —asintió en respuesta y se volvió a su primogénito—. Nada de bolas de nieve, Velkan. O dejaré que el tío Cade te cuelgue de los pies.

La sonrisa que apareció en la boca del niño era difícil de interpretar, pero por un momento vio la imagen de Razvan en él.

—Vale —replicó y estiró los brazos hacia su hermana. Esta no esperó, se lanzó en plancha, lo que la obligó a sostenerla hasta que el niño la puso en el suelo. Entonces la cogió de la mano y le sonrió. Esos dos parecían no necesitar entenderse de otra manera. Un segundo después salieron corriendo en dirección al abeto.

—Tú también lo has notado, ¿no? —murmuró Ionela mirando a sus hijos antes de volverse hacia ella—. ¿Suele ocurrir entre hermanos? Entre arcontes, quiero decir.

Asintió y se señaló a sí misma.

—Yo hablaba con mi hermano de esa manera, pero claro, nosotros somos mellizos —aclaró—. Y los príncipes son medio arcontes y medio humanos, pero… —Se encogió de hombros—. Está claro que su crecimiento es más humano que arconte, el poder subyacente en Velkan es… palpable a pesar de su corta edad.

La escuchó suspirar.

—Todo lo que quiero es que puedan crecer como niños, sin el peso de todo esto… —murmuró señalando con un gesto a su alrededor—. A veces me olvido que no son solo humanos, sino también arcontes. *Nah*. No me hagas caso. Estoy sobrepasada. Queda una semana para la fiesta de Navidad y estoy atacada. Creo que hoy he amenazado a mi marido. A Cadegan… A Cadegan otra vez. Y a Calix. Sí. Él tampoco se ha salvado. Oh, y le he dicho a Sorin que, como no aparezca como muy tarde en un par de días, le corto los huevos. Lo de siempre, vamos.

Melina se echó a reír. Sin duda esta era la Ionela de siempre, su mejor amiga, la mujer capaz de dejar la corona de sangre a un lado y vestirse con vaqueros y suéter por el palacio.

—Me alegra ver que lo tienes todo bajo control.

Puso los ojos en blanco, pero al final también sonrió.

—Entonces, ¿vamos a tener nuevo bebé en el Bastión?

La pregunta hizo que se la quedase mirando.

—¿Cómo demonios lo sabes?

Ahora fue la chica quien se sobresaltó.

—Me lo ha dicho Cadegan. Falon y Beatrix van a ser padres, ¿no?

—Ah, eso.

—¿De qué creías que…? —Comenzó, entonces se detuvo y la miró fijamente—. Espera, no me digas que…

Por primera vez desde que conocía a la reina, deseó que se abriese la tierra bajo sus pies y se la tragase.

—¡Melina!

Reaccionó sin pensar, cubriéndole la boca con la mano.

—*Shh.* —Se llevó un dedo a sus propios labios para pedirle silencio—. No. No todavía, al menos. Pero… Si el destino quiere… pronto.

La reina abrió los ojos como platos y acabó mordiéndose el labio para no gritar.

—No digas una sola palabra, Ione —pidió tomando sus manos, confiando en la mujer a la que quería como una hermana—. Ayer pasó algo… Me di cuenta de que era algo que llevaba mucho tiempo dentro de mí y se lo expuse a Grigore. Nosotros… él tiene su pasado y bueno, solo puedo decirte que hablamos… Entre otras cosas…

—Ya me puedo imaginar esas otras cosas… —se rio por lo bajo y ella se sonrojó.

—El caso es que… vamos a ir a por el bebé —corroboró en voz baja, solo para los oídos de su amiga.

Las manos de la mujer se cerraron también en torno a las suyas y vio la felicidad en su rostro.

—Vas a ser la mejor madre del mundo, lo sé —aseguró con total convicción—. Y yo voy a estar a tu lado siempre que me necesites. Eres mi hermana. Lo sabes.

Melina asintió y ambas se fundieron en un emotivo abrazo.

—Voy a ser como una jodida tumba hasta que sea oficial —le dijo y añadió—. Y quiero ser la primera… Bueno, la segunda en saberlo… O quizá la tercera, porque como tu sanador sea igual de certero que Razvan, se enterará él antes que yo.

No pudo evitarlo y rio ante el comentario, entonces se señaló a sí misma.

—Sí, bueno, en nuestro caso somos los dos arcontes, así que… creo que me enteraré yo antes que Grigore —declaró, entonces hizo una mueca al recordar que su marido era uno de los mejores sanadores de la casta—. O eso espero.

—Sea como sea, lo importante es que suceda —le aseguró su amiga y no pudo más que estar de acuerdo con ella—. Ah. Estas Navidades están siendo de lo más especiales, de verdad que sí.

—¡Mamá! ¡Ali se ha metido nieve en la boca! ¡Y me ha mordido cuando quise sacársela!

Ionela se volvió hacia sus hijos y sacudió la cabeza.

—Bienvenida a mi mundo, Mel —le dijo su reina, le guiñó el ojo y salió en pos de sus vástagos—. Ali, cielo, escupe eso.

Melina permaneció allí de pie unos instantes contemplando una imagen que, si el destino así lo quería, algún día quizá protagonizase ella con sus propios hijos.

CAPÍTULO 4

La nieve volvía a caer sobre el bastión, el sol ya se había puesto y las luces estaban encendidas, creando una atmósfera invernal de postal. La plaza de armas soportaba el trasiego propio de aquellas horas. Gente que terminaba su jornada laboral, otros que la empezaban, niños correteando y jugando con la nieve… Grigore se los quedó mirando y, por primera vez, no sintió esa opresión en el pecho al recordar el pasado, lo que podría haber sido y no fue. No, lo que notaba ahora era una inexplicable felicidad, la confianza de que un día su hijo o hija estaría jugando también en ese mismo lugar, con otros niños y niñas, disfrutando del que sería su hogar.

—De acuerdo. Llevas con esa sonrisa estúpida todo el jodido día. ¿Vas a decirme de una santa vez a qué se debe?

Ladeó la cabeza y se encontró con Radu de pie a su lado, su mirada fija en el grupo de niños que se lanzaban bolas de nieve. Humanos y arcontes jugando juntos, disfrutando de ese momento invernal alrededor del gran abeto iluminado.

—Creo que al fin he podido dejar atrás el último peso que llevaba en la mochila —mencionó sabiendo que no era necesario que diese más datos. Su hermano conocía mejor que nadie la pérdida a la que se había estado aferrando, y la pena y culpabilidad que le habían acompañado hasta el momento—. Mel me ha abierto los ojos. Ella… Me he dado cuenta demasiado tarde de que le estaba haciendo daño, de que mi pasado no solo me estaba atando a mí.

—¿Has arreglado las cosas con ella?

Se encontró con la mirada conocedora de su hermano y asintió en respuesta.

—Sí —admitió, confiado—. Todo está bien entre nosotros, más que bien, en realidad. Ella… Mi compañera quiere que iniciemos nuestra propia familia.

—Ya era hora. —Radu sonrió de esa manera enigmática que conocía bien—. No es fácil dejar a las personas que has tenido en tu vida atrás, Grigo, pero a veces es necesario hacerlas a un lado para poder seguir adelante. No se trata de olvidar, sino de continuar viviendo.

—Lo sé, hermano, lo sé muy bien —asintió—. Soy bueno sanando a otras personas, pero hoy me he dado cuenta de que sanarse a uno mismo es un proceso mucho más largo y complicado que empieza por admitir lo que no admitirías ni a tu reflejo.

—Ya suenas como Calix.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Supongo que es lo que obtienes cuando pasas tiempo con nuestro Padre Arconte, que acabas quedándote con alguna de sus filosóficas frases —corroboró con una risita.

—Mientras solo te quedes con eso, no hay problema.

No podía estar más de acuerdo.

—¿Remoloneando, *señoritas*?

Ambos se volvieron para ver a Falon caminando en su dirección. Como siempre, su hermano de armas iba hecho un pincel. No tenía un solo cabello fuera de lugar, llevaba una elegante bufanda en torno al cuello y un abrigo de cachemira gris paloma que contrastaba con su pelo negro. Hoy, sin embargo, su manera de caminar era mucho más ligera, lo que sin duda tenía

que ver con la noticia que había llegado a sus oídos.

—Me ha dicho un pajarito que vas a ser *papá*, *capullín* —le soltó con toda la intención.

—Eso parece —asintió uniéndose a ellos—. La familia Braşov va a tener un nuevo miembro.

—Bienvenido sea —dijo Radu y no pudo estar más de acuerdo—. Y pensar que veíamos la torre demasiado grande y con mucho espacio para nosotros. Quién nos iba a decir que llegaríamos a dónde estamos, ¿*huh*?

—No creo que ninguno lo hiciésemos cuando pusimos de nuevo los pies en este lugar —admitió Falon mirando a su alrededor—. Pero me alegro de haberlo hecho.

—La vida nos ha cambiado a todos gracias a este lugar —mencionó y dio voz a lo que sin duda opinaban.

—Y a la humana que ciñe la *Corona de Sangre*, no olvidemos ese pequeño detalle —chasqueó Radu.

—Cierto, todos conservamos la cabeza pegada al cuerpo gracias a ella —corroboró Falon —. Qué ironía, ¿no?

—La ironía es que seamos la *Guardia Arconte* de su hijo, eso sí que es una ironía —chistó Radu—. Ha puesto en nuestras manos lo más preciado que tiene, si eso no es confianza, no sé qué lo es.

—¿Locura? —sugirió con un deje de diversión—. Hay que admitir que nuestra reina tiene una manera un tanto particular de hacer las cosas.

—Peculiar, por decir algo —bufó Falon, sacudiendo la cabeza y sonriendo al mismo tiempo—. Sea como sea, hoy por hoy solo puedo estarle agradecido y profesarle la lealtad que le profeso a ella, al *sire* y a nuestro príncipe.

—Amén a eso, hermano —asintió Radu.

—Amén —añadió él también. Todos los *hijos de Braşov* suscribirían las palabras de Falon sin la menor vacilación—. Y a ti, felicidades, hermanito. Y recuerda que estamos aquí para lo que necesites. Siempre.

Su amigo asintió.

—Lo sé. No habría llegado hasta aquí sin vosotros y eso es algo que no tendré cómo pagaros en la vida. —Ninguno de los dos esperaba tales palabras de Falon. No era un hombre dado a ellas. Sin embargo, Grigore entendía sus motivos y los respetaba, así que, escuchar aquello saliendo ahora de su boca le decía que su hermano había dejado por completo el pasado atrás—. Gracias… por haberme sacado… de aquel agujero.

—¿Qué agujero? ¿Tú recuerdas algún agujero, Grigo? —preguntó Radu con total inocencia, entonces añadió mirando a su hermano—. Porque yo no.

—No, yo tampoco, Rad, yo tampoco —corroboró.

Entonces, con tan solo un intercambio entre Radu y él, se echaron sobre Falon, quitándole hierro al asunto y compartiendo un fraternal abrazo de pura camaradería.

—Idiotas —masculló él, pero la sonrisa que le curvaba los labios hablaba de agradecimiento.

—¿Alguno sabe algo de Rysh y Meroa?

—Ryshan me llamó para preguntarme si le vendía la propiedad que le he dejado estas semanas —mencionó Falon y se encogió de hombros.

—¿Cómo? —Casi se ahoga al decir aquello.

—¿Qué coño? —Radu resopló de risa.

—Preferí no preguntar —aseguró su hermano. A continuación añadió—. Pero están bien.

Rysh parecía mucho más tranquilo y ha dicho que volverían al final de la semana, antes de la fiesta de la reina, así que…

—Bueno, es un alivio —admitió en voz alta—. No quiero volver a verle en la misma situación que estaba cuando nos llamó a Calix y a mí. Ni penando por las esquinas. Joder, prefiero al Ryshan que se caga en todo al arconte melancólico y rezongón de estas últimas semanas.

—Nos ha costado dejar el infierno atrás, pero… aquí estamos —admitió Radu mirándolos a todos.

Asintió, no podía estar más de acuerdo con su hermano.

—Aquí estamos —confirmó y Falon lo secundó en completo acuerdo.

Y lo estarían siempre, pensó Grigore. Los *hijos de Braşov* siempre se mantendrían unidos y velarían los unos por los otros y por su príncipe hasta el fin de sus días.

CAPÍTULO 5

—¿Mel? ¿Estás… lista?

Melina sonrió al ver la expresión que puso su marido al verla. Debía admitir que no tenía muchas ocasiones para dejarle sin palabras, pero quedaba claro que esta iba a ser una de ellas.

Pasó la mano sobre la falda del vestido de noche para retirar una arruga y se dirigió a Grigore. Él, como venía siendo habitual en esas celebraciones, llevaba el uniforme de gala de la nueva guardia arconte.

—Siempre estoy lista —aseguró con una sonrisa mientras le arreglaba la pechera de la chaqueta y le colocaba el cuello—. Nunca pensé que llegaría a gustarme tanto un uniforme como en el momento en que te lo vi puesto por primera vez.

—Estás preciosa y… —Cerró los ojos y aspiró su aroma—. Señor, qué bien hueles.

La manera en que lo dijo la derritió por completo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sucumbir a la sensual mirada que iluminó esos ojos castaños que la recorrían.

—¿Te gusta?

Asintió con la cabeza, como si tuviese problemas para juntar dos palabras.

—Mucho —afirmó bajando la mirada sobre sus pechos, los cuales asomaban a través del discreto escote en «V»—. Mierda, Mel. Voy a pasarme toda la maldita recepción pensando en cómo voy a quitarte esa cosa.

—¿Sí? —Se hizo la inocente—. Entonces he elegido bien.

Una lenta y seductora sonrisa le curvó los labios.

—Amor mío, necesitas muy poco para hacer que desee quitarte la ropa —afirmó resbalando las manos sobre sus hombros desnudos—. Podrías llevar un saco encima y seguiría encontrándote preciosa.

Y no lo decía tan solo para halagarla. Sabía que hablaba con la verdad. Con él no necesitaba vestirse como una dama del *Magas Kör*, no tenía que peinarse, maquillarse o ir a la moda. Su arconte la quería incluso si solo llevaba encima unas viejas mallas y una camiseta vieja.

Grigore no esperaba que fuera perfecta, que se comportase como una dama de la alta sociedad. Lo único que quería era que se sintiese bien consigo misma, que fuese feliz y, por Dios, que lo era junto a él, más que nunca.

—¿Te he dicho hoy ya lo mucho que te quiero?

—Refréscame la memoria —sugirió, rozándole la mejilla con los nudillos—. Solo para que pueda guardar esas palabras durante el resto de la noche y saber que son solo para mí.

—Son solo para ti. Siempre han sido solo para ti.

—Las palabras, Mel —le acarició el labio inferior con el pulgar—. Dime las…

—Te quiero —declaró antes de que pudiese terminar la frase—. Te quise cuando era una mocosa engreída y sabelotodo. —Sus labios empezaron a esbozar una lenta sonrisa—. Te quise cuando empecé a comprender que era eso a lo que llamaban amor. Guardé ese amor en un rinconcito de mi pecho, cuando ambos seguimos nuestros propios caminos. Y ese amor volvió a resurgir, como si nunca se hubiese ido, pero también se volvió más fuerte, más intenso a medida

que tú volvías a mí. Te amé cuando era una niña, te seguí amando aun cuando ni siquiera sabía si volvería a verte y ahora que estás aquí, que sé que eres mío, puedo amarte con todo lo que soy y lo seguiré haciendo hasta que mi luz se apague y vuelvas a encenderla en la siguiente vida.

—Mi damisela en apuros —susurró, llamándola como lo había hecho en su juventud, cuando solo eran dos mocosos aprendiendo a ser adultos—. Mi dulce, fuerte y valiente amor. Perdón por haberte hecho esperar tanto tiempo, Melina. Pero ya estoy aquí y esta vez será para siempre.

—Te quiero, Grigore Funar, te quiero con toda mi alma.

Le acunó el rostro entre las manos y se inclinó sobre ella hasta que sus labios estuvieron tan solo a un roce de distancia.

—Te quiero, Melina Funar —susurró contra su boca, sin llegar a tocarla todavía, haciéndola anhelar un beso que no daba llegado—. Gracias por dejarme hacer realidad tus deseos.

—¿Qué has…?

—Feliz Navidad, amor mío —ronroneó con una satisfacción que le provocó una punzada de emoción en el pecho.

—¿Cómo que feliz…?

Melina jadeó en su boca, pues fue todo lo que le permitió hacer antes de que le volatilizase la mente con un simple beso. Al final no le quedó otro remedio que suspirar y envolver los brazos en torno a su cuello para acercarle más a ella y disfrutar de la maravillosa sensación que ahora la envolvía.

«Feliz Navidad a ti también, amor».

Sintió su caricia mental en respuesta, así como la felicidad de ambos convirtiéndose en una sola. Y no necesitó nada más para saber que siempre que se lo pidiera, su marido estaría más que dispuesto a hacer realidad sus deseos.

UNA NAVIDAD A LO BRAȘOV



EPÍLOGO

EPÍLOGO

—¿Qué opinas?

—La familia ha crecido y seguirá haciéndolo en años venideros.

—¿Es tu vaticinio oficial?

Calix se giró a su esposa, la cual llevaba a Elias en brazos. El mayor de los mellizos se había quedado frito sobre su hombro, con el pulgar en la boca. Su hermano Andras, quien dormía de la misma manera en los suyos, apenas había abierto los ojos un segundo para volver a cerrarlos. Los niños intentaban seguir el ritmo de sus primos, pero terminaron a las pocas horas cabeceando en un rincón.

—Es ley de vida, mi amor —afirmó señalando a la gente reunida en el gran salón.

La celebración de cada Navidad había pasado de ser algo íntimo en torno a una mesa en el *Círculo Interior* a trasladarse al gran salón del *Palacio de Sangre*. Tal y como acababa de decirle a su esposa, la familia había crecido. Sus arcontes estaban encontrando sus respectivas parejas, el destino les estaba haciendo el regalo de la maternidad y la paternidad y esta noche todos ellos se reunían bajo un mismo techo para celebrar eso… La dicha de haber encontrado la felicidad.

Miró a su hijo, quien volvía a revolverse buscando una posición más cómoda, y sonrió con el corazón henchido.

—Será mejor que los acostemos. —Lea se adelantó a sus pensamientos, como ya era habitual en ella—. Ellos dormirán a pierna suelta el resto de la noche y tú y yo podremos disfrutar de unos momentos paseando por la nevada plaza de armas.

—Una sugerencia que no puedo permitirme desaprovechar —confirmó, encontrándose con su mirada y viendo en ella el amor que sabía se estaría reflejando en la suya.

…

—Han caído rendidos.

Ionela siguió con la mirada la dirección que le señalaba su marido y no pudo hacer más que sonreír.

—No son los únicos —aseguró acariciando la cabecita rubia de la niña que Razvan acunaba en sus brazos—. Los más pequeños han estado corriendo detrás de los mayores. Me he fatigado yo de solo mirarlos.

—Los hay que son incombustibles —admitió Sorin, quien junto con Agda les acompañaban en esos momentos posteriores a la cena. Se habían hecho corrillos donde sus amigos y familia aprovechaban para ponerse al día, pues algunos de ellos no se habían visto las caras en prácticamente todo el año.

—Solo espero que no hayan hecho una nueva trastada —suspiró la esposa de Sorin y tenía razones para ello. Cuando su propio hijo y los mellizos se juntaban, podía pasar cualquier cosa.

—No te preocupes, si se pasan de la raya, Dagny les pegará una patada en la espinilla a

cada uno —aseguró el *Maestro de Sombras* con visible diversión.

—Sin duda ha adquirido tu diplomacia —replicó su esposa.

—Stelian ha echado de menos a Velkan, no veía la hora de volver a *casa* —mencionó él mirando a los niños—. Para él, pasar tiempo en la corte umbra son como unas vacaciones, en cambio, Dagny, no tiene problema en quedarse en la *Fortaleza* todo el tiempo que haga falta. Mientras tenga a su tía Olimpia y a su abuela adorándola, no se acuerda ni de que existo.

—Y eso le escuece que no veas… —Agda se acercó para susurrárselo en confidencia.

Ionela solo pudo contener la risa ante el comentario, sobre todo cuando su hermano de sombras se volvió hacia su mujer.

—Te he oído, *ratoncita*.

La pelirroja se limitó a lanzarle un beso.

—No te preocupes, Sorin, Cadegan suele tener la exclusividad de nuestro príncipe el noventa por ciento del tiempo —aseguró con una risita—. Adora a su padrino por encima de todas las cosas.

—Y a sus tíos de Braşov —confirmó Razvan mirando en dirección al grupo mentado, quienes permanecían, como siempre, en un corrillo propio—. Sus lazos serán incluso más fuertes que los nuestros…

—Como debe ser —admitió el Maestro de Sombras siguiendo la dirección de su mirada—. Me han chivado que los chicos han recibido significativas sorpresas estas Navidades. Parece que la familia aumentará en breve.

—Así es —confirmó Ionela y sabía que lo haría incluso más, algo que estaba deseando por encima de todas las cosas—. Y me alegro por ellos. Ya era hora de que la vida les sonriera después de lo que han padecido.

—Están aquí gracias a ti, lo sabes, ¿no? —le recordó Sorin por lo bajo—. Llegaste para obrar milagros, mi reina.

—En realidad vine con la intención de impedir una guerra —concretó y se volvió hacia su marido—. Lo último que podía imaginarme es que acabaría encontrando mi propia familia entre estos muros.

—Doy gracias al destino por ponerte ese día en mi camino, amor mío —admitió él en voz alta—. Mi vida no estaría tan llena de luz de no ser por ti.

Sonrió y tomó su mano libre. No eran necesarias las palabras, no entre ellos. Sus almas eran una sola y lo serían por toda la eternidad.

…

—Pero qué cosa más bonita eres. —Arcana no dejaba de hacerle carantoñas a Cassandra, la hija de un año de Boran y Kyra. La bebé parecía hipnotizada con la pluma que su esposa movía con suavidad delante de su carita. La niña estaba en brazos de su madre, quien sonreía con la misma frescura de siempre.

Sin duda, en estos últimos años la joven reina había madurado. Se notaba en su aplomo, en la manera en que se comportaba, aunque seguía siendo la misma polvorilla que trajo de cabeza a su hermano nada más conocerle.

La pareja hacía tiempo que se asentó de forma definitiva en el territorio de las *Tribus de Miriaton*, después de todo, eran la reina y el rey consorte de la casta miriaton. Gracias a ello, la relación entre los Miriaton y las otras castas había mejorado considerablemente, abriéndose más

a un mundo que iba cambiando ante sus ojos.

—Tiene tus mismos ojos, Kyra —mencionó contemplando a su nueva sobrina—. Y la expresión seria y concentrada de Boran.

El aludido enarcó una ceja al mirar en su dirección.

—¿Esperabas otra cosa?

—Por suerte tiene la belleza de su madre —replicó reprimiendo la sonrisa—. Aunque no te preocupes, heredará tu *pelazo.*

Y es que su hermano de armas se lo había dejado largo, cuando solía llevarlo casi al estilo militar. Ahora le llegaba a la altura de los hombros, adornado con un par de pequeñas trenzas en las sienes y algunas cuentas que le recordaban a un estilo tribal.

—Oh, Cassie adora el pelo de su papá, ¿verdad, amor? —canturreó Kyra meciendo a su hija—. Le encanta enredar los dedos en él y pegarle unos tirones de órdago.

—No veas la fuerza que tiene esta pequeñina.

—Otra cosa en la que ha salido a ti —aseguró Dalca.

—Como si tu propia hija no hubiese salido completamente a ti, amor —le recordó su esposa con una perezosa sonrisa curvando esos sexys labios. Sus alas blancas se apretaban contra su espalda, procurando no abarcar demasiado espacio, mientras le hacía cucamonas a la bebé.

Su hija, un precioso angelito de dos años, estaba sentada en el suelo sobre una manta con Lenci, la pequeña de Fane, Karan, el hijo de cuatro años de Orión, y las mellizas de un año de Ninmada, Amanda y Nínive. Las madres de dos de ellos ejercían en esos momentos de niñeras, en compañía de sus respectivos maridos. Los bebés estaban alucinados con las alas de su muñequita, de un suave color gris perla que todavía colgaban como una manta sobre su espalda. Apenas estaban empezando a formarse y pasarían aún unos cuantos años hasta que pudiese mantener la posición. Pero ahora mismo la convertían en la cosa más bonita que había visto alguna vez sobre la faz de la tierra, con excepción de su madre, claro.

—Menos mal que ha heredado algo mío, porque nos ha salido *castia*, mi Arcana —le recordó divertido—. No sé por qué me da en la nariz que va a ser una *patea culos* igual que su madre.

—*Um*, no sé, Dalca. Ese pelo oscuro, esos ojos brillantes y esa mirada de pura concentración cuando quiere algo… —Lo señaló con un gesto de la mano, de la cabeza a los pies —. ¿Te recuerda a alguien, mi amor?

Se echó a reír. Estaba claro que su bebé de dos años había salido a ambos y tendrían que dar tiempo al tiempo para ver qué le deparaba el destino.

—¡Tía Arcana!

Dos torbellinos, uno rubio y el otro moreno, salieron de la nada y le envolvieron la cintura a su esposa, mientras que el joven príncipe Velkan se acercaba a Kyra para ver a la niña que tenía en sus brazos. Los hijos de Sorin adoraban a la *argely*, habían tenido una fijación especial por sus alas desde que eran bebés y ni que decir que su esposa correspondía a ese cariño.

—Por Dios, ¿cómo es posible que crezcáis tanto de un año para otro? —Se rio alternando la mirada entre ambos para luego posarla sobre el tercer chiquillo—. Y mírate, Velkan, si eres casi tan alto como Kyra.

El niño esbozó una sonrisa traviesa en la que le faltaban ya algunos dientes de leche, pero volvió a depositar su atención en la bebé.

—¿Quieres cogerla, Velkan?

El pequeño agitó la cabeza con energía, pero sí adelantó un dedo que la pequeña no dudó en aferrar para dedicarle luego un sonoro gorjeo.

—Bueno, parece que alguien acaba de caer rendida a los pies de un príncipe —se rio Boran —. Hoy eres su persona favorita, alteza.

La sonrisa del niño se ensanchó mientras la bebé seguía moviéndose, ahora completamente espabilada.

—Ella también me gusta —admitió el niño. Se inclinó para darle un beso y se despidió con la mano—. Adiós, Cassie, nos vemos después.

Tras una ronda rápida de abrazos a todos los presentes, llamó la atención de su compañero de travesuras y una vez más emprendieron la carrera.

—A la corte arconte le espera un futuro de lo más interesante… —mencionó Kyra, quien había seguido a los chiquillos con la mirada.

—¿No te recuerdan a Razvan y a Sorin de pequeños? —inquirió Boran dirigiéndose a él.

Dalca asintió.

—Tal para cual —afirmó sin lugar a dudas—. Me alegro que puedan crecer juntos.

—La vida se abre paso… —comentó Arcana echando un rápido vistazo al lugar en el que jugaba su hija—. Es un futuro esperanzador.

Lo sería, sin duda, y en este gran salón estaba la prueba de ello.

…

—Te juro que no sé cómo lo haces, Índigo —mencionaba Althea, completamente asombrada de la habilidad de la esposa invidente del *Ejecutor*—. Contigo se quedan fritas en cuanto las coges en brazos y a mí me lleva horas hacer que tan siquiera una de ellas decida cerrar los ojos.

La humana se rio con suavidad. Su vista oculta tras unas gafas oscuras se volvió en dirección a su interlocutora.

—He practicado mucho con Karan, créeme —aseguró la chica—. Si hay un niño al que le eluda el sueño que da gusto, ese es nuestro hijo, ¿verdad, Orión?

—Doy fe —respondió el aludido, quien acaba de coger a su vástago en brazos después de que este se le hubiese pegado a la pierna. El niño estaba claramente cansado, pero se negaba a cerrar los ojos, luchando cada pocos segundos por mantenerlos abiertos—. ¿Nos vamos a dormir, Karan?

La pregunta de su padre obtuvo una rápida y directa réplica.

—No.

Y aun así apoyó la cabecita contra el hombro del arconte.

—Y a eso me refería —murmuró Índigo en voz baja al tiempo que contenía una risita—. Lleva toda la noche corriendo de un lado a otro. Si se ha pegado a Orión para que lo cogiese en brazos, es que está a punto de irse a visitar a Morfeo.

—Deberías tomar notas, Nin —le dijo su mujer levantando la cabeza para mirarle.

—¿Las necesito? —preguntó divertido, a lo que su esposa respondió echándole la lengua.

Si haberse encontrado con ella después de tanto tiempo ya le parecía un milagro, el tenerla ahora en su vida, así como a sus hijas mellizas, era un regalo indescriptible. En lo que era un parpadeo para un *Annuna,* y varios años para los humanos, recuperó todo lo que le fue arrebatado, así como aquello a lo que se viera obligado a renunciar. Volvía a tener a su hermano con él, a su esposa y su querida hija Sora que había ocupado el lugar que le correspondía como nueva jueza del equilibrio.

Una segunda oportunidad, eso era lo que llegó a su vida y solo pudo abrir los brazos y

darle la bienvenida.

—¿Conseguís vosotros dormir algo, al menos? —se interesó Índigo.

—Ahora sí —asintió su mujer. Althea e Índigo Moon se habían hecho buenas amigas en los últimos años. Quizá fuese la paz que transmitía la joven humana la que atraía a su esposa, la cual también era una persona sosegada. El caso es que ambas empezaron a pasar tiempo juntas y, con el paso de los años, se convirtieron en un gran apoyo para la otra—. ¿No se nota que ya no tengo dos mapaches colgando bajo los ojos? Bueno, ya entiendes lo que quiero decir.

—Oh, lo sé, lo sé muy bien —aseguró la chica llevándose una mano a su propia cara—. No hace falta verlas para saber que están ahí.

—Amén a eso, hermana —confirmó ella con un firme gesto de asentimiento.

Escuchó un profundo suspiro a su lado y solo tuvo que mirar al niño para ver que acababa de sucumbir al sueño.

—Le ha costado, ¿eh? —murmuró Índigo mirando en dirección a su marido.

—Ha tenido mucha excitación —replicó Orión acomodando al niño, el cual ni siquiera protestó—. Hora de irse a dormir.

—Sí, creo que nos vamos a retirar los tres —admitió la chica entregando a su hija Nínive a su esposa—. Estoy muerta. Entre la función de los niños y los preparativos de esta semana, he gastado todas mis energías.

Orión le tendió la mano a su esposa, cogiéndole los dedos en cuanto ella levantó la suya. Sin duda, una costumbre ya adquirida entre ambos.

—Han sido unas jornadas de lo más agotadoras, pero también muy vivificantes —contestó Althea y levantó a la bebé en sus brazos para pasársela a él.

—Ven aquí, mi estrella —susurró a su hija, quien se agitó tan pronto estuvo entre sus brazos, contenta de hallarse allí.

—La función del colegio ha sido preciosa —concordó Índigo Moon, ya de pie y al lado de su marido—. Bendito momento en el que a Melina se le ocurrió crear una escuela en el bastión. Nos ha salvado la vida a muchos de los padres…

—Y seguirán salvándosela a los que vienen detrás —afirmó Orión.

Su esposa se hizo cargo de la otra melliza mientras Emma y Arcana venían ya a hacerles el relevo para rescatar a sus propios vástagos.

—Gracias por quedaros un ratito con ellas —agradeció la *argely*, cogiendo a su hija.

—Adoro a ese angelito, en serio —le dijo su esposa señalando a la bebé alada—. Tenéis que venir más a menudo, Arcana.

—Prometo hacerlo —sonrió la *argely* mirando a las mellizas—. Debemos vernos más.

—Ahora que tenemos una guardería en condiciones —mencionó Emma levantando su hija. Lenci quién también estaba cabeceando ya de sueño—, hay que sacarle partido.

—Y que lo digas.

Las mujeres se despidieron entre ellas, prometiéndose estar en contacto y verse más a menudo para dejarles finalmente solos con sus propias hijas.

—¿Crees que nuestros anfitriones se ofenderán si nos retiramos también? —preguntó en un susurro—. Estoy agotada.

—Lo comprenderán, Thea —aseguró inclinándose sobre ella para besarla en la frente—. Podemos retirarnos cuando lo desees, amor mío.

—Ahora sería un buen momento, Nin, antes de que dos de tus mujeres terminemos durmiendo sobre la mantita —le dijo con ese tono con el que sabía no le negaría nada.

Sonrió y le tendió la mano libre.

—Eres mi vida entera, lo sabes, ¿verdad?

El amor iluminó sus ojos cuando asintió y le ciñó la mano.

—Y tú la mía, Nimada, y tú fuiste, eres y serás siempre la mía.

…

—Bueno, hemos sobrevivido otro año más —anunció Ryshan levantando su copa de champán.

—Serás cafre —resopló Meroa.

—¿Qué? ¿Acaso no es verdad? —Miró a su mujer como si esperase que rebatiese sus palabras—. Da gracias a que no tienes que ponerte un uniforme de gala todos los días.

—Pues os queda estupendamente —intervino Sora y señaló a su hermano con un gesto de la mano—. Estáis todos muy guapos.

—Es que tú nos ves con buenos ojos, hermanita —respondió Ryshan con media sonrisa curvándole los labios.

—A ti, no —declaró con absoluto convencimiento—. Ya he asumido que serás el tío loco de nuestro hijo.

Ryshan abrió los ojos de par en par.

—La madre que te…

Todos rompieron a reír. Y él no fue una excepción, pensó mientras rodeaba la cintura de Sora con el brazo. Cadegan la miró y no pudo menos que dar gracias una vez más al destino por haberla puesto en su camino y por concederle el regalo que crecía en su vientre.

No veía la hora de conocer a su hijo. Un niño. Sora se lo había confirmado esa misma mañana. Le había entregado un pequeño paquete de regalo en cuyo interior encontró unos patucos azules. Así que esperaban un varón.

Alexandru. El nombre había surgido por sí solo, ni siquiera sabían cómo llegó a sus mentes, pero allí estaba y ambos supieron que debía ser ese.

Ya solo tendrían que aguardar unos meses y, mientras tanto, disfrutar de esa dulce espera.

—¿No piensas decir nada? —Rysh se volvió hacia él.

—Estoy de acuerdo con ella —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. Nuestro hijo tendrá un tío que está lo suficientemente chalado como para amenazar al primero que lo mire mal.

—En eso tienes razón —admitió con una sonrisa que empezó a hacerse más y más amplia a medida que miraba a su propia compañera.

—No me oirás decir lo contrario, cariño —aseguró Meroa correspondiendo a su sonrisa.

Al menos las sombras que se cernían sobre la pareja habían desaparecido ya, pensó agradecido mientras paseaba la mirada de uno a otro de los miembros de su familia. Porque eso era lo que eran, una familia atípica, forjada en el mismísimo infierno, unidos por el dolor, la pena y la lealtad. Eran *hijos de Braşov* y lo serían eternamente.

—Entonces, ¿ya habéis pensado un nuevo nombre para la torre? —inquirió Beatrix mirando a los presentes.

—Nada de *Purgatorio*, eso lo tenemos claro —aseguró Radu, con su hija mayor en brazos, durmiendo sobre su hombro. Miruna, a su lado, sostenía a la pequeña Romi, también profundamente dormida. Las niñas habían perdido a su madre biológica hacía tan solo unos meses. Estaban solas y necesitaban que alguien les diese la seguridad, estabilidad y, sobre todo, el amor del que las habían privado. Y lo encontrarían en las personas que las abrazaban como si fuesen lo más precioso para ellos.

Una familia, eso eran y siempre lo serían. Una gran familia a la que pronto se unirían más miembros.

—*¿Y si le ponemos «El Brașov»?*

Todas las cabezas se volvieron hacia Melina. Su hermano la abrazaba como si no quisiera soltarla el resto de su vida, un sentimiento que conocía muy bien.

—¿El Brașov? —repitió Sora. Asintió y se volvió hacia él—. Me gusta.

—Desde luego, tiene sentido —afirmó Grigore mirando a su esposa y a continuación al resto de sus hermanos.

—Es de dónde venimos —aceptó Falon.

—De dónde hemos resurgido —concretó Ryshan, con acierto esta vez.

—Y lo que nos ha unido a todos —declaró Radu mirando a su esposa.

—El Brașov —repitió Cadegan en voz alta.

Nunca un par de palabras había tenido tanto significado como esas dos. Era su pasado, pero también su presente, el lugar en el que todo comenzó para que pudiesen llegar a este momento y abrazar el futuro que los aguardaba.

—El Brașov —repitió Sora con confianza al tiempo que levantaba su copa, llena de zumo de manzana, en un brindis—. Por nuestro hogar, el lugar en el que continuaremos creciendo…

—Por el futuro… —Se le unió Melina levantando su copa y mirando a su compañero, el cual asintió.

—Por la familia… —Tradujo Radu la seña que había hecho su mujer con la mano y recibió una amplia sonrisa y un asentimiento de su parte.

—Por todo lo que nos une y nos hace ser quienes somos —añadió Meroa y concluyó con un—: Por todos vosotros, *hijos de Brașov*. Y por las mujeres fuertes y valientes que os aguantamos.

—¡Amén a eso! —declaró Sora con una carcajada—. ¡*Salud* y *feliz Navidad*!

Los brindis se sucedieron, las copas chocaron y cada uno de los presentes rio y compartió su alegría de estar juntos y de formar parte de la gran familia de Brașov.

TODA LA CORTE ARCONTE
OS DESEAMOS

¡FELIZ NAVIDAD!